

Fray Mocho



Diógenes.—¡Aquí hace falta un hombre!

HESPERIDINA BAGLEY

FABRICADA DESDE 1864

EL GRAN APERITIVO NACIONAL



Ustedes son muy jóvenes y confían a sus pocos años la salud. Así como el tiempo destruye castillos edificados con piedra de granito, él también corroe el organismo humano, infinitamente más débil que la piedra. Una copa de

“HESPERIDINA BAGLEY”

antes de cada comida, lo pondrá a Vd. en condiciones de hacer frente al tiempo, pues estimulando su apetito, su naturaleza será vigorosa y su salud inquebrantable.

FRAY MOCHO

Año IX

Buenos Aires, 13 de enero de 1920

Núm. 403

La propaganda electoral Métodos ultramodernos

La vieja conferencia callejera de propagandista inspirado en la musa de los rematadores para poner a precio, con las virtudes propias, el crimen del adversario, está en trance de pasar a la historia. Los futuros contrincantes de marzo se declaran insatisfechos, por anticipado, de los simples recursos oratorios y deciden llamar en su auxilio a los progresos modernos para hacer hablar a las urnas. "Ganar elecciones con discursos—pueden decir—podría pasar por un ideal en los tiempos en que se ganaban a tiros, o con votantes, ya difuntos veinte años atrás; pero ahora, en la era de Malvagni, cuando la multitud se pirra por los conciertos sinfónicos de la banda municipal; en la era del cinematógrafo, del aeroplano, del hidroavión, de la proyección luminosa sobre las nubes, fuera de hombres imprevisores no valerse de estos medios, que ya se ve—poseen el secreto de la persuasión".

La música está destinada a conquistar numerosos partidarios. No es fácil explicar el proceso de la seducción de un elector gracias a una sonata de Beethoven o a una arieta de Rossini; pero si el inefable Orfeo ya domesticaba leones en la alborada de la política con el solo auxilio de su violín antediluviano, cualquiera comprende que el fenómeno puede repetirse en lo moderno con los tigres y hasta con los gatos de comité u otras instituciones. En cuanto al cinematógrafo, no hay quien dude del éxito, siendo de suponer que para asegurarlo aún más, los nenes dirigidos no apelarán tan sólo a la exhibición de sus graves caudillos o de sus más conmovedores partidarios. Alguna cara bonita, alguna "toilette entrañante" de corrección inflamada por el ardor cívico, hemos de ver seguramente, con gran regocijo de los veteranos de las lides electorales y hasta de los novicios, todos los cuales, a la verdad, bien merecen una indemnización de estética y un momento de respiro en pago de tanta "lata" como, de aquí a marzo, les será propinada...

Un signo de los tiempos

Una investigación sobre los artículos alimenticios, recientemente llevada a cabo por orden de las autoridades de la provincia de Buenos Aires, ha sido fecunda en sorpresas y revelaciones, pues una vez más se pone de manifiesto el grado de moralidad con que, en determinadas manipulaciones del gremio, suelen destacarse no pocos señores industriales.

Refiriéndonos a una sola característica de nuestros novísimos y honrosos métodos comerciales, diremos que, según se desprende de las investiga-

MONUMENTOS DE LA GUERRA



Uno, indispensable, para los maridos, mártires silenciosos, que durante la guerra tuvieron a sus esposas ocupadas en obras patrióticas.

PEREGRINO IDEAL

OFRENDA

Vengo, ciudad, del llano polvoriento,
desde la entraña de la pampa humana
en donde el oro de los trigos mana;
de tu luz y tu amor llevo sediento...

Bajo mi carga de ilusiones siento
al escuchar el coro de tu hosanna,
palpitar la esperanza; ya cercana
la ansiada realidad del pensamiento.

¡A ti llevo, ciudad! ¡Soy peregrino;
traigo en las sienes polvo del camino
y está desgarrado mi toscó sayal!

¡Al humillarme, cansado, en tu grada
mi sandalia te ofrendo, destrozada,
y también mi humilde bordón ideal!

Avelino HERRERO MAYOR.

ciones realizadas, se seguían dos procedimientos en la fabricación de fideos amarillos: uno de ellos consistía en elaborar, por el sistema corriente, la pasta destinada al consumo de la capital federal; y el otro se reducía a colorear, no con azafrán, sino con materias químicas de acción nociva, los fideos que habían de consumir los habitantes de la provincia.

Reflexionando sobre el punto, parecería que estos beneméritos fabricantes hubieran dividido en dos categorías los estómagos, asignando a los de los residentes en la provincia el poder digestivo del avestruz. Pero no es así; lo que sucede, sencillamente, es que en los dominios provinciales resulta más asequible el engaño y la estafa.

Creemos que ya es hora de crear en nuestra legislación un capítulo dedicado a prevenir estas productivas actividades, y no contribuir por más tiempo, con una omisión censurable, a que campen impunemente los estafadores patentados.

Una idea ejemplar

Uno de nuestros repórters, recorriendo la muy pintoresca recova del Paseo de Julio, días pasados, tropezó con un anuncio ubicado en la puerta de conocida agencia de colocaciones. Se leía:

"Se necesitan agentes de policía que sepan de primeros auxilios, de remedios caseros y de algo de farmacopea. Sueldo: 75 pesos. Destino: gobernación del Neuquén. Inútil presentarse sin saber preparar una limonada Rogé, o bien, extirpar un callo sin ayuda de navaja."

El repórter internóse en la agencia a pesca de mayores datos.

—Me permite, señor agencierto... yo desearía...

—Usted dirá. Soy todo oídos.

—¿A qué responde ese pedido de "botones" expertos en primeros auxilios, algo así como verdaderos pinchones de practicantes?

—Se trata de una idea del comandante Denis, gobernador del Neuquén, idea que desea ver traducida en tangible realidad. En esa forma, de un tiro se matan dos pájaros: se hace policía y se reemplaza a la Asistencia Pública. Pero...

—¿No abundan los candidatos?

—¡Claro! El sueldo no es tentador. Cualquier cabo enfermero de hospital gana más sin tener que presentar el pellejo a las caricias de los bandoleros. Pero hay otro pero... ¿Sabe usted qué otra condición impone el señor gobernador a los aspirantes a agentes de policía, además de la farmacopea casera y otras hierbas?

—No.

—Que tengan aprobado el bachillerato...

La tranquilidad ante todo

por Jorge AURIOL

Mi colección de tipos extraños, famosa en el mundo entero, se ha enriquecido en este verano con un individuo notable. Lo he anotado en el catálogo bajo el número 3427 y esta designación: El comerciante tranquilo.

Deseo hablar del señor Chuipe, ex tambor de los zuavos. Son ustedes demasiado jóvenes para haberlo conocido en el tiempo en que ejercía esa profesión decorativa y patriótica. Yo también. Lo exhibiré, pues, tal como es en la actualidad, calvo, con ojos de garduña, una barba de chivo y traje de brin.

El viejo Chuipe, ex tambor de los zuavos, posee en la calle Jean Lapin un negocio de tienda. Pero la manera con que lo atiende, merece ser señalada con lápiz azul: imagínense que el tipo no abre jamás su negocio. ¡jamás!

Desde el día en que el genio de los negocios se apoderó de él, es decir, desde el 1.º de enero de 1895, su tienda permanece cuidadosamente cerrada. Con la huraña castidad de una monja, oculta obstinadamente sus tesoros detrás de media docena de postigos y barrotes de hierro.

Ningún cliente puede entrar; ningún retazo se puede comprar; ni siquiera se puede obtener una muestrita: nunca está abierta.

Y debo agregar, en honor de Chuipe, que un cartelito, caligrafiado por él, revela al público, cada mañana, la causa del cierre:

"Cerrado—dice el cartelito en lindas letras adornadas—por balance, por limpieza, por refacciones, por enfermedad, por ausencia del propietario."

Sin duda habrás notado, lector, con tu sutileza habitual, lo fútil y frívolo de esos pretextos. No sólo Chuipe jamás se ausenta, sino que jamás se enferma. La confección de un budín o un partido de truco—que son otras de las tantas causas que invoca—no puede ser un pretexto para que un comerciante serio no abra su negocio.

Lo cierto es que ese estado de cosas intriga ferozmente a la población. En la cigarrería de la viuda Hallebarde, en "Los Tres Reyes", en el "Café de la Estación", se oye hablar continuamente del negocio cerrado del ex tambor.

Ese extravagante ex zuavo habríase llevado su secreto a la tumba, si, en medio del estupor inmenso y general, un señor Ledru, zapatero, no hubiese declarado el otro día bajo palabra de honor, que había visto la tienda abierta.

—¡Bah! Quieres bromear... ¿Cuándo la viste abierta?

—Por la noche...

Ante esta revelación el asombro llegó al colmo. Inmediatamente se nombró una comisión secreta con el objeto de que comprobara la cosa. ¡Parece increíble! La comisión comprobó que, efectivamente, al sonar las doce de la noche, el buen Chuipe, con la mayor naturalidad del mundo, abría la puerta de su negocio y retiraba los postigos.

Los miembros de la comisión vieron también con sus propios ojos, que el honesto comerciante armaba dos o tres estantes delante de la puerta. Estos estantes fueron cargados con algunas piezas de paños, y pronto una serie de atrayentes cartelitos anunció que dichos paños, ofrecidos a vil precio, constituían una ocasión verdaderamente única.

Se descubrió también que una vez colocados los paños delante de la puerta, Chuipe se iba a acostar y dormía hasta la madrugada, hora en que se levantaba, entraba la mercadería y cerraba el negocio.

MAS REIVINDICACIÓN



La señora.—¿No viene hoy a buscar la sopa que sobró?
El vagabundo.—No puedo, señora: hemos decretado la solidaridad con los huelguistas.

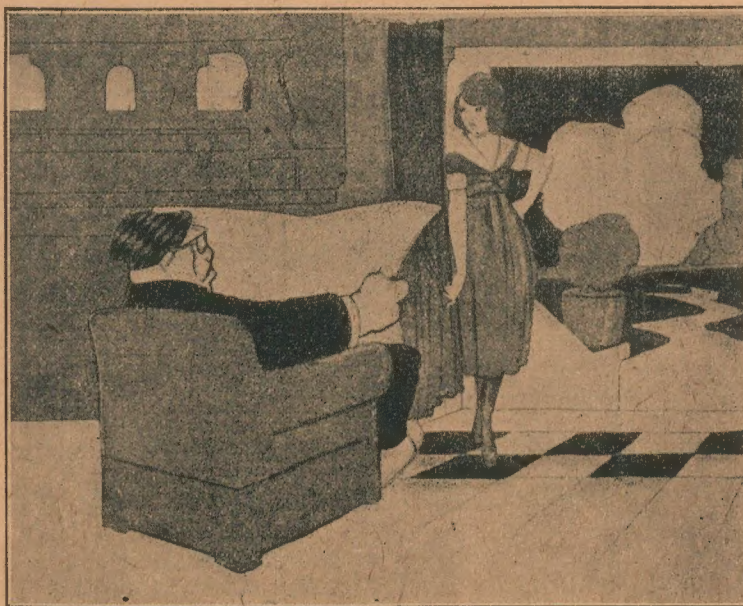
Habiendo sido cuidadosamente registradas todas esas cosas, así como la inscripción del último cartelito: "Cerrado a causa de la sequía", fui comisionado para ir a ver a Chuipe y tratar de arrancarle su secreto.

—Pero, en fin—le dije—¿por qué

diablos cierra usted de día y abre de noche? De día vendría gente, mientras que de noche, como ve, no se acerca ni un gato...

—¡Precisamente!—respondió:—es para que no me molesten los clientes.

PERSPECTIVA



—¿Ese joven que te visita tan a menudo te ha dejado entrever que se casará contigo?
—Sí, papá; ya me ha preguntado dos veces qué tal carácter tienen ustedes para vivir juntos.

La gruta misteriosa

por Mauricio MAETERLINCK

... Hay sitios peligrosos y el sendero es muy estrecho, entre dos lagos cuyo fondo no se ha encontrado aún. ¿No habéis entrado nunca en esta gruta? Entremos... Es preciso que podáis describir el lugar en que habéis perdido el anillo... Es muy grande y muy hermosa. Hay estalactitas que parecen plantas y hombres. Está llena de tinieblas azules. Aún no se ha explorado hasta el fondo. Parece que hay ocultos en ella grandes tesoros. Veréis restos de antiguos naufragios. Pero no hay que arriesgarse sin guía. Hay quien no ha vuelto nunca. Yo mismo no me atrevo a adelantar demasiado. Nos detendremos en cuanto veamos la claridad del mar o del cielo. Cuando se enciende dentro una lámpara, parece que la bóveda está cubierta de estrellas como el firmamento. Son, dicen, fragmentos de cristal o de sal que brillan así, en la roca. Mirad, mirad, creo que se va a abrir el cielo... Dadme la mano, no tembléis así. No hay peligro; nos detendremos en el momento en que no veamos la claridad del mar... ¿Es el ruido de la gruta lo que os asusta? Es el ruido de la noche o el ruido del silencio... ¿Oís el mar detrás de nosotros?

¿Generosidad?

Un rey africano llegó a querer mucho a un misionero, y deseando halagarlo le llevó quinientas mujeres para que eligiese una como esposa.

—Son las más hermosas doncellas de mi reino, le dijo, elija usted una de ellas.

El misionero, que ya tenía una esposa, se confundió mucho con tal oferta, y no queriendo herir los sentimientos del monarca africano, contestó con diplomacia:

—Usted me honra con su generoso ofrecimiento, pero no me atrevo a elegir a ninguna, por temor de que las demás se den por ofendidas.

—Eso se puede arreglar fácilmente, dijo el generoso rey, "quédese con todas".

Un buen sistema

—¿Es ese su papá, amigo mío?, preguntó un hombre a un muchacho.

—Sí, señor.

—Me dice que hay muchos mosquitos en esta casa.

—Es extraño, señor, no sé por qué le haya dicho eso.

—¿Qué quiere usted decir?

—El caso es que mi papá tiene una extraña costumbre. Todos los que vienen aquí en busca de piezas para arrendar en su casa para el verano, preguntan siempre que si hay o no mosquitos. Si a mi papá le agrada el visitante, él contesta que no los hay, como es la verdad, pero si el individuo en cuestión no le agrada, entonces le dice que aquí abundan los mosquitos.

Tanto da

Un individuo desarrapado llega a la orilla de un río donde tenía que hacer uso de un "ferry boat" para atravesarlo.

—Quiero pasar, le dijo al conductor. Tres centavos, contestó éste.

—No tengo tres centavos, replicó el vagabundo, pero quiero cruzar el río.

—Usted quiere cruzar el río y no tiene tres centavos, concluyó filosóficamente el conductor. Un hombre que no tiene tres centavos está tan bien en este lado del río como en el otro lado del río.

VIDA SOCIAL AFRICANA



El canibal.—Ahora la llevaré a ver al rey.
La única sobreviviente.—¿A un rey? ¡Pero esta no es ropa para presentarse ante un rey!
El canibal.—No importa: la ropa la deja al borde del plato.

Una olvidada riqueza argentina y su tradición.—Las Termas de Reyes

por María del Carmen LOBO ARRAGA

Para FRAY MOCHO.

El viajero que llegare hasta las cercanías de la lejana ciudad norteña de Jujuy, percataría a pocos kilómetros de ella y de la estación de Reyes, entre ranchos y rastrojos, y el bosque milenario, un pequeño establecimiento que parece esfumarse entre el vapor que emergiera de algún hirviente manantial. Dicho establecimiento es el hotel y baños de Reyes, y el vapor el de las aguas minerales surgentes conocidas por este mismo nombre.

Hasta hace poco tiempo, sólo veíanse allí las chozas que levantaban los bañistas que, en procura de alivio para sus males físicos, iban periódicamente a las mentadas termas. Hoy, apreciada algo más su importancia, se ha hecho, si no mucho, no poco, tampoco, para arrojarles una concurrencia mayor de visitantes, que puedan satisfacer en ese punto las urgentes necesidades de pasar una temporada de curación, con menos incomodidades que hasta entonces...

De ahí, que haya ya en ella un hotel—el mencionado—y... servicio de coches a la estación...

Las "Termas de Reyes", dignas por cierto de una explotación más brillante, han sido descritas ya por un escritor regional, el doctor Horacio Carrillo, gobernador actual de la provincia, en un brillante artículo que publicara en la "Guía de Wiaggio" y reprodujese el diario "La Nación", artículo que bien cuadraría trasuntar aquí íntegramente si su extensión y el poco espacio disponible no nos vedara hacerlo. Sin embargo, y sólo para inteligencia del lector, nos limitaremos a extraer uno de sus preciosos pasajes, el más importante quizás, como que es el que se refiere a la genérica tradición de la vertiente supradicha.

"Cuenta la leyenda lugareña—escribe el precitado escritor—que hace mucho (la suma de los siglos es imposible), el cerro se enojaba, bramando con el furor de la tormenta, golpeando las faldas peladas con el granizo y fundiendo las piedras a fuerza de centellazos. Un rumor insitado se propagaba entonces por todos los huecos, vibraba en los pizarrales y repercutía en los barrancos. La niebla se aplomaba y el cielo se oscurecía. Algo como una avalancha venía cerro abajo. Era que el "Coquena", el misterioso emperador de las eumbres y las nieves, que señalaba con el rayo sus rebaños de guanacos y vicuñas, e impedía con el sorocho y la tembladera a los intrusos recorrer sus dominios, bajaba desde su trono blanco al más salvaje vericuetto de las entrañas del cerro, para tomar un baño tibio en la linfa humeante que él, como el antiguo profeta, hiciera surgir, con el influjo de su mágico poderío, el día en que una nevada formidable endureció el torrente y envolvió toda la montaña con un manto de armiño...

Y que desde entonces es que el cerro, al diabólico poder del dios "Coquena", encerrado ahora en la salamanca misteriosa... deja, con la viscera abierta, escapar el líquido caliente, vaporoso, que surge como la sangre de una herida..."

Tal la leyenda que relatara Carrillo y que aún cuentan los añejos moradores de aquel sitio... acerca de la génesis de esa secular vertiente conocida hoy por las "Termas de Reyes", en las que muchos han encontrado la vida o el descanso de sus males y que con legítimo orgullo puede sumarse al número crecido, desgraciadamente, de las todavía inexploradas—por olvido o negligencia lamentables—riquezas argentinas.

Cuidado con los animales rayados

Hay que tener cuidado con los animales de piel rayada, porque no son de fiar.

Así lo dice un individuo que lleva toda su vida trabajando en jardines zoológicos.

"Parece—añade—que la naturaleza se vale de ese medio para distinguirlos por su maldad. El tigre, por ejemplo, es un animal que siempre se halla en disposición de lucha, aun de pequeño; antes de abrir los ojos araña la mano que le acaricia la cabeza. A los tigres se consigue amaestrarlos, pero sus domadores tienen que vivir constantemente en guardia, y si dicha fiera llega a probar la sangre, lo mejor es matarla.

No siendo mayor que un perro, la hiena no puede domesticarse ni hay medio de tomarla cariño. Hasta para darle de comer es preciso emplear una especie de cazo de mango largo, pues de lo contrario se corre peligro de dejar una mano entre sus dientes.

Muchas veces se habla de cebras domadas, pero además de ser casos excepcionales, generalmente, no se puede sacar ningún partido de ellas por bien domadas que estén.

Hay algunos leones que tienen en la crin rayas negras circulares e irregulares. En este caso no conviene familiarizarse demasiado con el rey de los animales, porque esas rayas indican mal carácter en la fiera y, por lo tanto, es necesario tratarla con cautela."

GRANDES ALMACENES DE CONFECCIONES, SASTRERIA Y ARTICULOS GENERALES PARA HOMBRES-SEÑORAS-NIÑOS Y NIÑAS



EL BAGUAL

por LYNCH

(Del libro "Los mejores cuentos", recientemente aparecido).

...Trató de sonreírse, pero no pudo. Le temblaban los labios y se había puesto pálido como la faz de la luna que les espiaba a través del follaje. Al verle así, todos, aun aquellos mismos que al principio se habían reído, se quedaron silenciosos y mustios. Ella, la culpable, con los rasgos faciales endurecidos por la emoción, fijó sus grandes ojos oscuros en un objeto cualquiera y se quedó también en silencio.

Transcurrieron dos minutos mortales. Ni la pobre madre, a pesar de sus visibles y reiterados esfuerzos, ni aquel Pedro, tan ocurrente y tan despierto y tan ladino otras veces, ni el propio don Pablo, con toda su experiencia, su seriedad y su aplomo, hallaron en el momento la salvadora inspiración oportuna: No supieron por donde empezar ni qué decir tan siquiera.

Al cabo se levantó el joven. Era un arrogante mocetón de treinta años, alto, pelinegro; con una cara fina de rasgos cansados.

Sacudióse por instinto las "rodilleras" de sus "breeches" de kaki, y sonrió en una mueca que hizo brillar sus dientes a la luz de la luna.

—Con el permiso de ustedes,—dijo— ¡muy buenas noches!

En el grupo hubo un estremecimiento de sorpresa y de malestar indefinible.

—¿Se va?

—Sí, señora; dispénsame usted. ¡No se molesten!—Y tornando a saludar con una breve inclinación de cabeza, ceñudo y pálido, el joven tomó su sombrero y se alejó lentamente a través del patio de la estancia, haciendo crujir la suela nueva de sus correctas polainas amarillas. Caminaba como un autómatas, y su sombrero "Bronclair" con cinta negra, aparecía casi blanco bajo la intensa luz de la luna... Después se oyó un rumor de galope y todo quedó en silencio.

—¿Has visto lo que has hecho?

—¡Se puso blanco como un difunto!

—¿Y cómo no? Decime vos, ¿esa es la educación que te hemos dado?

—¡Atrevida! ¡Guaranguita!

—Pero qué le he dicho yo al fin?

—¡Caramba, nada le has dicho!

—Le dijo: "bagual", "¡qué bagual!"

—¡No!

—¿Cómo? ¿Qué no? ¿A que vas a negarlo ahora?

—¡Yo no niego nada!—Y la niña, en su ofuscación de chica mal criada y voluntariosa, torna a guardar silencio, e inclinando la cabeza sobre las rodillas, hunde nerviosamente sus dedos en la sedosa maraña de su cabellera retinta.

La madre, despechada, insiste:

—No sé cómo no te da vergüenza! ¿Así pagas los sacrificios que hemos hecho por educarte, por hacerte gente? ¿Piensas acaso en lo que ese mozo va a decir ahora de ti y de todos nosotros?

—¿Qué me importa!

Pedro interviene con su natural bonhomía:

—¡Vamos! Me parece que no es para tanto... ¿Al fin y al cabo qué le ha dicho la chica? "¡Bagual!" ¿Qué bagual! Vaya un insulto...

—No; ¡no es nada! Para vos no será...

—¿Y qué va a ser! ¿No nos estamos diciendo nosotros cosas peores todos los días, por broma y cuantimás enojados? Si Manuelita le dijo "bagual" fué porque le dió rabia...

—Mentís; yo no le dije eso...

—Bueno; lo que le haigas dicho...

La cuestión es que el hombre se ha enojado por una pavada...

—¿Te parece pavada? Para vos, que tenés una sangre de pato, todas son pavadas...

—¿Y cómo no, señora! Yo creo que ningún hombre grande, a menos que sea un necio o un chiflado, se puede enojar con una mujer, y sobre todo con la mujer a quien distingue, por una broma semejante.

—No fué broma... ¡Vaya una broma!

—Y aunque no haiga sido. ¡Ja, ja! con el nene, tanto remilgo y tanta milonga! Mire, señora, ¿quiere que le diga una cosa? A mí este mozo siempre me pareció medio raro... Muy bueno, muy ilustrado, todo lo que ustedes quieren, pero también bastante, ¿cómo diré?, bastante lunático, bastante neurasténico... Te lo he dicho más de una vez a vos, Pantaleón.

—Es verdad. ¿Te acordarás cuando le pegó el rebencazo a Santos Ponce, en la pulpería?

—¡Ahí tienen! ¡Figúrense que le pegó un rebencazo a Santos Ponce, porque Santos Ponce, que estaba como de costumbre, medio alumbrado, le cortó la cola a un perro por hacerse el gracioso!

hombre con este motivo! Dijo que una mujer era al fin una mujer, que parecía imposible que gentes civilizadas le negaran asilo a una mujer, que una mujer por arrastrada que fuera debía siempre inspirar consideración a los hombres, y repitiendo "mujer" y "mujer", con ese modo de decir "mujer" que tiene que no parece sino que se la estuviese tragando, acabó por decirles barbaridades a todos y por declarar trágicamente que si no albergaban aquella noche a la señora "Garrita", él se mandaba mudar de la estancia.

—¿Y?

—Y ya saben ustedes; el viejo, que al igual de los muchachos tiene una chifladura por él, concluyó por hacerle el gusto, y "La Garrita" durmió en el galpón y en buena cama, porque si no, estoy seguro que le hubiera ofertado la suya. ¡Es loco!

—Sí, todo eso está muy bueno; pero la cuestión es que nos hemos lucido, que se ha lucido mi hijita...

—Sí, ahora yo voy a tener la culpa, ¿verdad?

—¿Y entonces quién? No; lo que hay, hija, es que vos te figuras que todo el mundo te va a aguantar como te aguantamos nosotros; que todos

no tenía tanta confianza con él como para tomarse esa libertad. Hay cosas que sólo deben decirse en familia, es decir, entre los que saben guardarse las debidas consideraciones...

—¿No ves? Eso es lo que yo te digo...

Un movimiento autoritario de la mano del viejo corta la frase:

—...Hay cosas, como decía, que no pueden decirse sino a los íntimos, a los iguales, a los que piensan como nosotros y usted, hijita, ya se lo observé en otra ocasión, le daba demasiadas confianzas a ese mozo, que al fin no era para usted, como para nosotros, más que un pasajero o una visita de cumplido... ¡Ahí tiene el resultado... ¡Ahí tenés el resultado, vos, Estanislada, todos! Yo no creo que lo que la chica le ha dicho lo haya ofendido realmente. Lo que hay es que ese, que como todos los que vienen de adentro...

—Pero, Pablo, fijate que él no le dijo nada...

—¡Usted se calla cuando yo hablo!... Decla que lo que hay es que ese, como todos los que vienen de adentro y se llaman A o B, está lleno de orgullo y ha querido hacernos una afrenta demostrándonos en lo poco que nos tiene. Para esa gente, mi pobre hijita, nosotros siempre seremos gauchos, siempre seremos chusma inorante y no han de perder la ocasión de echarnos en cara nuestros defectos. Lo que yo siento es haberme dejado enredar esta vez en las cuartas, con toda mi experiencia y haber consentido en una relación que me contrarió desde un principio.

La niña murmura en la sombra.

—¿Qué?

—Que él no es como usted dice...

—Usted se calla ahora, lo que está dicho está dicho y la cosa no tiene compostura. A más hijas no les enseña educación ningún extraño... Lo que siento es que, no se le ocurra volver por la estancia a ese mocito...

—Pero, papá, usted le da una importancia...

—¡Chist!, hijita; no quiero más alegaciones y deseo que no se mente más el asunto.

Y al hablar así, autoritario y rotundo, el patrón se incorpora con trabajo, y después de desperezarse en un gran bostezo, se dirige pausadamente hacia la casa... Unos tras otros, todos le imitan, hasta que al cabo, sólo queda allí, al reparo de los grandes aromos que platea la luna, la figura blanca de la niña, que, con los ojos llenos de lágrimas y el entrecejo contraído, sigue escrutando dolorosamente el misterioso abismo de su espíritu.

A Manuelita "no le importa un pito" que se haya ido. ¡Mejor, mucho mejor! ¡Si se imagina que ella va a ir a rogarle, está bien fresco! "El señor" puede decirlo todo, ¿verdad?, y una nada, ¿cómo si fuera una sirvienta! ¡Estaba bien fresco!

Lo que hay es que ya se habrá cansado de ella y estará festejando a alguna otra estúpida; el sinvergüenza, el muy canalla, el bagual, sí, ¡bagual, bagual! Y se va el "señor"... ¡Ay, qué miedo, qué miedo le da eso a ella, a Manuelita tan luego, a la mimada de sus padres, de sus hermanos y de todo el mundo, a ella que siempre se rió a carcajadas de los hombres, de cuantos papanatas se le acercaron! No faltaba más. ¡No, señor! Y Manuelita se acuerda de aquellos "papanatas". Acaso no les dijo siempre lo que se le dió la gana? Acaso no le dijo cien veces "estúpido" al hijo de don Alejo, aquel gordo de la bomba blanca, que la miraba siempre con ojos de carnero ahogado y que en la mesa no sabía adonde poner sus manazas erizadas de pelos rojos? Nunca se enojó, sin embargo. Y Telesforo Ibáñez... ¿No le dijo una vez a Telesforo Ibáñez, con toda su plata y todos sus brillantes, que se comprara un manual de urbanidad, en lugar de

ECOS DEL AÑO NUEVO



Hipólito.—Mirá, Sandallo, mientras Torterolo entretiene al pibe, revisale la valija, no vaya a ser cosa que venga algún papelito del nefasto Lisandro...

—Es verdad.

—¿Y los zorrinos? ¿Te acordás, Pantaleón, del caso de los zorrinos? Figuresé, señora, que un día se cayeron dos zorrinos en un pozo que habían cavado allí en la Estancia Grande para sacar arena...

—Un pozo seco...

—Sí; pero tan hondo que ni los perros pudieron entrar para matarlos, ni los bichos salirse en la perra vida. Estaban condenados, de consiguiente, a morir de hambre y de sed... Bueno; ¿creerán ustedes que ese hombre grande estuvo como quince días echándole agua y comida pa que no se muriesen?

—Y después, ¿lo de "La Garrita"?

—¡Ah, es verdad! Usted sabe, señora; todos ustedes saben quién es "La Garrita". Bueno; el amigo tuvo también una pelotera por "La Garrita"...

—¿Por "La Garrita"?

—No quería que el viejo Gómez...

—¡Callate; déjame contar... "La Garrita" cayó a la estancia una tarde que llovía, y como es natural, el viejo don Cosme mandó que la echaran, como se la echa de todas partes, ¡y vieran la pelotera que armó el

son Antónito o Pantaleón...

—¡Muchas gracias, señora!

—No; si es la verdad; esta chica es incorregible, siempre le digo, se lo he dicho mil veces. Ese carácter que tiene va a ser su perdición.

—¡Mejor! Y la moza, con la cabeza inclinada, el bello entrecejo contraído, tiene un alzagamiento de hombros desdenoso y guarango.

—¿No ven? Ahí la tienen. ¡Es inútil! Ya está emperrada. ¡Ay! ¡cuándo te corregirás, criatura!

Don Pablo, hasta entonces callado, destacóse en la sombra que proyectan sobre el grupo los tupidos aromos. La lumbrera roja de su cigarro parpadea tres veces en lo obscuro, como una señal nocturna, como un atisbo felino. Todos se vuelven para mirarle. El viejo acaricia un momento, con mano temblorosa, su barba tordilla. Después pregunta, incisivo y burlón:

—¿Han hablado ya todos?

Y como le responde un silencio arrepentido y sumiso, habla a su vez sentencioso. Su voz lenta y grave al principio se aviva irritada al final de las frases.

—No negaré—dice—que la chica haiga estado mal. Al fin y al cabo ella

comprarse un automóvil? ¿Y acaso se enojó Ibáñez? Al contrario; se rió como todos. ¡Ah! pero al "señor", sí; ¡"el señor" es otra cosa!

Y Manuelita revive en su mente la silueta prestigiosa y gallarda: Cómo vino, cómo le conoció... Hace bien poco, y, sin embargo, le parece que hiciera una eternidad. Juraría que le conoció antes de nacer, tan metido le tiene en su corazón y en su cerebro de veinte años. Fué una tarde de diciembre a la hora de entrarse el sol... ¡Qué se iba a imaginar ella! Tenía puesto el vestido de muselina rosa... Llegó, con los de Gómez, con los de la Estancia Grande... Le pareció un dios, al lado de ellos, al lado de todo el mundo... Si hasta por la manera de caminar y de dar la mano no se parecía a ninguno.

En los primeros días le tuvo miedo; le consideró como algo inaccesible, como algo demasiado alto para que se pudiera pensar en alcanzarlo. Después, poco a poco, se fué dejando enredar en las telas del encanto... Cuando de sobremesa, el joven se ponía a hablar absorbiendo la atención de todos con su charla amena y chacotona, ella aprovechaba para mirarle a su antojo, y más de una vez, los ojos avisados de aquél la pillaron en "flagrante delito", haciéndola empurpurar de vergüenza...

Y luego, cuando se lo dijo... Cuando le declaró su amor en frases de atrevida e hiperbólica vehemencia, que la avergonzaron y la enorgullecieron y la hicieron llorar de emoción y de alegría.

Y luego aún, todas las penas y todos los sinsabores y sobresaltos, ante el eterno temor de que se fuese como vino, de que se desvaneciese cualquier noche, como un sueño dorado, como una loca quimera, aquel hombre único, aquel ser de maravilla, que se cruzó en su camino por un azar de la suerte, y que sin embargo significa ya para ella mucho más que la vida.

Para Manuelita, es, no solamente el hombre más hermoso del mundo, sino también el más ilustrado y el más valiente y el más fuerte y el más elegante y el más capaz de todos.

Y no se fundan sobre arena las convicciones de Manuelita:

¿A quién se le preguntan, en la estancia, las cosas que nadie sabe? ¡A él, sin duda alguna! ¿Cuál fué el único a quien no se le heló la sangre en las venas, cuando a la chica de Margarita se le prendió fuego el vestido, y quién se quemó las manos para apagarlo? ¡Fué él! ¿Quién es el único, entre todos los hombres de la casa y de las estancias vecinas, capaz de saltar con el caballo el cerco de la quinta? ¡El! ¿Quién sabe los cuentos más hermosos que se narran en las veladas? ¿Quién baila mejor el vals y el "fox-trot" y la "machicha"? ¡El! ¡Siempre él! "¡Toda la vida, él, hasta morir!" Y Manuelita, abstraída, cierra los ojos para fijar mejor en su retina la silueta adorada, cuando un sobresalto de pesadilla la estremece de pronto: Es el recuerdo de lo ocurrido, de la realidad espantosa, que como una tropa de sombras siniestras irrumpió de golpe en su cerebro y la estrechó la blanca garganta con una garra de angustia... Pero Manuelita reacciona. No, no es posible, —piensa— él me quiere, me quiere, y cuando se quiere de veras, se perdona hasta las más graves ofensas... Porque, al fin y al cabo, ¿qué le dije yo? Una pavadita: le dije "bagual"... Bueno; una grosería, una guarangada, convengo; pero también ¿por qué se lo dije? ¡Ah! eso es; vamos a ver, ¿por qué se lo dije? ¡Caramba! se lo dije... Y la niña, con el entrecejo contraído por el esfuerzo mental, trata de reconstruir el infausto diálogo. De pronto, una nueva angustia le hace palpar violentamente el corazón. "¡Ah, ya sabe, ya se acuerda!" Hablaban del bautizo del chico de Rodríguez y de la fiesta. Ella le preguntó:—sin

ninguna mala intención por cierto— "¿Usted irá, naturalmente? ¿Cómo no va a ir?" El, sonriendo, repuso con otra pregunta: "¿Por qué?" Y ella contestó: "¡Por nada!" Entonces Pantaleón: "Vaya, hombre, que va a ver la mar de muchachas..." "Las de Rojas—agregó ella—vaya, que estará su simpatía..." "¿Cómo mi simpatía?" "¡Sí, hombre! Pepita Rojas, todo el mundo lo dice..." El, entonces se quedó un momento serio, y después dijo, riendo: "No haga caso, Manuelita, de lo que el mundo diga de mí, porque yo soy un hombre calumniado". Todos se rieron, y entonces ella, avergonzada porque le pareció que había hecho un papelón, o mejor dicho, porque la tiene entre ceja y ceja a esa estúpida de Pepita Rojas desde que supo que gustaba de él, dijo: "¡Qué bagual!" y eso fué todo...

La llegada de la madre, inquieta, interrumpe a la niña en su mudo monólogo:

—¡Manuelita!
—¡Mamá!
—¿Qué estás haciendo?
—¡Nada!
—¿Cómo? ¡Nada! ¿Qué hacés que no te vas a acostar? Ya son más de las doce.

—Ya voy.
La madre se acerca entonces y le pregunta confidencial y grave:

—¿Y qué pensás hacer ahora?
—¿Y yo qué sé?
—¿Ya has oído lo que dijo tu padre? ¿Supongo que no te imaginarás que esto pueda componerse así no más? Ni ese mozo puede volver, ni nosotros admitirlo.

—¿Y bueno!

Hay un breve compás de silencio. La madre da algunos pasos indecisos al claror de la luna. Su corazón adivina el drama, que ruge adentro y que sin embargo no deja traslucir el amor propio ofendido. Al cabo dice:

—Bueno, andá a acostarte. Ya ha-

blaremos mañana. No te vaya a hacer mal el relente... Al fin y al cabo los hombres... los hombres... son todos así, hija: Hoy con una, mañana con otra...

—¿Por qué dice eso mamá? Diga, ¿por qué dice eso?

Y hay tal vehemencia en la voz de la moza y un fulgor tan extraño en sus ojos profundos, que la madre, sorprendida, no halla qué decir por lo pronto:

—¡Pero hija!

—¡Sí; ¿por qué dice eso? ¡Si usted sabe muy bien que no es cierto!

—Yo no digo que sea así, es un suponer...

Pero la niña, que se ha incorporado bruscamente y se dirige apresurada a su cuarto, no la oye ya, no quiere oír. Su enagua almidonada cruje al andar nervioso, y su madre la mira alejarse, meneando la cabeza.

Son las dos de la mañana y Manuelita sigue aún tejiendo pensamientos amargos al borde de su cama. Se conoce que ha sufrido y que ha llorado mucho, porque tiene los párpados enrojecidos y el peinado todo descompuesto.

Hay una honda tristeza en el ambiente familiar de su cuartito. Están tristes todos sus viejos compañeros de la niñez y la inocencia: El lecho, las cortinas, los espejos; la pálida imagen de la Virgen, que la mira desde hace veinte años desde la pared frontera, y hasta el pequeño reloj de bronce de la mesa de noche parece que apresurase tristemente sus latidos... Y Manuelita ya no puede más... Ella no querría, no debería hacerlo, sin duda; pero no puede más y lo va a hacer... No es posible que por una cosa así, que por una pavadita, se malogre el porvenir de una mujer, se desquicie una existencia joven, se derrumba la vida... ¿Será una humillación? Pero

al fin y al cabo quién tiene la culpa sino ella, y es justo que la pague... Por otra parte será a él a quien se humille, a él, cuya imagen se agranda en aquellos momentos y se sublimiza en su recuerdo como la imagen de un dios.

El tendrá que perdonarla; cómo no ha de perdonarla si la quiere, si es bueno, si es generoso... Al fin y al cabo lo que ella dijo, no lo dijo de corazón; lo dijo por costumbre, porque estaba enojada, porque es una bruta, una bruta... Y al llegar aquí en su monólogo, Manuelita vuelve a llorar amargamente, ocultando su cara enrojecida entre sus pálidas manos...

...¿Y qué estará haciendo él ahora, allá en la estancia? ¿Estará triste también? ¿Sospechará todo lo que ella está sufriendo y lo sentirá profundamente o no le importará nada?

Qué "lindo" sería tenerle ahora allí, cerquita, a su lado, y arrodillarse a sus pies, y besarle las manos y pedirle perdón una y mil veces, para que él entonces, con aquella sonrisa, tan buena y tan querida que le tuerce un poquito el labio superior, la levantara del suelo y estrechándola contra su corazón le dijese, entre besos: "¡No, por Dios! Mi reina, ¡que es usted la que tiene que perdonarme!..."

Manuelita se pasea agitada y nerviosa, en su blanco batón de muselina. Ya van a ser las seis y Antoñito no vuelve. Lo único que faltaría es que le hubiese ocurrido algún percance. Salió a las tres de la mañana. Ella miró muy bien el reloj al volver a su cuarto: Eran las tres en punto... Y la niña aproxima por centésima vez su carita pálida y cansada a los cristales de la ventana que mira al campo, y... ¡nada, nada! Para peor se ha levantado una neblina que no deja ver más allá de los corrales. Se diría que hubiese llovido al ver cómo gotean rocío cristalino los hierros de la reja, las ramas de los árboles, los hilos del alambrado... Manuelita tiembla de ansiedad y de frío. Le parece que toda aquella niebla se le está infiltrando en el corazón y en el cerebro... ¡Oh, si llegase Antoñito! Es su ahijado, el hijo de la cocinera, "el hombre" de toda su confianza, el único ser a quien, en realidad, pudo encomendarle aquel mensaje. La niña, en las alternativas de la espera angustiosa, se lo imagina, unas veces muerto, aplastado por su montura en la trampa de una vizeachera traidora, extraviado, otras veces, como un tonto, entre el mar de la niebla, y por último en mitad del camino, agitado, sudoroso, taloneando incansable su petizo, para llegar cuanto antes y quitarse su enorme duda de encima...

Pero Antoñito no llega y la estancia comienza a despertarse ya y a poblarse de ruidos. Cantan los gallos, balan las ovejas, chirría la rueda del molino gigantesco, y allá, del lado de la cocina, se oye la voz agria de Margarita llamando las gallinas.

La niña se aparta de la ventana con paso vacilante y levantando los ojos aureolados por profundas ojeras, junta las manos exangües en un mudo ruego. De pronto resuena detrás de la casa, hueco y precipitado, el andar de un caballo. Manuelita se lanza otra vez a la ventana. Por la avenida de las acacias, y entre cenadales de niebla, llega Antoñito a gran galope de su petizo. La niña abre los cristales con manos temblorosas y torpes: "¡Christ, christ! Antoñito, acá estoy..."

La sangre le martillea las sienes y tiene que apoyarse en el alféizar para no caerse: "¡Acá, Antoñito, acá!" El muchacho desmonta ágilmente en el lindel del patio, y dejando el petizo con las riendas sueltas, se llega a la carrera. Viene en cabeza y con la cara infantil llena de risa.

—¿Y? ¿Antoñito?...

—No estaba, niña; dicen los mozos que se jué pa Güenos Aires en el tren de la una.

VERSOS DEL CAMPO

EL BUEN AÑO

Han caído magníficas lluvias;
ya se puede augurar un buen año;
por doquiera la vista se extiende
se alzan sonrientes y verdes los campos.
Además, el fatídico acridio
no ha venido, esta vez, a hacer daño;
ni ha caído granizo, tampoco;
tampoco se ha hecho presente el gusano.

Allá, lejos, se agobian las quintas
bajo el peso de enormes duraznos,
y las vides, repletas de savia,
cual brazos al cielo levantan sus pámpanos.
Los extensos trigales, maduros,
al sol lucen sus frutos dorados;
y se aprestan a alzar la cosecha
hinchados de gozo, los nobles paisanos.

Yo me alegro al mirar la abundancia
y bendigo los pródigos campos
que nos dan regocijo, sosiego
y amor, en la blanda sonrisa del grano.
Yo me alegro al pensar en la óptima,
abundante cosecha del año,
a pesar de lo cual me pregunto:
¿por qué es que todo se vende tan caro?

INVITACION

Vámonos a los montes silenciosos
e impenetrables, donde nadie fué;
verás que allí seremos más dichosos
y nuestros pasos guiará la fe.

Vámonos a los montes florecidos
donde es más bello el día al despertar,
donde aroma la flor, pían los nidos,
y zumba el colmenar.

Oh, tierna amiga de los negros ojos,
melancólica hurí,
todo será, malgrado mis abrojos,
todo, todo por ti.

En la intrincada selva tenebrosa
tú serás la torcaz
de la brisa que pasa, temerosa;
yo el puma montaraz.

En las plácidas horas nocturnales,
cuando más pueda respirar tu amor,
yo te daré mis rimas ideales,
tú me darás tu perfumada flor.
Fabricaremos nuestra casa sobre
risueña loma o del churcal detrás,
de barro y quíncha, sumamente pobre,
un sauce por abrigo, y nada más.

¿Qué otra cosa mejor? ¿Qué más ventura
para los que se aman con fervor?
¿Qué más pueden querer? ¿Qué más dulzura
que la dulzura de un profundo amor?

Allí seremos mucho más dichosos,
ya lo verás, hurí;
vámonos a los campos silenciosos,
Dios debe estar allí.

EL POTRO

Suelta al aire la crin, rudo y salvaje,
precediendo la dócil tropa equina,
bajo la clara luz matutina
el potro se destaca en el paisaje.

Es de ébano todo su pelaje
que brilla al sol como una seda fina;
mientras, en la mirada se adivina
la gloria del amor sin vasallaje.

Formidable campeón de la llanura,
que anuncias en relincho soberano
el gran progreso de la agricultura,
el triunfo audaz de la ganadería:
el blasón y el orgullo del paisano
tú constituyes en la tierra mía!

Julio DIAZ USANDIVARAS.

VIDA SOCIAL



Una romanza melancólica y un estornudo antimelancólico.

Nueve principios esenciales

Base del progreso técnico y de la
prosperidad de la industria dic-
tadas hace 60 años por Abraham
Lincoln

1º.—El propósito principal en la in-
dustria debe ser el de hacer que el
mundo sea habitable para todos sus
habitantes.

2º.—Todas las relaciones humanas
en la industria deben ser basadas en
la justicia para todos, tanto para pa-
trones como para empleados y el pú-
blico.

3º.—Tanto los patrones como los em-
pleados deben ser trabajadores com-
petentes, aquéllos proporcionando los
medios y la administración para pro-
ducir, y éstos, proporcionando la ha-
bilidad productora.

4º.—Débese alcanzar y mantener la
producción máxima de todo lo esen-
cial.

5º.—La actividad productiva debe
reemplazar la holgazanería.

6º.—El equipo productor debe ser
utilizado hasta el límite de su poder.

7º.—Las condiciones de vida y de
trabajo para todos, deben permitir
actividad productiva máxima y el me-
jor desarrollo personal.

8º.—Se observará la conservación
en todo; no se debe destruir, malgas-
tar o malaplicar nada.

9º.—Ningún producto debe costar
más de lo que es esencial respecto a
los materiales empleados y retribu-
ción equitativa para el tiempo y es-
fuerzo humano ocupado en su fabri-
cación.

"El Trabajo es anterior e indepen-

diente del Capital. El Capital es el
fruto del Trabajo y no hubiera podi-
do existir si el Trabajo no hubiera
existido primero. El Trabajo puede
existir sin Capital, pero el Capital nun-
ca hubiera podido existir sin el Tra-
bajo."

El alma frágil

Yo creo que bien podemos repre-
sentarnos nuestras almas como nos re-
presentamos un paisaje oriental; no
lo hemos visto, pero nos lo figuramos
en su magnificencia, como si hubié-
semos conservado en las pupilas la
luz nativa. Así, pues, yo puedo figu-
rarme claramente esta alma querida
de que hablo. Yo me la figuro: mejor
dicho, la veo: es una chiquilla adora-
ble, de grandes ojos violetas, encerra-
da en una jaula de cristal fino, donde
juguetea inocentemente con sus de-
dos de color de rosa. Ella es mi ami-
ga, y aunque menos joven que vos,
es muy juiciosa ya. Cada vez que me
habla, una impresión, una tristeza o
un dolor queda contra las paredes de
la jaula, la chiquilla deliciosa toca
con sus dedos menudos en el cristal
finísimo, haciendo vibrar esquisita-
mente toda esa alma mía tan frágil.
Hace ya largo tiempo que yo había
sentido esos escalofríos cristalinos;
pero no sabía que viniesen de las ma-
nos dulces y crueles de esa niña, y
sobre todo, aun no me había sido da-
do el placer de observar sus ojos de
crepúsculo, en donde parece que ne-
varan eternamente pétalos de vinca-
pervineas y heliotropos...

Ahora sí, ahora estoy completamen-
te alegre... y hago vibrar mi placer
con la vida, lo más a menudo que
puedo con el objeto de que mi peque-
ña alma de cristal esté contenta en-
tonando sus canciones.

Camille MAUCLAIR

DIENTE POR DIENTE



Si los pacientes del dentista hicieran lo que piensan.

LA FIEBRE AMARILLA Sus estragos y sus causas.— Cómo se sana un país

Es evidente que, si al fin se pudo llevar a cabo el Canal de Panamá, el éxito se debe a los médicos tanto como a los ingenieros; o acaso más, porque sin el auxilio de la ciencia médica, los trabajos ingenieriles habrían sido, no sólo inútiles, sino hasta imposibles. En efecto: cuando los norteamericanos emprendieron sus trabajos, el istmo de Panamá era una de las regiones más malsanas del globo, ofreciendo el mismo peligro que en la época en que los franceses intentaron la misma empresa, cuando moría todos los años un obrero de cada quince. La fiebre amarilla, sobre todo, hacía estragos horribles, lo mismo entre los naturales del país que en el elemento europeo.

No es cosa de hacer aquí un cuadro sintomático de esta terrible enfermedad, largo tiempo endémica en la América central. Lo importante es saber cómo los americanos han conseguido limpiar de ella el istmo. El asunto es tanto más importante, cuanto que Panamá parece ser la cuna de esta enfermedad. Desde que pusieron pie en aquella región las tropas de Colón ya sintieron sus terribles efectos; luego, poco a poco, los viajeros fueron llevándola a las Antillas y al Brasil, y en el siglo XVIII los buques negreros la importaron a la costa occidental de África. Además, y con carácter epidémico, se ha presentado en distintas épocas en la Florida, en los valles del Misisipí y del Misuri, en las costas de California, en Nueva York, en distintos puntos de la América del Sur, en España (en Cádiz, de 1730 a 1830, ochenta mil casos fatales; en Barcelona, en 1821, setenta mil casos con veinte mil defunciones), en Italia y en el sur de Francia. Pero en ninguna parte ha ofrecido el carácter intensamente endémico que ofrecía en Panamá.

Respecto a sus causas, buscáronse durante largo tiempo en el clima, en el terreno, en los miasmas; sólo se sabía que se propagaba más fácilmente en las regiones pantanosas, cálidas y húmedas, y que en las ciudades hacía casi todas sus víctimas en los barrios menos urbanizados. Tan pronto como surgió la bacteriología, se atribuyó la fiebre amarilla a un microbio; pero este microbio no ha sido encontrado hasta ahora; indudablemente existe, pero debe ser sumamente pequeño, puesto que ni los filtros lo detienen ni el microscopio lo revela.

Mas si el microbio no se conoce, cómo se el vehículo que lo trasmite. Este instrumento de transmisión, cuyo descubrimiento se debe al médico cubano Finlay, es un mosquito, la "Stegomyia calopus" de los entomólogos. Así se explican las particularidades de la fiebre amarilla, su presencia en los sitios cálidos y húmedos, su distribución geográfica, el hecho de que raras veces ataca a las personas que duermen bajo buenos mosquiteros, etc.

Cuando los americanos comenzaron sus trabajos en el istmo, no cuidaron gran cosa de evitar el peligro de la fiebre amarilla; pero pronto comprendieron la necesidad de procurarse de él, y en seguida emprendieron una enérgica lucha contra los mosquitos. En mayo de 1905, organizaron un servicio sanitario completísimo. Funcionarios, obreros, indígenas, todo el mundo hu-

bo de someterse a una serie de medidas tan rigurosas como eficaces. Cada quince días, desinfectábanse todos los locales con fumigaciones de ácido sulfuroso. Todos los habitantes fueron obligados a usar mosquiteros en los que no hubiese ni la más pequeña abertura. Panamá fué dividido en ocho distritos, cada uno de ellos con un médico que estaba obligado a visitar diariamente todas las habitaciones y a ordenar cuantas medidas sanitarias creyese oportunas, teniendo para este fin la misma autoridad que un inspector de policía. Detuviéronse provisionalmente todos los trabajadores del canal, y se empleó a los obreros en trabajos de desecación. Pavimentáronse las calles, verdaderos pantanos durante la estación de las lluvias, con briquetas impermeables de barro cocido; construyóse alcantarillado, y las cisternas y depósitos de agua fueron sustituidos por canalizaciones de agua corriente.

Los resultados de estas medidas no se hicieron esperar. En junio de 1905, hubo en la región del istmo sesenta y dos casos de fiebre

amarilla; en julio, cuarenta y dos; en Agosto, veintisiete; en septiembre, seis; en octubre, tres; en noviembre, dos; en diciembre, uno. La enfermedad perdió su carácter endémico o intensivo, y en 1908 sólo ocurrió un caso, en Colón. Después, no se ha vuelto a conocer ninguno. El entomólogo que quiera obtener un ejemplar de "Stegomyia calopus" para su colección, podrá encontrarlo en cualquier parte, menos en Panamá.

En todo el país se adoptaron análogas precauciones. Suprimiéronse las aguas estancadas, y donde no fué posible suprimirlas, fueron cubiertas de una capa de petróleo; todas las aberturas de las casas fueron cerradas con telas metálicas muy espesas, y estas medidas se complementarán con la creación de hospitales en Ancón y Colón, y de dispensarios a lo largo del canal. Y gracias a este esfuerzo sistemático e inteligente, la región panameña, una de las más malsanas y mortíferas de la tierra, no ofrece hoy mayores peligros que cualquier país europeo.

M. ZABALA

=B^{ME} MITRE Y ESMERALDA

GRAN EXPOSICION DE ARTICULOS PARA CABALLEROS

SOMBREROS canotiers de paja rustic gruesa, importados, guarniciones finas, a \$ 12.—, 7.—, 10.— y..... \$ 3.25
CAMISAS blancas, con pechera y puños de puro hilo, a..... \$ 4.90
CAMISAS de madapolán blanco, con pechera y puños de batista, en colores y gustos de gran novedad, a..... \$ 10.—

CONFECCIONES PARA CABALLEROS

TRAJES de saco en casimires de pura lana, inmensa variedad de gustos y colores, modelos en todos los estilos modernos y de moda, a \$ 90.—, 85.—, 80.—, 75.—, 70.—, 65.—, 60.—, 55.— y \$ 50.—
CHALECOS de piqué blanco, derechos y cruzados, a..... \$ 10.—
GUARDAPOLVOS de brin crudo, a.... \$ 10.—
GUARDAPOLVOS de brin blanco, a.... \$ 12.—
GUARDAPOLVOS de seda cruda, a.... \$ 25.—

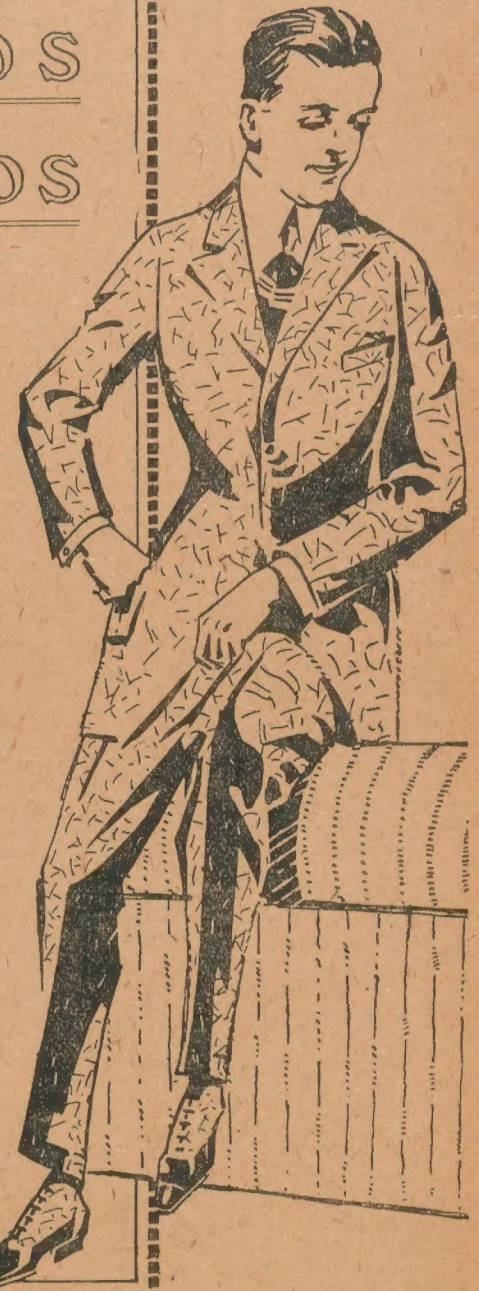
CALZADO

BOTINES de potro, charolado, con caña de becerro negro mate, con cordones o botones, 16.90
formas cómodas y elegantes, el par, a \$

CRÉDITOS

Acordamos créditos pagaderos en diez mensualidades; son los más convenientes, porque son otorgados directamente sin pérdida de tiempo; no cobramos interés, no recargamos los precios, y representan una economía efectiva.

PIDA INFORMES



EL REGALO DE REYES

por Enrique DEL BUENO

Para Machito.

Fuera bramaba la tempestad; los hijos, acurrucados en el regazo materno, oían, ya entornando los ojos, el cuento de todas las noches, el cuento de la madre que al aquietarlos haría que el sueño reparador viniese.

—El hombre fué malo—deciales quedamente la madre pensando que al arrullarlos sus palabras no importaba la falta de ilación de sus ideas,—volvía del trabajo borracho, y una noche inelentemente golpeó con fuerzas inauditas a su mujer, que llorosa imploraba piedad...

El más grande de sus hijos abrió los ojos, parecía que las últimas frases de su madre le habían hecho comprender algo que hacía mucho tiempo rumiaba su alma inocente y le dijo con una vehemencia rara para sus años:—¿Entonces papá es malo?

La madre se quedó suspensa; gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas, luego alzó sus ojos y en la semioscuridad de su cuarto pudo verse que los fijaba implorantes en una madona que frente a ella acariciaba un niño... Fuera el viento implacable rugía, y al castigar su furia sobre los árboles, se sentían eual gemidos lejanos; parecía que los árboles tenían alma.

—No, papá no es malo; papá es bueno—respondióle su madre con una entonación extraña en su voz.—Para los hijos deben ser siempre buenos los padres; no repitas más eso, ¿sabes?—Y habiendo olvidado el cuento principiado, ansiosa de verlos dormidos para quedarse a solas con sus recuerdos, empezó otro:

—Había una vez un rey que disfrazado de pobre recorría la ciudad, y al ver pasar por su lado a uno de sus cortesanos a quien más favores le había hecho, le tendió implorante la mano, él le dió vuelta la cara: para los grandes no hay, no debe haber miserias.

—¿Y qué hizo el rey?

—Duerme, querido, duerme, pronto llegará tu padre y ya sabes tengo que prepararle la comida.—Y el chico, ante el ruego de la madre, al rato se quedó dormido.

La puerta de la casa se abrió violentamente, una racha de viento húmedo y frío, helando a la pobre mujer, apagó la lámpara dejándola en tinieblas; seguidamente se oyó una interjección inmundia y luego la aguardentosa voz del marido que decía:

—¡Haces bien, apaga la luz para no verme, ¡o te crees que por venir borracho no tengo bastante lucidez para comprender tu desprecio!—A tientas se acercaba a ella, el rodar de una silla la dejó helada, presintió violencias y quiso huir, ¿pero dónde?, había sentido cerrar la puerta y su pobre habitación no tenía otra salida...

Nerviosamente buscó los fósforos, la oscuridad le aterraba; de pronto sintió dedos de hierro que le oprimían el brazo, y ahogando el grito de dolor que tal brutalidad le ocasionaba, le decía implorante:—Por favor, no me maltrates, ellos duermen, deja que descansen ¡angelitos!;—y como, a pesar de todo, seguían las tenazas de sus dedos prendidas en la albura de sus carnes, en las que empezaba a diseñarse un leve círculo violáceo, no pudo contenerse, entremezcló a su ruego agudos gritos de dolor, y luego, convulsamente, cual si obrara presa de un momento de locura, decía como divagando:—¡Papá es bueno, los niños no deben decir esas cosas!...

Sentada en un rincón al leve resplandor de la lámpara, mientras su marido se hartaba, ella, empañados aún sus deliciosos ojos pardos por las

lágrimas vertidas, le miraba inquietante. De pronto osó dirigirle la palabra:—¿Por qué eres tan malo, Julián? ¿No comprendes que estás lastimando nuestra desgracia? No comprendes que nuestros hijos necesitan muchas cosas, y que tú, en vez de ir a tirar ese dinero en las tabernas podrías conservarlo para ellos, y si no lo haces por ellos ni por mí, si nada valemos en tus afectos, hazlo por ti, por ti que al embriagarte destruyes tu vida, ¡por ti que te estás matando!, y agregó luego de un corto silencio, plena de ternura su voz:—Sí, Julián, deja ese vicio, ¡seríamos tan felices!

Maria se quedó muda, en esa súplica infinita dicha entre lágrimas y suspiros, había puesto toda su alma, su corazón de madre se revelaba ante el sufrir sin término de sus hijos y ansiando sacar a su marido de la pendiente del vicio, hubiera aceptado todo, privaciones y trabajo, en cambio de una promesa, ¡y era tan poco lo que pedía!

La sacó de su tierna preocupación la aguardentosa voz de su marido que decía:—Basta, basta; siempre con tus recriminaciones sin sentido, siempre lamentándote de tu vida; entiéndelo bien, soy hombre y nada ni nadie me harán hacer lo que no quiero, si no te gusta como soy, me dejas; vete donde mejor te plazca, nada haré por detenerte, al fin y al cabo...

Un silencio frío siguió a estas palabras. Conocedora del carácter de su marido, sabía lo imposible que era convencerlo, por eso lo dejó hacer, y cuando vió que con paso vacilante se dirigía a la cama, respiró feliz al saberse por un rato sola.

Los chicos, al entrar a su casa, de vuelta del colegio, sacaron a Maria de sus preocupaciones; felices por la víspera de fiesta, inquiríanle qué les pondrían los Reyes a la noche, y la madre, entristecida ante el recuerdo de su pobreza, les decía:—Los Reyes, hijos míos, no se acuerdan de los pobres,—y con honda amargura agregaba:—Para los ricos siempre llevan algo, pero a nosotros ¿qué quieren que nos traigan si saben que nunca podremos darles nada?...

Oscurecía. El cuarto parecía más triste; la cena fué silenciosa. Al terminarla no hubo el cuento de siempre; quedamente iban los chicos a la cama, pero el mayorcito, antes de acostarse, quiso poner los botines al lado de la puerta; la madre lo dejó hacer. ¡Para qué entristecerlo más! Después se fué a la cama; el sueño reparador venía...

Repetidos golpes a la puerta sacaron a Maria de su ensimismamiento. Adolfo, su hijo, se enderezó en la cama. En su infantil fantasía pensó que los Reyes también se habían acordado de ellos.

La puerta se abrió quedamente y aparecieron dos hombres que llevaban un bulto cubierto por un paño obscuro, y al verlos entrar así, torbos y tristes, un vago presentimiento anubló la mirada de Maria; quiso ver lo que hacían, y uno de ellos, conteniéndola en su arrebato, le dijo:

—Señora: fué fatal; salió borracho de la taberna, y al cruzar la calle, se lo llevó por delante un automóvil; compañeros de taller, lo recogimos...

Y ella no pudo más; de rodillas, la cabeza de su esposo entre sus manos, lloraba sordamente sin proferir una palabra; su hijo se había ido acercando poco a poco, y al ver ese cuadro, al comprender de un solo golpe de vista la desgracia, se acercó a su madre, enlazóle las manos al codo, y entre besos y lágrimas musitábale al oído:

AL BORDE DEL DESACATO



—¿No ve que aquel perro le arruina las plantas?
—¿Qué quiere que haga?: es un perro de policía.

—Mamá: ¡qué malos son los Reyes! ¿Por qué harán llorar tanto a los pobres?

Y la madre, comprendiendo, no obstante su tristeza, la injusticia que encerraba la queja de su hijo, devolviéndole caricias le decía:

—No, hijo querido; los malos son los hombres que no saben apartarse de los vicios.

Moléculas y átomos

De largo tiempo atrás se sabe que los cuerpos, sean sólidos, líquidos o gaseosos, están formados por minúsculas partículas llamadas moléculas y éstas a su vez están constituidas por agrupamientos de otros corpúsculos más pequeños aún que se llaman átomos. Los átomos son las subdivisiones más pequeñas imaginables de la materia. Se combinan según ciertas leyes y forman lo que se llama cuerpos compuestos. Por ejemplo, dos átomos de hidrógeno y un átomo de oxígeno, forman una molécula de agua; un átomo de azufre, cuatro de oxígeno y dos de hidrógeno forman una molécula de ácido sulfúrico, etc.

A pesar de que las moléculas y átomos son tan excesivamente pequeños que no pueden ser vistos ni aun con los más poderosos microscopios, se conocen hechos muy interesantes relativos a ellos. Han sido pesados, medidos, contados, y sus movimientos han sido calculados con una precisión verdaderamente sorprendente.

Dice el profesor Jean Becquerel, el famoso físico francés:

“El diámetro de las moléculas se mide por diezmilésimos de milímetro; por ejemplo, las moléculas de oxígeno tienen un diámetro de 0.000106 de milímetro.

En la temperatura ordinaria las moléculas se mueven a una velocidad de varios centenares de metros por segundo. (El oxígeno a 0 grados centígrados se mueve 425 metros; el hidrógeno 1,698). Pero el espacio que tienen para moverse libremente es tan restringido que antes de que hayan caminado un diezmilésimo de milímetro, chocan unas contra otras, de tal manera que se verifican varios billones de colisiones en un segundo. En el oxígeno, por ejemplo, las moléculas se hallan en colisión unas con otras aproximadamente, 4,065,000,000 de veces por segundo.

Hay que imaginarse, escribe el profesor Becquerel, el indescriptible caos que existe en un gas en las condiciones normales. Treinta billones de billones de moléculas en cada centímetro cúbico, todas poseídas de un vértigo de movimiento, animadas de velocidades variables pero que en la generalidad llega a varios centenares de metros; billones de colisiones por segundo en cada molécula. La superficie total de las moléculas en un centímetro cuadrado es de varios metros cuadrados. Si pudiéramos to-

mar las moléculas contenidas en un centímetro cúbico de “argón” y colocarlas una tras otra, formarían una línea que daría 200 veces la vuelta al mundo.

Todos los gases se combinan, cualquiera que sea su peso, y todos los gases, en iguales condiciones de temperatura y presión contienen en igualdad de volumen, el mismo número de moléculas. Por ejemplo, un globo que contenga 22.4 litros de gas, se llenará con dos gramos de hidrógeno, o 4 gramos de helio, o 32 gramos de oxígeno o 18 gramos de vapor de agua y en cada caso habrá en el gas contenido en el globo, 680,000 billones de billones de moléculas.

Es el rapidísimo movimiento en todas direcciones de esta fabulosa cantidad de moléculas, lo que hace que el gas llene cualquier receptáculo, en el que se le coloque y ejerza presión uniformemente sobre las paredes que lo encierran. Esta es la razón por la cual el globo se mantiene lleno y que tan pronto como se hace una abertura en él, se vacía, escapándose el gas que lo llena.

Requeriría mucho espacio y necesitaría un profundo conocimiento de Física y Matemáticas el explicar aquí por qué procedimientos se ha llegado a estos resultados. Basta exponer que han sido calculados teóricamente y comprobados prácticamente por el estudio de la viscosidad de los gases, de los movimientos de Brown de las partículas, de las fluctuaciones de la luz, de las rayas del espectroscopio, y por los fenómenos de la radioactividad.

LA DACTILOGRAFA



—¿Por qué pone una línea de puntos y comas al final de la carta?
—Son los que olvidé poner en el texto.

DOS PAYASOS

por Francisco COPPÉE

Como era noche estrellada, había mucha gente en la feria; se agolpaba, sobre todo, asombrada, delante de la barraca de los luchadores, en la que algunos faroles rojos y ahumados alumbraban el espectáculo que acababa de empezar. Enarcando los pesados músculos bajo las mallas sucias y groseramente adornados con retazos de pieles en las muñecas y en los tobillos, los atletas, cuatro tipos de cabeza de beluario, se alineaban delante de la tela pintada que representaba sus proezas, de pie, mirando al suelo, cruzados sobre el pecho los brazos de duros biceps.

Cerca de ellos, el preboste del establecimiento, un ex suboficial de bigotes caídos de bebedor consuetudinario, con el cinturón ajustado y un corazón de paño rojo sobre la pechera de cuero, se apoyaba en un par de floretes. La mujer cañón, con una rosa en la cabellera, metida en un saco de hombre a causa del aire fresco de la noche y en su semidesnudez de bailarina, tocaba a la vez los platillos y el bombo, acompañando encarnizadamente a tres compases de polka, siempre los mismos, que ejecutaba un clarinete ciego.

El dueño de la barraca, un Hércules con facha de galeote, cuyo vientre de Sílano forzaba un pantalón escarlata, rugía pregones ensordecedores en un embudo portavoz. Mezclado a la multitud de los merodeadores de suburbio, de los soldados con permiso y de las mujercuelas que seguían a los soldados, contemplaban con repugnancia ese espectáculo abyecto, último vestigio de los juegos olímpicos.

De pronto cesó la música y todo el mundo estalló en una carcajada: acababa de aparecer el payaso.

Llevaba el traje clásico del "clown" francés: calzón corto, chaqueta también corta, medias a rayas horizontales, como las que caracterizan a los campesinos de la ópera cómica, tricorno echado hacia atrás y peluca roja, con larga trenza, en cuya punta se agitaba una mariposa de papel.

Era un hombre muy joven, pero en su rostro, desfigurado por los afeites y la harina, se notaba la huella del vicio. Deteniéndose delante del público, en una actitud ridícula, abría la boca a la manera de los imbéciles y dejaba ver las encías ensangrentadas en las que faltaban casi todos los dientes. El patrón le dio un puntapié por detrás.

—Entré,—le dijo tranquilamente.

Entonces, en el pequeño escenario se inició el diálogo tradicional, salpicado de bofetadas, entre el saltimbanqui y su payaso, y la concurrencia se retorció de risa ante esos recuerdos de la farsa clásica, caídos del teatro a los tablados y cuya comicidad grosera, pero directa, parece un eco abyecto de la risa de Molière. El payaso manifestaba su talento impuro, lanzando a cada instante una broma obscena, un juego de palabras inmundas, al cual su patrón, simulando una indignación púdica, respondía con un puntapié. Pero el payaso poseía a maravilla el arte de recibirlos. Sabía doblar el cuerpo a tiempo, bajo el impulso de un puntapié, y después de haber recibido una sonora bofetada en la mejilla derecha, hinchábala con la lengua y se ponía a lloriquear hasta que otra bofetada hacía pasar a la mejilla izquierda la fluxión artificial. Los golpes caíanle repetidos como granizo, y la harina de la cara y el polvo rojo de la peluca que los roveses levantaban, lo envolvían como una nuececilla. Por último agotó todos los recursos del más bajo grotesco, muñecas,

torceduras ridículas, caídas de bruce, etc., hasta que el patrón, juzgando que el público había sido ya bastante cebado, le despidió con dos mojicones.

La música volvió a sonar con tal violencia que las telas pintadas temblaban. El payaso tomó los palillos de un tambor colgado en uno de los montantes del tablado y agregó un rataplán triunfante al bombardeo del bombo, al trueno de los platillos y al alarido desesperado del clarinete. El director de la lucha, empujando de nuevo el embudo portavoz anunció que la función iba a comenzar; como señal de desafío arrojó tres o cuatro guantes de esgrima viejos a sus compañeros; la multitud se precipitó al interior de la barraca y no quedó más que un escaso grupo de indiferentes delante del tabladillo de la entrada.

Iba a alejarme cuando observé, a mi lado, a una viejecita que miraba con extraña fijeza esas tablas vacías donde seguían ardiendo los faroles rojos. Llevaba la cofia de lienzo blanco y la pañoleta cruzada de las mujeres pobres; de toda su persona parecía emanar decencia y honradez. Preguntándome cuál podía ser el interés que la retenía en ese sitio la miré con más atención, vi que en sus ojos asomaban las lágrimas y que las manos, que se había llevado al pecho, se crispaban en un gesto de ansiedad.

—¿Qué tiene? — le pregunté, acercándome a ella, impulsado por una simpatía instintiva.

—¿Qué tengo, señor? — exclamó la anciana deshaciéndose en lágrimas. — Al pasar por aquí, por pura casualidad, ¡oh!, por casualidad, pues no tengo el corazón como para divertirme... al pasar delante de esta horrible barraca, acabo de reconocer en ese infeliz que recibía tantas bofetadas a mi hijo, señor, a mi único hijo... Ha sido el tormento de toda mi vida. No sabía qué había sido de él desde el día en que mi marido, ya difunto, lo hizo embarcar como grumete... Era aprendiz en una ferretería y robó a su patrón, él, el hijo de dos personas honradas... Yo lo habría perdonado... usted comprende, las madres... Pero mi marido, cuando le dijeron que su hijo había robado se puso como loco... y de eso ha muerto sin duda, sí, señor: de eso ha muerto.

Jamás volví a ver al desgraciado muchacho. Cinco años he pasado sin tener noticias suyas. Trataba de engañarme; me decía: la experiencia lo había corregido... y hace un momento...

Pidan la deliciosa cerveza QUILMES CRISTAL

Y la vieja sollozaba hasta dar lástima. Pronto nos rodearon algunos curiosos. Ya no se dirigía a mí, ni al grupo; hablaba para sí misma, hablaba a su dolor.

—¡Mi Adrián! ¡Un hijo que crié con todo mi amor! ¡Saltimbanqui en un teatro de feria, golpeado e insultado delante de todo el mundo! ¡Payaso en una barraca, él, a quien salvé cuando estuvo tan enfermo, a los cuatro años! ¡El niño que he tenido en mis rodillas!

En ese momento, la vieja advirtió

que la rodeaban y la escuchaban. Recorrió a los espectadores con una mirada de asombro como la de alguien que se despierta en un sobresalto; reconoció en mí al que la había interrogado, se puso muy pálida y balbució:

—¿Qué he estado diciendo? Déjeme pasar.

Y bruscamente, apartándonos con gesto impetuoso, se alejó, rápido el paso, y desapareció en la obscuridad.

Esta aventura me impresionó vivamente. Pensé en ella más de una vez

EN LA ESCUELA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS



Durante una lección de miradas.

y desde entonces, cuando la casualidad ponía ante mis ojos a un ser degradado, — una infeliz muchacha que rondaba equivocadamente las calles mal alumbradas o un bohemio alcoholista que en el rincón de un café inclinaba su rostro demacrado a la copa de ajeno — pensaba:

— ¡Y ese ser lamentable ha sido también un bello niño!

Bien; algún tiempo después de ese encuentro — permítaseme que no indique la fecha — me llevaron a un palco de la cámara de diputados para asistir a una sesión sensacional. Poco importa la ley que se debía discutir ese día; baste saber que se trataba de la monótona historia de siempre: un candidato al ministerio, en otra época individuo de la oposición, proponía suprimir no sé qué libertad, que antes había reivindicado con mucha virulencia y energía. Una vez más, el hombre en el gobierno iba a faltar a las promesas que había hecho como tribuno. En buen francés, eso se llama traicionar; pero en lenguaje parlamentario se emplea esta perifrasis: "realizar una evolución". La opinión estaba dividida y la mayoría incierta del discurso que pronunciara dependía de la suerte de ese personaje político. Por consiguiente los legisladores estaban en sus puestos y la clase no parecía, como de costumbre, una clase de colegiales turbulentos con un celador sin autoridad. El buffet estaba desierto y hasta los mismos diputados del centro no se absorbían en su correspondencia particular.

El orador subió a la tribuna. Tenía el aspecto banal del abogado prolijo, de mirada desecada, de labios desbordantes y como hinchados por el abuso de la palabra. Hojeó primero sus papeles, con aire de importancia, tomó un sorbo de agua azucarada y se irguió; en seguida comenzó a despachar un discurso privado de sentido, con esa odiosa facilidad del foro, abusando de las ideas vagas, de los términos abstractos, de las palabras terminadas en "mente" y en "ion", de los clisés y de las frases hechas. Un murmullo de aprobación acogió el final del exordio, pues el pueblo francés en general, y el mundo político en particular, manifiesta un gesto depravado por ese género de elocuencia. Alentado, el orador entró en el fondo de la cuestión y cantó efímicamente la palinodia. No renegaba de ninguna de sus opiniones — decía, — no repudiaba ninguno de sus actos; sería siempre liberal (y se daba un puñetazo en el estómago), pero lo que ayer era bueno podía ser hoy peligroso, verdad del otro lado de los Alpes y error de este lado. Se abusaba de la magnanimidad del gobierno. Asustó a la asamblea con profecías sombrías. Hasta arreigó un poco de lirismo reeditando metáforas que circulaban desde los tiempos de Cicerón y comparando a su política, sucesivamente y en la misma frase, a un piloto, a un corcel y a una antorcha. Tanta poesía debía forzosamente acentuar el éxito del orador. Hubo una salva de aplausos y la oposición gruñó, presintiendo su derrota. Estallaron interrupciones violentas; voces furiosas recordaban al orador su vida pasada y repetían sus opiniones de otra época, que en esa oportunidad sonaban a insultos. No manifestó la menor emoción y adoptó una actitud desdenosa que produjo el mejor efecto entre sus partidarios. Entonces las aclamaciones redoblaron y él sonreía vagamente pensando sin duda en las pruebas del Diario de Sesiones en las que dentro de unas horas agregaría, sin mentir demasiado "Profunda sensación" y "Prolongados aplausos".

Cuando se restableció la calma, seguro de su éxito, afectaba una serenidad majestuosa. Reanudó su discurso, elevándose pesadamente y lanzándose hasta las doctrinas trascendentales. Pero yo no lo escuchaba ya. El es-

NUNCA ES TARDE



— ¿Fuma con dos pipas?
— He cumplido ochenta y ocho años y voy a vivir poco... Tengo que aprovechar.

pectáculo escandaloso dado por ese partiquino político, que sacrificaba principios eternos a su interés de un día, evocaba en mi recuerdo a la barraca de la feria. La retórica fría de su anaga en la que no vibraban ni la emoción ni la lealtad, me recordaba el saludo al público que pronunciaba de memoria el payaso emharinado de la feria. El aire de soberbia que adoptaba el orador bajo la lluvia de reproches y de injurias, se parecía singularmente a la indiferencia del payaso abofetado. Esas frases sonoras que acababa de oír sonaban a falso como la música de la barraca. La palabra "libertad" tronaba como el bombo; "el interés público" y "la salvación del Estado" chocaban con ruido discordante semejante al de los platillos; y cuando el farsante habló de su "patriotismo" creí oír el "cuac" de un clarinete.

Un súbito bullicio me sacó de mis fantasmas. El discurso acababa de terminar y el orador, de pie en el hemicycle, estrechaba la mano a los que se le acercaban a felicitarle. Se iba a votar; circulaban las urnas; pero como el resultado de la elección era previsto, la multitud de la barra comenzaba a retirarse.

Al cruzar el vestíbulo vi a una anciana, vestida de negro, rodeada por algunas personas; vestía como una burguesa rica y parecía muy contenta. Detuvo a uno de esos jovencitos elegantes que ve por lo común en los corredores de los ministerios y como lo conocía un poco le pregunté quién era esa señora.

— ¡Es la madre del orador! — me contestó con una emoción administrati-

va. — ¡Pueda sentirse orgullosa!

¿Orgullosa? No lo era, por cierto, la viejita que moraba delante de la barraca de la feria, y ahora, convertida en madre de su futura Excelencia, si hubiese reflexionado, habría lamentado también el tiempo en que su hijo era un niño que se desperezaba desnudo en las rodillas maternas...

Pero ¡bah! todo es relativo, hasta la vergüenza.

Conventos budhistas

El viajero que visite a Birmania — escribe David Boyle en el "Chambers' Journal" — queda sorprendido de la variedad y del número de casas que habitan los Sacerdotes de Budha.

Desde los grandes edificios construidos de ladrillo y de madera y que abundan en las ciudades y ricos pueblos agrícolas, a las pobres chozas de bambú con techos de paja, que se encuentran en las regiones más remotas del país, puede decirse que no existe ciudad, ni pueblo por pequeño que sea, donde no haya algún convento.

Y no puede dejar de reconocerse que dichos conventos, fundados en origen para ser habitados por ascetas deseosos de seguir las huellas del Maestro, prestan inestimables servicios a la vida social de aquellas poblaciones.

En primer lugar son siempre la escuela del pueblo, que acoge y educa por muchos años a todos los niños varones. De tal suerte que mientras en la India sobre diez personas hay nueve analfabetas, en Birmania, según las estadísticas, sólo son analfabetas el

cincuenta por ciento, y serían todavía menos si la estadística se contrajera sólo a los budhistas.

Otro útil servicio que prestan los conventos es el de ser la posada o lugar de auxilio de todos los viajeros, a cualquier religión que pertenezcan, y así sean indígenas como extranjeros.

Erigidos en terreno propio, y rodeados, por lo general, de una alta pared, están siempre situados en los alrededores de los pueblos y circundados de tupida arboleda, casi siempre de árboles frutales.

En las localidades más importantes, los techos, sobrepuestos los unos a los otros, y la alta torre, indican de lejos al cansado viajero el sitio en que encontrará confortable hospitalidad. Pocas vistas animan tanto, al atardecer, el viajero, después de un entero día de camino, cuanto divisar la dorada torre del Convento que resplandece a los rayos del sol poniente. Al acercarse se queda uno sorprendido del aseo y del orden que reinan en aquellos sagrados dominios llenos de pequeñas habitaciones de madera o de bambú, las unas abiertas por todos lados, las otras parcialmente protegidas por paredes de mampostería y llamadas "Zaiat", lo cual quiere decir: "lugar de etapa, para restaurarse".

En dichos locales el viajero, sin necesidad de pedir permiso, puede dormir y alimentarse a expensas del Convento si no tiene recursos.

El interior del convento da la impresión de una gran sala a cuyo alrededor se abren multitud de cuartos o celdas.

Por lo general el edificio está rodeado de grandes corredores en los cuales los frailes cumplen sus prácticas religiosas.

En la sala central, hay siempre una estatua de Budha, de bronce o piedra, y en las gradas del monumento hay permanentemente velas encendidas y grandes ramos de flores cuyos pétalos cubren el piso y embalsaman el aire.

Cuando asoma la aurora y cuando el sol se pone, se oye resonar la dulce melodía de los himnos sagrados cantados por los sacerdotes y por sus discípulos. Toda la vida del pueblo se concentra en los conventos, a los cuales los habitantes agradecidos abastecen de leña y de agua, así como hacen gustosos cualquier trabajo que los sacerdotes necesiten.

En las primeras horas de la mañana, cuando la niebla empieza a desaparecer ahuyentada por los rayos del sol, se ve salir del Convento una pequeña procesión compuesta de sacerdotes cubiertos de capas de seda amarilla, y que llevan en la mano pesadas ollas de barro y a quienes acompañan muchachos que tocan un pequeño tambor (gong). La procesión atraviesa lentamente la población y las mujeres salen a la puerta de sus casas para llenar los envases que llevan los sacerdotes, de arroz y legumbres, pero nunca de carne, pues este alimento les está vedado por toda la vida a los sacerdotes budhistas.

En el Convento tiene también su asiento el Consejo de los Ancianos, que allí se reúnen en las cálidas y largas tardes de verano, y, sentados en círculo, discuten sobre los últimos acontecimientos y cuestiones, no sólo del pueblo sino también de importancia nacional.

Surgen a veces disgustos, cuando los magistrados que no simpatizan con los conventos tratan de turbar el orden y de quitarles la influencia que ejercen sobre la población.

Pero cuando la libertad y la paz están en peligro, la influencia de la iglesia budhista y de las capas amarillas es un factor vital de los destinos de todas las poblaciones de Birmania.

Hoy, terminada la guerra, volverá allá también la antigua paz, turbada por el cataclismo universal.

La mujer en el parlamento

La sonada elección de lady Astor como diputado al parlamento británico, no es, por cierto, un caso nuevo, pero la actividad de la flamante diputada ha prestado singular actualidad a la cuestión de la representación parlamentaria femenina. Hay quienes dicen que la influencia de la mujer en los negocios del Estado se hará sentir en una forma purificadora del ambiente moral de la política. Es muy posible, pero por lo pronto no hay duda que resultaba un tanto absurdo que sólo los hombres legislaran en cuestiones que afectan tanto a ellos como a las mujeres. A las mujeres no les quedaba más que un papel de obediencia, sin voz ni voto.

Hace diez años que una mujer entró por primera vez a formar parte del parlamento finlandés. Fue la primera mujer diputado. En la actualidad, las mujeres son elegibles en Noruega, en Finlandia, en los Estados Unidos, en Holanda, en Australia, en Dinamarca, en Gran Bretaña y en Alemania. Cuentan veinte representantes en el parlamento norteameri-

cano, uno en Holanda, siete en Dinamarca, dos en Gran Bretaña, diez en Finlandia. Hay además mujeres diputados en casi todas las asambleas provinciales del Canadá, y nueve figuran en la Dieta de Baden. Esta estadística data de algunos meses; las elecciones realizadas últimamente en diversos países europeos han aumentado ese número, sobre todo en Alemania.

En las elecciones para el parlamento inglés de 1918 se presentaron diez y siete candidatas. Dos de ellas, la señorita Mac Arthur y la señora Despard, eran sostenedoras encarnizadas de la clase obrera; otras dos formaban parte de la Federación liberal de mujeres; tres eran conocidas como sufragistas militantes, como la señorita Pankhurst. En general, todas ellas se distinguían por su ilustración y la amplitud de sus ideas, y en su mayor parte no pertenecían a partido político determinado.

A. MEYER ARANA.

El conde y la emperatriz Eugenia

Tres meses después de haberse proclamado en Francia el segundo imperio, una breve noticia publicada por algunos diarios parisienses, participaba al mundo entero que un miembro de la familia imperial, el conde Camerata, nieto de Elisa Bonaparte, acababa de sucumbir a un acceso de fiebre.

Pronto se supo, sin embargo, que ésta era sólo la versión oficial, y que el conde había perecido de muerte violenta.

Los oficiosos se apresuraron a hacer correr la voz de que se había suicidado a consecuencia de grandes fracasos en la bolsa; debía doscientos mil francos, y después de pedirselos en vano a su madre, la princesa Napoleón Elisa, y al ex rey Jerónimo, antes de ser la deshonra de su familia, había preferido matarse.

Pero esta explicación no satisfizo a nadie. El conde Camerata, joven, atractivo, representante del elemento liberal en el consejo de estado, no era un cualquiera. Por su padre y por su madre, tenía derecho a una herencia de más de seis millones, y esto era suficiente para que cualquiera le hubiese hecho un préstamo de importancia. Se buscó, pues, otra hipótesis, y se recordó que el conde tenía una amante, la actriz Elisa Letesier, más conocida como Mlle. Marta. Según la nueva versión, Camerata quería casarse con ella, y habiéndolo manifestado así al emperador, éste le había amenazado con expulsarlo de la familia, con lo que, puesto entre la espada de su amor y la pared de las conveniencias sociales, había optado por saltarse el cerebro de un pistoletazo.

Mas tampoco esta versión era la verdadera. Un periodista francés, M. Paul Ginisty, reprodujo, hace algún tiempo, el relato del suceso inoluido años después en sus memorias por un corso llamado Griscelli, agente de policía secreta, y en él se descubre, con todo lujo de detalles, la causa más verosímil del trágico suceso.

El 30 de enero de aquel mismo año, Napoleón III había contraído matrimonio con Eugenia de Montijo. Ver a la que desde entonces había de ser la emperatriz Eugenia, y enamorarse perdidamente de ella, fué todo uno para el joven conde Camerata. Aquel amor, que duró una semana, fué la causa de su muerte. Seis días después de la boda, celebrábase en las Tullerías el baile de gala que formaba parte del programa de las fiestas.

El emperador hablaba con los embajadores; la emperatriz recibía los homenajes de las encumbradas damas que acababan de serle presentadas. En el momento en que Eugenia se levantó para reunirse a su marido, el conde Camerata, a quien su parentesco permitía ciertos privilegios, por más que no fuese muy bien acogido en la corte, se aproximó a ella. La emperatriz dejó escapar ligeras muestras de enojo, pero el apasionado conde, que esperaba febrilmente aquellos

instantes, no vaciló en pronunciar cuantas palabras pudo inspirarle su ardiente pasión. La emperatriz, viéndose blanco de todas las miradas, no pudo disimular su cólera, y tan pronto como estuvo junto al emperador, se la vió hablarle rápidamente, cual si quisiera sincerarse de lo ocurrido.

Napoleón III frunció el entrecejo entre dos sonrisas oficiales, e hizo un gesto imperceptible, gesto que para algunos de los que le rodeaban debía ser una orden. Algunos instantes después, un cortesano pasaba junto al emperador y, sin detenerse casi, recibía breves instrucciones. Aquel hombre se acercó en seguida al conde Camerata y, como quien habla de un asunto indiferente, le invitó a que le siguiese. No tardaron en perderse ambos en los pasillos del palacio, y en uno de ellos el conde fué entregado en manos de un nuevo individuo, agente de policía particular del emperador, a quien Griscelli llama Zambo.

—Dignaos seguirme, conde—dijo este

hombre a Camerata, mostrándole el camino de su propia habitación.

—¿Por qué?—preguntó el joven.—¿Qué significa esto?

—No sé nada, señor; pero he recibido orden de vigilarlos por ahora, y tengo costumbre de ejecutar lo que se me ordena. Lo mejor que podéis hacer es esperar con paciencia. Aquí hay un sillón, cigarros... Permitidme solamente que os haga compañía.

¿Qué aconteció luego? ¿Cómo es que al día siguiente se encontró el cadáver del conde, muerto de un pistoletazo, en su propia casa?

Griscelli afirma en su relato, que el conde, al verse preso, quiso escapar; tal vez sacó un arma para librarse de las garras de Zambo, y el agente, fiel a la consigna, antes de consentir su fuga, le mató de un tiro e hizo transportar el cadáver a la casa de la víctima aquella

ENTRE PADRE E HIJO



—Ahora que he vendido todas mis propiedades a Rodríguez, lo que debes hacer, hijo mío, es casarte con su hija.

MADE FOR THE
BVD
BEST RETAIL TRADE

ROPA INTERIOR HOLGADA

Aceptada universalmente, por su

Frescura, Perfecto ajuste y larga duración.

La etiqueta tejida en colorado que figura arriba está cosida en cada pieza con la marca B V D. Asegúrese que el juego que Vd. compre la tenga. Refuse substitutos

De venta en las principales casas del ramo.

The B. V. D. COMPANY, Nueva York
Representante: WILL L. SMITH

RIVADAVIA, 2027
BUENOS AIRES

misma noche, mientras se bailaba todavía en los salones del palacio.

En seguida el asesino comprendió lo que había hecho, considero las consecuencias de su acción y se apresuró a huir a Londres.

Era entonces prefecto de policía otro corso, Joaquín Pietri, gran amigo del conde Camerata. Comprendiendo de dónde venía el golpe, Pietri se lamentó de no tener entre sus manos a Zambo, y entonces Griscelli, como subordinado y paisano del prefecto, se prestó a ir a Londres y a vengar en menos de dos días al conde, de quien era paisano y protegido.

En efecto, 37 horas después, el cadáver de Zambo, cosido a puñaladas y desfigurado el rostro por el vitriolo, yacía sobre el puente de Londres. La noticia debió llegar a oídos de Napoleón III, pues quince días después hizo llamar a Griscelli para preguntarle:

—¿Has estado alguna vez en Londres?

—Sí, señor—respondió el agente:—cuando vuestra majestad me encargó que llevase una carta al embajador en persona.

—¿Y no has vuelto nunca a ir?

Griscelli hizo un signo de asentimiento.

—¿Sempre la vendetta!—dijo Napoleón.

—“Sono corso”—respondió humildemente Griscelli.

Pero esta segunda parte del drama es más que dudosa. Ni ha oído hablar nadie jamás del agente Zambo, ni era posible sacar un cadáver de las Tullerías y llevarlo a través de París en una noche de fiesta sin llamar la atención. M. Ginisty explica de un modo más acertado todo el drama. Verdad fué el enamoramiento del conde, verdad su imprudente actitud frente a la emperatriz, y acaso verdad también, su expulsión de la sala de baile. Lo que ocurrió luego se comprende fácilmente. Llegado a su casa, Camerata volvió en sí, comprendió lo enorme de su falta, vió en perspectiva el enojo del emperador y la risa burlona de Francia entera, y, caballeresco y romántico como tantos otros jóvenes de su época, escogió una pistola como único medio de librarse del ridículo.

Lo peor es que no fué el conde la única víctima de su atrevido amor. Un mes después, Mlle. Marta, la actriz amante del conde Camerata, se asfixiaba en su habitación.

Desde la muerte del hombre que adoraba, parecía haber tomado esa triste resolución, y la crueldad de la madre del conde vino a decidirla. Camerata había regalado a la cómica unas joyas procedentes del tocador de su madre, y la condesa no vaciló en acusar de ladrona a Mlle. Marta ni en ordenar que se registrase su domicilio. Esta injusticia precipitó el trágico fin de la actriz.

Su desgracia conmovió a todo París; la iglesia la abrió sus puertas, y se le hicieron funerales verdaderamente regios. Hubiérase dicho que ella era la víctima de todo aquel drama. Por lo menos, demostraba haber amado con sinceridad.

D. Q.

por Rubén DARÍO

I

Estábamos de guarnición cerca de Santiago de Cuba. Había llovido esa noche; no obstante el calor era excesivo. Aguardábamos la llegada de una compañía de la nueva fuerza venida de España, para abandonar aquel paraje en que nos moríamos de hambre, sin luchar, llenos de desesperación y de ira. La compañía debía llegar esa misma noche según el aviso recibido.

Como el calor arreciase, y el sueño no quisiese darme reposo, salí a respirar fuera de la carpa. Pasada la lluvia, el cielo se había despejado un tanto y en el fondo obscuro brillaban algunas estrellas. Di suelta a la nube de tristes ideas que se aglomeraban en mi cerebro. Pensé en tantas cosas amadas que estaban allá lejos; en la perra sujeta que nos perseguía; en que quizá Dios podría dar un nuevo rumbo a su látigo y nosotros entrar en una nueva vía, en una rápida revancha. En tantas cosas pensaba... ¿Cuánto tiempo pasó? Las estrellas sé que poco a poco fueron palideciendo; un aire que refrescó el campo todo sopló del lado de la aurora, y ésta inició su anardecimiento, entre tanto que una diana que no sé por qué llegaba a mis oídos como llena de tristeza, regó sus notas matinales.

Poco tiempo después se anunció que la compañía se acercaba. En efecto, no tardó en llegar a nosotros, y los saludos de nuestros camaradas y los nuestros se mezclaron fraternizando en el nuevo sol.

Momentos después hablábamos con los compañeros. Nos traían noticias de la patria. Sabían los estragos de las últimas batallas. Como nosotros estaban desolados, pero con el deseo quemante de luchar, de agitarse en una furia de venganza, de hacer todo el daño posible al enemigo. Todos eran jóvenes y bizarros, menos uno: todos nos buscaban para comunicar con nosotros, para conversar; menos uno. Nos traían provisiones que fueron repartidas. A la hora del rancho, todos nos pusimos a devorar nuestra escasa pitanza, menos uno.

Tendría como unos cincuenta años, mas también podía haber tenido trescientos. Su mirada triste parecía penetrar hasta lo hondo de nuestras almas y decirnos cosas de siglos. Alguna vez que se le dirigía la palabra, casi no contestaba; sonreía melancólicamente; se aislaba, buscaba la soledad; miraba hacia lo hondo del horizonte, por el lado del mar.

Era el abanderado. ¿Cómo le llamaban? No oí su nombre nunca.

II

El capellán me dijo, dos días después.

—Creo que no nos darán la orden de partir todavía. La gente se desespera de deseos de pelear. Tenemos algunos enfermos. Por fin, cuando veríamos llenarse de gloria nuestra pobre y santa bandera? A propósito, ¿ha visto usted al abanderado? Se desvive por socorrer a los enfermos. El no come; lleva lo suyo a los otros. He hablado con él. Es un hombre milagroso y extraño. Parece bravo y nobilísimo de corazón. Me ha hablado de sueños irrealizables. Cree que dentro de poco estaremos en Washington y que se izará nuestra bandera en el Capitolio, como lo dijo el obispo en su brindis. Le han apenado las últimas desgracias; pero confía en algo desconocido que nos ha de amparar; confía en Santiago; en la nobleza de nuestra raza, en la justicia de nuestra

causa. ¿Sabe usted? Los otros le hacen burlas; se ríen de él. Dicen que debajo del uniforme usa una coraza vieja. El no les hace caso. Conversando conmigo, suspiraba profundamente, miraba al cielo y al mar. Es un buen hombre en el fondo; paisano mío, manchego. Cree en Dios y es religioso. También algo poeta. Dicen que por la noche rima redondillas, se las recita solo, en voz baja. Tiene a su bandera un culto casi supersticioso. Se asegura que pasa las noches en vela; por lo menos, nadie le ha visto dormir. ¿Me confesará usted que el abanderado es un hombre original?

—Señor capellán, le dije, he observado ciertamente algo muy original en ese sujeto, que creo por otra parte, haber visto no sé dónde. ¿Cómo se llama?

—No lo sé, contestóme el sacerdote. No se me ha ocurrido ver su nombre en ese sujeto, que creo por otra parte hay marcadas dos letras: "D. Q."

III

A un paso del punto en donde acampábamos había un abismo. Mas allá de la boca rocallosa, sólo se veía sombra. Una piedra arrojada rebotaba, y no se sentía caer.

Era un bello día. El sol caldeaba tropicalmente la atmósfera. Habíamos recibido orden de alistarnos para marchar, y probablemente ese mismo día tendríamos el primer encuentro con las tropas yanquis. En todos los rostros, dorados por el fuego furioso de aquel cielo candente, brillaba el deseo de la sangre y de la victoria. Todo estaba listo para la partida, el clarín había trazado en el aire su signo de oro. Ibamos a caminar, cuando, un oficial, a todo galope, apareció por un recodo. Llamó a nuestro jefe, y habló con él misteriosamente.

¿Cómo os diré lo que fué aquello? ¿Jamás habéis sido aplastados por la cúpula de un templo que haya elevado vuestra esperanza? ¿Jamás habéis padecido viendo que asesinan delante de vosotros a vuestra madre?... Aquella fué la más horrible desolación. Era "la noticia". Estábamos perdidos, perdidos sin remedio. No lucharíamos más. Debíamos entregarnos, como prisioneros, como vencidos. Cervera estaba en poder del yanqui. La escuadra se la había tragado el mar de haber despedido los cañones de Norte América. No quedaba ya nada de España en el mundo que ella descubriera.

Debíamos dar al enemigo vencedor las armas, todo; y el enemigo apareció, en la forma de un gran diablo rubio, de cabellos lacios, barba de chivo, oficial de los Estados Unidos, seguido de una escolta de cazadores de ojos azules.

Y la horrible escena comenzó. Las espadas se entregaron; los fusiles también... Unos soldados juraban; otros palidecían, con los ojos húmedos de lágrimas, estallando de indignación y de vergüenza.

Y la bandera...

Cuando llegó el momento de la bandera, se vió una cosa que puso en todos el espanto glorioso de una inesperada maravilla. Aquel hombre extraño, que miraba tan profundamente con una mirada de siglos, con su bandera amarilla y roja, dándonos una mirada de la más amarga despedida, sin que nadie se atreviese a tocarle, fué paso a paso al abismo y se arrojó en él. Todavía de lo negro del precipicio, devolvieron las rocas un ruido metálico, como el de una armadura.

IV

El señor capellán cavilaba tiempo después.

—"D. Q."...

De pronto, creí aclarar el enigma. Aquella fisonomía, ciertamente, no me era desconocida.

—D. Q., le dije, está retratado en

EN EL TALLER CINEMATOGRAFICO



El director de escena (dando instrucciones).—Ya sabe, señorita: dos metros de desesperación por la muerte del marido, tres metros de turbación del espíritu y cinco metros de perdón para el amante asesino...

este viejo libro. Escuchad: "Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años: era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. Quieren decir que tenía el sobrenombre de Quijada o Quesada (que en esto hay alguna diferencia en los autores que de este caso escriben), aunque por conjeturas verosímiles se deja entender que se llamaba Quijano".

Sólo un poeta creyó en el ferrocarril

Cuando se trató de construir la primera línea ferroviaria francesa, en el cortísimo trayecto de París a Saint Germain, hubo al respecto, en el parlamento francés, una discusión muy vivaz, en lo que se hicieron notar dos discursos, uno de un ministro y otro de un diputado. El ministro, combatiendo el proyecto, llegó a decir que el ferrocarril era "un juguete para chicos". Las actas de la sesión agregan que estas palabras fueron reci-

bidas con "vivas aprobaciones". Por supuesto, los que aprobaban eran los hombres serios, los hombres prácticos. En cambio el diputado afirmó no sólo con exaltación de vidente, sino también con lucidez de hombre de negocios, que ese invento "cambiaría toda la economía social, centuplicaría las industrias y el comercio y hasta modificaría la historia de la humanidad". Su discurso fué acogido con carcajadas y burlas; en los días siguientes, los periódicos humorísticos comentaron burlescamente el discurso. Sin embargo, como se trataba de un simple experimento que no importaba una gran erogación, el proyecto fué aprobado por una pequeña mayoría de votos.

Bien; el ministro, el estadista destructor del ferrocarril, de cuya importancia no tenía la menor idea, era un hombre de gran preparación en materia práctica, un político de primer orden, era todo... menos poeta. Se llamaba Adolfo Thiers. Y el diputado soñador, quimérico, írico era nada más que un gran poeta y se llamaba Lamartine.

LA ESCASEZ DE ALOJAMIENTOS EN BERLIN



—¡Es angustioso! No hay ni una sola pieza desalquilada, los hoteles están llenos... Sin embargo, no puedo pasar la noche en medio de la calle. ¿Qué debo hacer?

—Grite ¡Viva el kaiser!, y lo llevaré a un manicomio.

Energía de los vegetales

Los vegetales son poderosos depósitos de energía; sus tejidos, formados de celulosa, encierran hidratos de carbono tales como: almidón, inulina, azúcares, etc., no representan más que la energía solar almacenada en estado potencial, bajo la forma de energía química, por la síntesis más importante que podamos concebir. Esta síntesis primordial se efectúa por el proceso de la asimilación clorofilosa de las plantas verdes. La energía solar así utilizada, según Helmholtz, es 1.500 de la que recibe directamente la planta. Convertida en H.P. correspondería a 1.800 por kilómetro cuadrado, admitiendo 8 horas de asimilación diaria.

El total de la vegetación se puede calcular sin gran aproximación en 32.000 millones de toneladas, lo que corresponde al valor de 1.400 millones de toneladas de hulla como combustible. Utilizando directamente la madera en una máquina después de haberla secado bien al aire, produce por kilogramo la misma energía que un tercio de kilogramo de carbón.

Se podrá así distribuir sobre el globo bosques de tal manera que el combustible provenga totalmente de ellos. Esa idea pertenece a J. C. Hawkshaw; sería necesario para este una superficie boscosa de cinco millones de kilómetros cuadrados.

La realización de la idea no es un imposible, pero como la extracción anual de la madera es ya insuficiente para satisfacer las necesidades industriales de hoy, hay pocas probabilidades para que se intente el empleo de los vegetales como combustible en gran escala; además la energía así obtenida sería muy cara.

El uso del carbón de madera, que proviene de la destilación en vasos cerrados, es apenas ventajoso. Su poder calorífico es dos veces el de la madera, pero como el rendimiento en carbón de la destilación de la madera es de 27 % solamente, se encuentra así como energía final la mitad de la madera transformada.

El alcohol extraído de los vegetales por fermentación, está llamado a ser una fuente de energía importante, tanto por su poder calorífico; 8.500 calorías por kilogramo, como por su facilidad de empleo en los motores de combustión interna.

Su precio, por ejemplo, para el alcohol de betarraga, era poco subido antes de la guerra, 0.25 a 0.30 de franco por litro; con la vuelta de las condiciones normales el descenso del precio de producción por los perfeccionamientos de los procedimientos de obtención, será un competidor serio de la hulla y del petróleo.

El alcohol industrial es una fuente de energías para el porvenir.

Los aceites vegetales, aceites de palmas, aceite de cacahuete, usados en el motor Diesel (el aceite de palma ha dado un caballo por 0.24 kilogramos consumidos) serán también fuentes que deben considerarse profusamente distribuidas en las regiones tropicales; con el alcohol reemplazarán en lo futuro al petróleo en la industria.

Ondas sonoras visibles

Con respecto a las ondas visibles, curioso fenómeno que se cree es producido por el sonido, la revista "Astronomie" publica algunas observaciones interesantes, entre ellas, la siguiente del vulcanólogo F. A. Perret: durante una erupción del Vesuvio comprobó centenares de veces la aparición de arcos de colores y luminosos por encima del cráter a consecuencias de las explosiones; esos arcos, visibles antes de que se oiga el ruido, desaparecen muy rápidamente. Según Perret se trata, en este caso, de ondas de sonido visibles.

Otra observación es la del teniente

Arnulf. Una batería disparó y el observador, que mira hacia el sol, del lado opuesto a las piezas, la ve de perfil. "En el momento mismo en que aparecía la luz de un disparo, aparecía una sombra que se propagaba en la superficie del suelo bajo forma de un arco de círculo que tenía el centro en la pieza de artillería y cuyo radio crecía rápidamente. La amplitud de esta sombra, en la pieza de 75, parecía de ochenta centímetros. En la pieza de 155 el ancho era doble o triple, y además, la sombra parecía más oscura, de manera que, con este último calibre, el fenómeno era muy evidente. La rapidez de propagación de esa sombra, era casi la misma que la del sonido. Efectivamente, era curioso oír al mismo tiempo en que la sombra llegaba a nuestros pies, el ruido del disparo. La pieza más alejada estaba a unos 300 o 350 metros. El sonido tardaba alrededor de un segundo para llegar hasta mí. Por lo tanto creo poder afirmar que la velocidad de esa sombra era igual a la velocidad del sonido".

Concurso de cuentos

Con el propósito de estimular entre los artistas de nuestra lengua, el cultivo de este género literario, "Pictorial Review", revista que se publica en New York, 200-226 West 39th Street, ha organizado un concurso de cuentos en los siguientes términos:

El concurso quedó abierto desde el 1.º de octubre pasado y se cerrará el primero de marzo de 1920.

Los cuentos deben ser enviados a la dirección de "Pictorial Review", escritos en máquina; los que se declaren publicables irán apareciendo en las páginas de ella y se pagarán a razón de un centavo por palabra.

Cerrado el concurso, un tribunal selecto, que a tiempo se dará a conocer, elegirá el cuento mejor entre los ya publicados y los que, no habiéndolo sido aún, hayan sido aceptados por la dirección de dicha revista. Tal cuento se premiará con cien dólares.

Los trabajos no deberán tener menos de dos mil quinientas palabras, y podrán enviarse a voluntad, con pseudónimo o sin él.

Western Electric Company

Reconocidos
universalmente
como los
fabricantes de
artículos de
CALIDAD

Exija en todas las
buenas Casas de
Electricidad, artículos que
ostenten nuestra marca.

El reloj profeta

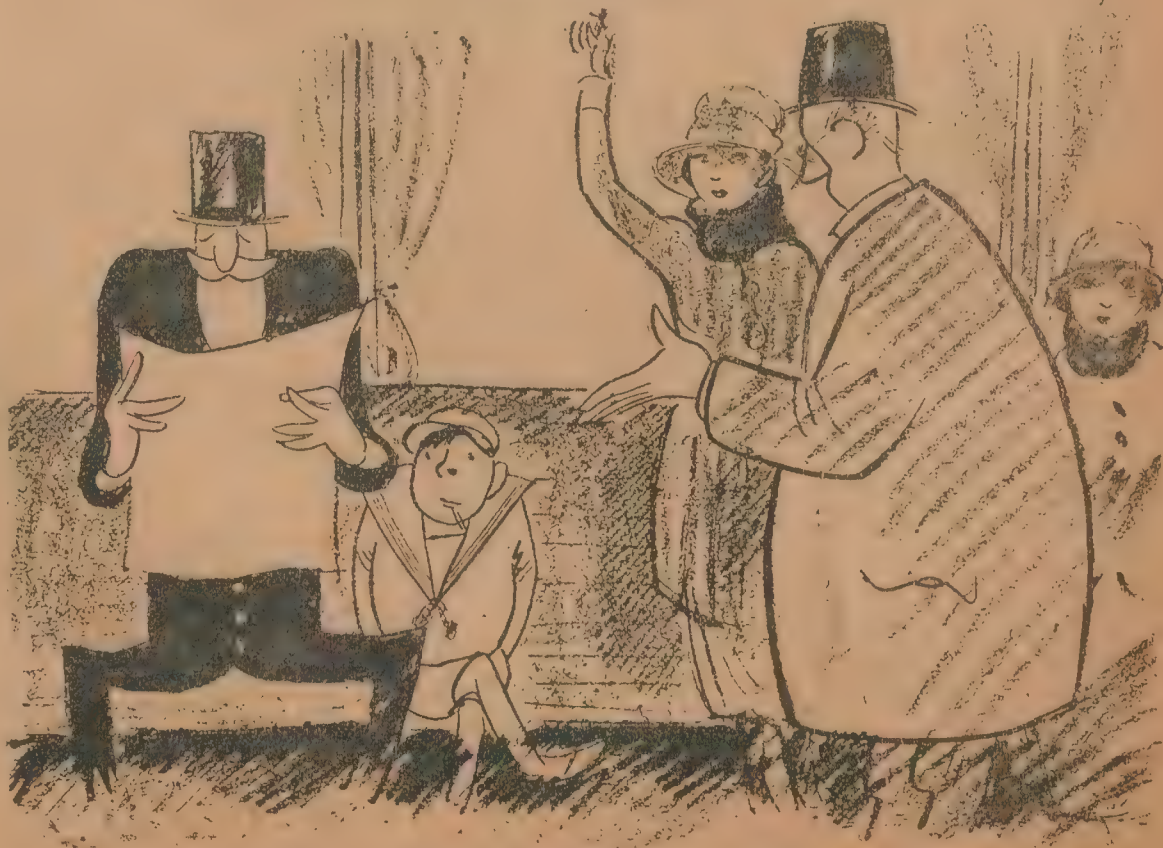
El célebre reloj de torre del Parlamento de Londres, conocido por el nombre de "Big Ben", se ha parado tres veces por haberse helado la nieve que se amontonaba en sus manecillas.

En Diciembre de 1861, poco antes de morir el esposo de la reina Victoria, ocurrió un curioso episodio. Por haberse descompuesto una pieza de la maquinaria dió el reloj más de cien campanadas seguidas, y la gente, que ignoraba la causa del fenómeno, lo to-

mó por presagio de la gran pérdida que poco después experimentó la nación con el fallecimiento del príncipe consorte.

El día 9 de Abril de 1896, cometió la travesura, el reloj, de pararse de pronto, precisamente cuando Mr. Gladstone estaba pronunciando en el gran salón de debajo de la torre su famoso discurso en favor de la autonomía de Irlanda. Esto fué para algunos señal de que no se aprobaría la ley, y los profetas acertaron, aun cuando la parada obedeció sencillamente a falta de aceite en la máquina.

EN EL SUBTERRANEO



La joven feminista.—Síntese, señor; no puedo permitir que un hombre permanezca de pie.

CINE -- Artistas alemanas



LYA LEY



FERN ANDRA



POLA NEGRI



MIA MAY



HENRY PORTEN



LYA MARA



ASTA NIELSEN



MARISA LEIKO

Caricaturas de las más conocidas actrices de cinematógrafo alemanas cuyas producciones vendrán pronto a Buenos Aires: Lya Ley, Fern Andra, Pola Negri, Mia May, Henry Porten, Lya Mara, Asta Nielsen y Marisa Leiko.

PUCHITOS

En el ejército de los Estados Unidos se ha comprobado que entre los soldados procedentes del campo hay un treinta por ciento más de enfermos que entre los procedentes de las ciudades. Sin embargo, es sabido que la población de las campañas es más sana y vive en condiciones más salubres. La aparente contradicción se explica admitiendo que las enfermedades contagiosas, muy comunes en las ciudades, dejan al organismo con cierta inmunidad o resistencia contra ataques más graves de otras infecciones.

En un concurso de gallinas ponedoras realizado en Washington obtuvo el primer premio una Leghorn blanca, que en un periodo de 365 días consecutivos puso 311 huevos. De las demás gallinas que participaron en el concurso, 71 por ciento pusieron más de 150 huevos, 31 por ciento más de 200 y 5 por ciento más de 250 huevos.

El 97 por ciento del producto de los olivares de toda España es aceite de olivas; el resto representa las aceitunas que se venden enteras para el consumo. La cosecha varía mucho de año en año: es cuantiosamente mayor en los años impares que en los pares. En 1911 fué de 421.782 toneladas métricas; en 1912 sólo de 63.001 toneladas, en 1917, de 427.836 y en 1918 de 255.202 toneladas.

Etimológicamente, vale más "maestro" que "ministro". Esta última voz viene de la latina "minister" derivada de "minus" (menos); en cambio, la primera viene de "magister" derivada de "magis" (más). En efecto, en la Roma antigua "ministro" significaba el de menor importancia, el que ayuda, el siervo, y "maestro" el más importante, el que dirige, el jefe.

Es sabido que una cuantiosa fuente de recursos para Italia es la que representan los envíos de dinero que a su familias residentes de Italia hacen los emigrantes que viven, en su mayor parte, en cuatro países: en los Estados Unidos, en la Argentina, en el Canadá y en el Brasil. Bien; probablemente a causa de la carestía de la vida en todo el mundo, esos envíos han disminuido al punto de que el descenso de su importe preocupa al gobierno, sobre todo en las actuales condiciones económicas del reino. En 1918 se registró 416.000 envíos de giros con un importe de 237 millones de libras, y menor valor de la lira, mientras que en 1917 el número de operaciones fué de 471.000 y un importe de 259 millones de libras. Ha habido, pues, una disminución de 22 millones de libras.

El consumo de carnes de frigorífico que se generaliza en Europa ha hecho llamar la atención popular acerca de las diferencias entre las carnes de esa clase y las frescas. Algunas carnes congeladas son a veces superiores a las frescas cuando son consumidas cocidas, pero en fiambre. En general las carnes congeladas son más tiernas que las frescas, sobre todo en verano y requieren menor tiempo para cocerse. Sin embargo los pedazos grandes deben permanecer mayor tiempo en el horno (20 minutos en vez de 15 para los pedazos de 500 gramos). Además estos pedazos no pueden ser asados, pues las partes del centro quedarían crudas. Para evitar la pérdida de jugo muscular durante el cocimiento, se recomienda poner los trozos que se ha de asar, a fuego muy vivo o sumergirlos primero, durante algunos minutos en agua hirviendo, la

que coagula la albúmina de la superficie.

La "Revista Médica Británica" da cuenta de un caso curioso de larga incubación de la rabia. Un teniente de caballería, de veinticuatro años, residente en Bengala, se creía atacado por la fiebre común en esa región. Durante el primer examen no presentó nada de particular. Se le recetó algunas píldoras que el enfermo ingirió sin ayuda de un trago de agua, pues ésta le repugnaba. Al día siguiente fué considerado hidrófobo. No podía beber agua. Dieciocho meses antes había sido mordido en la mano derecha por un perro rabioso. Esta vez el diagnóstico no dudó: se trataba de un caso de rabia. La herida no había sido cauterizada en razón de haber sido reconocida sólo algún tiempo después de la mordedura. Durante varios meses el teniente había tenido la rabia latente en su organismo. El síntoma más característico fué un vivo dolor que experimentó en la mano mordida en la mañana en que ocurrió su muerte, pues el joven no vivió mucho después de declarada la rabia.

Durante la guerra, la carne de ballena fué consumida en algunos países, sobre todo en Escandinavia. Actualmente se utiliza gran parte de la grasa de ballena para la fabricación de margarina destinada a la alimentación humana. En Dinamarca se ha empleado en un año 20.000 barriles de grasa de ballena para fabricar margarina, que en parte ha ido a aliviar la carestía de grasas en Alemania. La margarina obtenida es de buen sabor y fácil de conservar.

Aunque el dirigible es lento en comparación con el aeroplano, su velocidad excede a los demás medios de transportes empleados en tierra y mar. Por ejemplo, los dirigibles de tipo comercial que se piensa destinar al transporte de mercaderías y pasajeros, desarrollan una velocidad de 80 kilómetros por hora, de manera que son más rápidos que los demás transportes de largo recorrido. Con ellos se podría llevar mercaderías de París a Nueva York en sesenta horas.

Un naranjo produce en toda su vida

70.000 naranjas, y un limonero, 8.000 limones.

A la entrada de los túneles de los ferrocarriles japoneses hay un guarda, cuyo deber consiste en bajar una cortina tan pronto como el tren ha entrado. De este modo el túnel queda cerrado por una parte y el humo sigue al tren; de manera, que cuando se vuelve a levantar la cortina apenas queda humo en el interior del túnel.

Durante la guerra, Nueva York arrebató a Londres el primer lugar entre las ciudades impresoras del mundo, y ya se proyecta colocar a la primera aún más adelante en la industria de que se trata. Actualmente hay dos mil setecientas imprentas en la ciudad, las que representan 463.000.000 de pesos oro.

Las investigaciones recientemente efectuadas muestran, que dicha industria crece en importancia y en producción y que emplea sin cesar nuevos métodos, aparte de lo que significa por los buenos salarios y los empleos permanentes.

No obstante lo bien organizado que está el sistema de aprendizaje, se ha comprobado que éste no es suficiente para proporcionar el conocimiento técnico necesario a fin de dominar bien el oficio, porque las exigencias respectivas son mayores cada día.

Teniendo por base estos resultados, la comisión investigadora ha recomendado la erección de una escuela de imprenta en la que haya todos los cursos necesarios para aprender la industria.

Los inmensos depósitos de carbón y mineral de hierro existentes en Spitzbergen (región ártica), puede que sea la causa de que éste lugar llegue a ser el segundo centro importante del mundo en la fabricación del acero, según el famoso explorador Vilhjalmur Stefansson.

El gobernador de la provincia de Panamá ha fijado las ganancias de los comerciantes al por mayor en 7 ½ por ciento, y la de los detallistas en 15 por ciento.

Por haberse disminuido la producción de azúcar del mundo a causa de

Planta de ROSAS JAPONESAS

LA MARAVILLA DEL MUNDO
10 por 25 centavos
Mata de Rosas con rosas en ella a las 8 semanas después que se sembró la semilla. No le parecerá verdad, pero garantizamos que es así. **WORLD'S BEST** ZAN CADA 10 SEMANAS ya en invierno o en verano, o a los 3 años cada mata tendrá 500 o 600 rosas florecidas. Crecerán dentro de la casa en invierno. Da Rosas todo el año. Paquete de semillas con nuestra garantía y nuestro último Catálogo de Novedades, por 25 centavos oro am. en papel moneda o sellos de su país.

MAQUINA FOTOGRAFICA Y SU EQUIPO COMPLETO

Se toman los retratos y se completan en 50c. dos minutos. No es necesario el cuarto oscuro. Tampoco se necesita impresiones. Suministramos la máquina completa, con PLACAS REVELADOR, y con instrucciones de manera que hasta un niño de seis años puede tomar fotografías de paisajes, edificios, etc. Positivamente no necesitamos conocimientos de fotografía. La cámara y su equipo, listo para su uso, la enviamos por paquete postal franqueado al recibo de 50 cts. americano. **EASTERN NOVELTY CO., Dep. 177 E. 93 St., Nueva York, E.U.A.**

Libro gitano dice la Fortuna

Y LOS SUEÑOS
Conozca su futuro. Será Ud. afortunado en el Amor, Matrimonio, Salud, Riquezas y Negocios? Dícele la fortuna portados los medios, barajas, palmas, taza de té, zodiología, etc. Dícele los días afortunados y malos. Interpreta los sueños dando mucho dinero. Dícele la Fortuna. Libro grande por correo 25 centavos oro am. En vie papel moneda o sellos.

POLVOS DE ESTORNUDAR

Forma muy poco de este polvo en la palma de la mano y soplo en el aire, y todo el mundo en la habitación o en los trenes empezará a estornudar sin saber por qué. Es interesante oír las olas racionales que hacen, creyendo que lo han cogido de los demás, y entre la risa y el estornudo el que lo causó se está dando gusto. Bueno para reuniones, meetings políticos, carros eléctricos o en cualquier sitio donde haya muchas personas; es la gran novedad. Precio por frasco 15c. 6 por 10c; franco de porte a del mundo.

MARAVILLA DEL SIGLO 20
RAYOX
25 CENTAVOS
ORO AMERICANO
enseña los huesos de sus dedos, el plomo de un lápiz, etc. Puede Ud. ver a través del vestido, aun la piel se vuelve transparente y ven los huesos. El instrumento mas interesante que se ha inventado. PIENSE EN EL PLACER QUE TENDRA TIENIENDOLO. Completos Rayox X enviados franco de porte 25c.; 3 por 50c. (moneda o sellos).

TELESCOPIO ACROMATICO

Nunca podrá tener Ud. una buena ocasión de tener un hermoso y gran Telescopio por menos de un dólar. Un Telescopio más de treinta pulgadas de largo por el cual puede Ud. verlo que pasa por miles alrededor o por menos de un dólar. Estos Telescopios tienen anillos de latón y tienen lentes fuertes molidos científicamente y ajustados. Cientos de usos pueden obtenerse con un Telescopio como este. Las cosas lejanas que no pueden verse con la vista se ven claramente. ¡Ha gozado Ud. de las maravillas del poder de un Telescopio! Justamente una cosa para las estaciones, para viajeros, todo el mundo. Se consigue muchísimo y evita muchos viajes. Ordene uno de estos Telescopios y dese una sorpresa a Ud. y a sus amigos. Precio solamente 99 centavos oro americano. enviado por correo franco de porte.

Todas las últimas Novedades y Chistes Sorprendentes

Huevo de Serpiente de Paraiso, caja 15c
Planta de Agua en Miniatura 10c
Planta Marica (cualquiera puede tocarla) 15c
Pulsa de goma (sensacional) 25c
Rompe vidrieras, gran chiste 25c
Detective de Bolsillo (mira atrás de Ud.) 25c
Suerte de tapar la marcha (una novedad científica) 10c
Dientes de imitación de oro y por 10c
Levantador de Plato mágico 90c
Acertijos de Alambre, 10c 22 diferentes por \$1.95
Gran Acertijo del ladrón 10c Baraja de la Fortuna 10c
Trompo Mágico 10c
Juego completo de Lotería 10c Monstruosa 10c
Dep. 177 E. 93 St.
Eastern Novelty Co., Nueva York, E.U.A.

RECURSO DE POETA



Una bolsa de hielo para aplacar el fuego de la inspiración.

la guerra, los Estados Unidos han comprendido la necesidad de no depender del extranjero para la producción de sus dulces. Desde que en 1916 dió comienzo la campaña en favor de la producción de azúcar de remolacha, se ha logrado mucho progreso en esta industria. Más de 100 fábricas de azúcar de remolacha se encuentran dispuestas a producir toneladas y más toneladas de azúcar, tan pronto como la zafra de la recolección de remolacha dé comienzo. Dieciséis de estas fábricas fueron construídas en 1917, y equipadas para atender a la recolección de 1917-1918. La capacidad de estas fábricas fluctúa entre unos cientos y tres mil toneladas de remolacha cada veinticuatro horas. La primera fábrica fué construída en California, en 1870. En 1916, diecisiete fábricas fueron construídas en los Estados de Wyoming, Idaho, Nebraska, Utah, Oregón, Colorado, Montana, Iowa, California y Washington.

COCINERA DE AHORA



El patrón.—¿Podría almorzar media hora más temprano?
La cocinera.—¿Cómo no, señor!: en cualquier restaurant.

Una proclama de Victor Hugo a los electores

En estos tiempos de pésima literatura electoral, es sano para el espíritu y estimulante para la inteligencia releer la proclama que un gran poeta dirigió a sus electores en el año 1848. Dice así:

“Victor Hugo a sus conciudadanos. ¡Conciudadanos! Se me pregunta qué es lo que pienso de la actual situación política de nuestro país. Mi pensamiento es este:

Dos repúblicas son posibles. Una abatirá la bandera tricolor y alzará la bandera roja; abatirá la estatua de Napoleón y erigirá la de Marat; destruirá el Instituto, la Escuela Politécnica y la Legión de Honor; agregará a la augusta divisa “Liberté, Egalité, Fraternité” la opción siniestra “ou la mort”. Su primer resultado será la bancarrota, arruinando a los ricos sin enriquecer a los pobres; destruirá el crédito que es la vida de las naciones y el trabajo que es el pan de las familias; las cabezas de los que esto no quieran serán llevadas en lo alto de las pías; llenará las prisiones con las sospechas y las vaciará con las matanzas; incendiará a Europa y reducirá a cenizas a la civilización; hará de Francia la patria de las tinieblas, estrangulará la libertad, sofocará a las artes, decapitará a las ideas, negará a Dios; gobernará con esas dos máquinas fatales que siempre van juntas: la piedra litográfica para fabricar billetes y la guillotina; en una palabra: hará “friamente” lo que los hombres del 93 hicieron ardientemente, y en vez de lo horrible en lo grande que vieron nuestros padres, nos mostrará lo monstruoso en lo pequeño.

La otra república será la santa comunión de todos los franceses, ahora—de todos los pueblos, después,—en el ideal democrático. Fundará una libertad sin violencias, una igualdad de derechos que permita el desarrollo natural de cada uno, una hermandad, no de monjas en un convento, sino de hombres libres; dará a todos gratuitamente la enseñanza, como el sol da a todos la luz; introducirá la clemencia en la ley penal y la conciliación en la ley civil; multiplicará los ferrocarriles, aumentará el valor del suelo. Partirá de este principio: que todo hombre debe empezar con el trabajo y terminar en la propiedad; por consiguiente asegurará la propiedad en cuanto sea representación del trabajo hecho, y el trabajo como elemento de la propiedad futura y no destruirá la herencia, porque esa es la mano que el padre tiende al hijo a través de las paredes de la tumba. Combatirá pacíficamente para resolver el problema glorioso del mayor bienestar para todos, con el acrecentamiento continuo de la industria, de la ciencia, del arte, de las ideas; fundará el poder sobre la base misma de la libertad, es decir, sobre el derecho; subordinará la fuerza a la inteligencia; disolverá la revolución y la guerra, dos formas diversas de la misma barbarie; hará del orden la ley de los ciudadanos, y de la paz la ley de las naciones; vivirá, irradiará, ilustrará a Francia y conquistará al mundo. Será, en una palabra, el abrazo majestuoso del género humano, bajo la mirada serena de Dios.

Una de estas repúblicas se llama la Civilización; la otra, el Terror. Estoy pronto a dar mi vida para establecer la primera y por impedir la segunda. — Victor Hugo.”

PECADORA

(Del libro en preparación “Visiones y Realidades”, de Claudio de Alas, próximo a aparecer. Prologado por Juan José de Soiza Reilly.)

Quedo, quedo.
Enlazándome su brazo, como sierpe quemado ra, de turgente y albo raso—en aquel mullido asiento,—confundiéndose mi aliento con la llama voluptuosa de su aliento.

Quedo, quedo.
Soportando el grato roce de su suave vestidura, y sintiendo el aleteo de su carne tibia y dura.

Quedo, quedo.
Envolviendo con la fiebre de sus ojos a los míos; quedo, quedo, refiriéndome los secretos de su vida de desvíos.

Me habló mucho de sus noches, de sus noches

tormentosas, pecadoras, en que,—Reina de caricias, codiciada,—entregaba sus bellezas quemadoras cuando ya, por el festín descoyuntada, se posaba en sus ojerías la alborada.

Quedo, quedo.
Me contaba del estruendo de sus fiestas, en que todo era alegría; en que Ella desgranaba muchas risas, muchos besos, muchas danzas entre el ritmo cadencioso de una orquesta y entre el fuego de la orgía, que a sus rojos resplandores, fué quemando uno a uno sus amores.

Y me habló de sus tristezas.
Un temblor súbito y vivo agitó nuestras cabezas; sentí el cuerpo cautivo por convulso y fiero abrazo; por el bosque refundióse nuestro paso, y escuché quedo, muy quedo, del ramaje entre el enredo, que sus labios me decían acercando su pestaña a mi pestaña: Sepultemos las tristezas en los oros del champaña.

¡Todo es eso, todo es eso!
Y sus dientes me mordían tras la fiebre de su beso.

Llega el tren!

TRAE el pedido hecho por Vd. a la FRANCO-INGLESA. Llegó su carta y en el mismo día su pedido fué despachado de acuerdo con sus instrucciones. Es casi lo mismo que si Vd. viviera en Buenos-Aires; los precios son iguales, el embalaje es gratis; lo único que paga Vd. demás es el flete, pero que es esto en cambio de las ventajas que Vd. obtiene? — La seguridad de tener productos legítimos, medicamentos frescos, activos, de primera calidad, un surtido completo a precios nunca soñados en provincia. Cuando no son casos demasiado urgentes, conviene encargarnos sus análisis, y mandarnos preparar sus recetas. Centenares de médicos del interior son clientes nuestros.

Farmacia Franco-Inglesa

569, Sarmiento 587 — BUENOS-AIRES

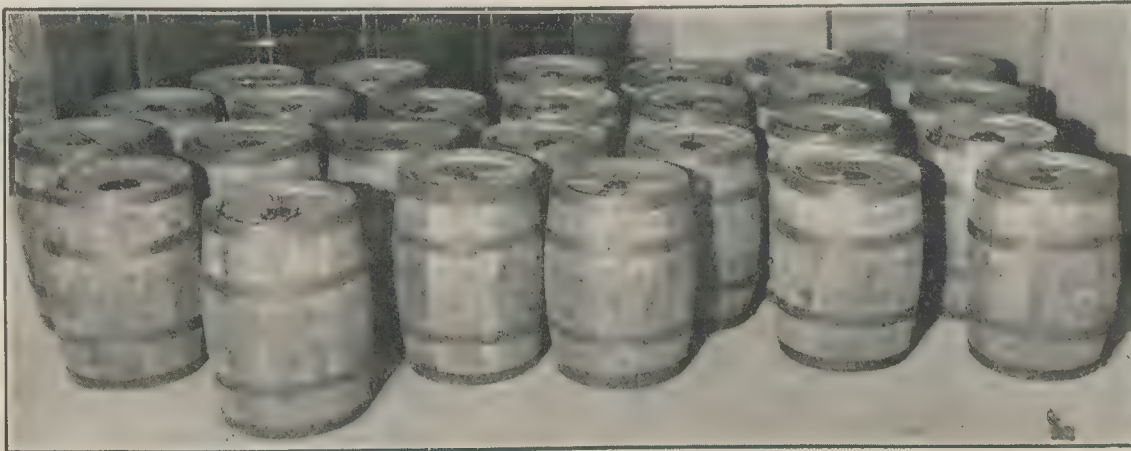
JEP

DEMOSTRACIÓN AL DOCTOR VERONELLI



Con motivo de su reciente designación para el cargo de secretario de obras públicas de la municipalidad de la capital, el doctor Pedro Veronelli fué objeto, el sábado 3 del corriente, de una demostración por parte de sus colegas en el periodismo. El acto se realizó en la sala de recepciones del Circulo de la Prensa, con asistencia del intendente municipal, señor Cantilo. Ofreció la demostración el señor Carlos Macchi, al que contestó el obsequiado. Después hablaron los señores Cantilo, Enrique Villarreal y A. Damanovich. Una vista del banquete. En círculo: el Dr. Pedro Veronelli.

UN MILLÓN TRESCIENTOS MIL DÓLARES



Barriles conteniendo la subyugadora cantidad de un millón trescientos mil dólares. Llegados últimamente a nuestro país, con destino al tesoro del Banco de Boston, en Buenos Aires.

BIBLIOTECA JOSÉ MARÍA CAO



Baile realizado en el salón de la Unión Italiana, de Lanús, el sábado 3 del actual, a beneficio de la caja social de la Biblioteca José María Cao.

Con Arturo Gavazzo,
pronosticador
:: de rango ::



Arturo Gavazzo, de "Gechú", una de las figuras más populares de nuestro mundo turfístico, pronosticador de rango y uno de los últimos admiradores que le van quedando a don Guillermo Udaondo, vuelve a su pago, después de una punta de lustros de estada porteña.

—Vuelvo a "Gechú", mi pueblo. Me despido de "Fray Mocho".

—¿Hasta el otro carnaval?... —Tal vez para siempre.

Hizo un paréntesis y siguió viaje.

—Esto de para siempre es relativo, muchachos. La política me arrastra. Yo creo en los Carbó y en Méndez Casariego. Me voy, repito.

—¿A quién deja usted como su sucesor en el renglón pronósticos de "Fray Mocho"? —Tiscornia seguirá mis huellas. Yo lo he iniciado. Es de línea.

Otro paréntesis.

—Llevo, o llevaba, mejor dicho, siete años de pronosticarla. En los concursos organizados por los diarios, siempre he estado en el marcador con "Fray Mocho". Gané dos concursos: el oficial, en "Ultima Hora", y el de "La Fija". Además, vine holgadamente en "La Argentina" y me apunté un poroto en "La Epoca".

—¿Qué opina usted de nuestros jockeys?

—Para mí, hay cuatro jockeys de primera categoría: Mingo, Englander, Lema y Cardoso. Los demás... "Petite Chose", que cuidaba "Galleta". ¡Ah!

—Otro paréntesis?

—No; hay un chico que promete y que irá a la distancia. Me refiero al correntinito González. Yo lo veo en primer término, en la temporada de 1920.

—Pasemos a los entraineurs.

—Rufino Coll y Pío Jean, en punta. ¡Ese Pío! Especialista en el calafateo de pingos considerados irremendables. ¡Oh, Le Temps! ¿Y qué me cuentan ustedes de Bardo? El viejito Isidoro Trescazes es otro entraineur de copete.

—Tiny es "the best", como sentenció, ha poco, nuestro camarada mister Kimball?

—No. Tiny es bueno, y pare usted de contar. Pero de ahí a considerarlo un Botafogo Bis... ¡qué papelón, en Montevideo! Cuando yo pronostiqué la inminente caída de Tiny y elogí a El Pibe, recuerdo, que alguien por poco me pega; pero... "Le Temps" a "Le Temps". Y yo salí con la mía.

MONTEVIDEO — EL CLÁSICO JOSÉ P. RAMIREZ



Aspecto que ofrecían las tribunas del hipódromo, después de disputada la carrera.



El público del paddock, examinando los campeones al salir a la pista.



Familias conocidas.



El héroe de la jornada: "Buen Ojo", del stud Benito Villanueva, que se adjudicó el gran premio en excelente estilo.



Otro detalle de la concurrencia femenina.



A. Grassi, jockey que dirigió el caballo vencedor.



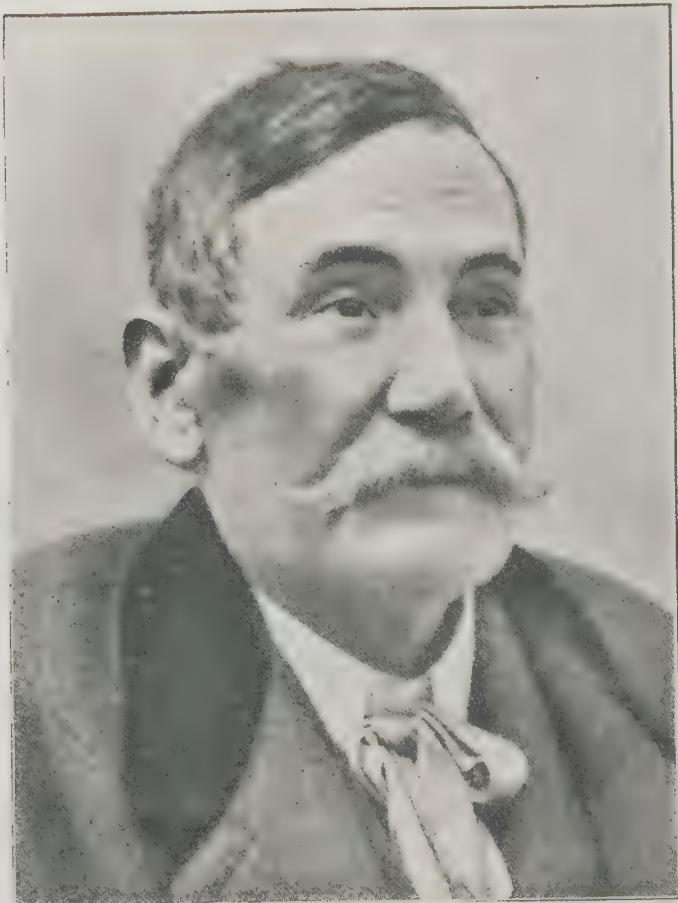
Un rincón de la tribuna de los socios.



El Dr. Benito Villanueva, feliz propietario de "Buen Ojo", en compañía de "Mingo", Pío Tortorolo, el imponente Pereyra Lucena y otros señores, comentando alegremente el triunfo del pupilo de Rufino Coll.



La llegada del clásico: "Buen Ojo" cruza el disco en cómodo galope. Le escoltan Rodin, Liniers y Don Raúl. ¿Qué se hizo de Tiny?... ¡Misterios de cuatro patas! Fot. Gaspary.



Don Benito Pérez Galdós.

Benito Pérez Galdós, fallecido en Madrid el 4 del corriente

La literatura española acaba de perder, con la muerte de Pérez Galdós, la más alta y verídica gloria de la época contemporánea.

Maestro del estilo, original y exclusivo en su modo, no ha tenido quien le iguale entre todos los escritores del habla castellana, y la fecundidad de su ingenio marcó un alto nivel con la asombrosa producción intelectual que nos lega.

En 1866, o sea cuando tenía veintitrés años de edad, publicó Pérez Galdós su primer artículo. Desde aquella fecha, hasta poco antes de acaecer su fallecimiento, es decir, durante más de medio siglo, la pluma del insigne novelista no cesó de producir, hasta alcanzar una labor imperecedera que excede de cien volúmenes.

Indudablemente, con la robusta mentalidad desaparecida, queda un lugar inmenable en las filas de los que cultivan las hispanas letras, y la madre patria pierde un preclaro ingenio, de mundiales prestigios, y uno de sus más acendrados patriotas.



Pérez Galdós, en su juventud.

HELIGOLAND, VISTO DESDE LA ALTURA



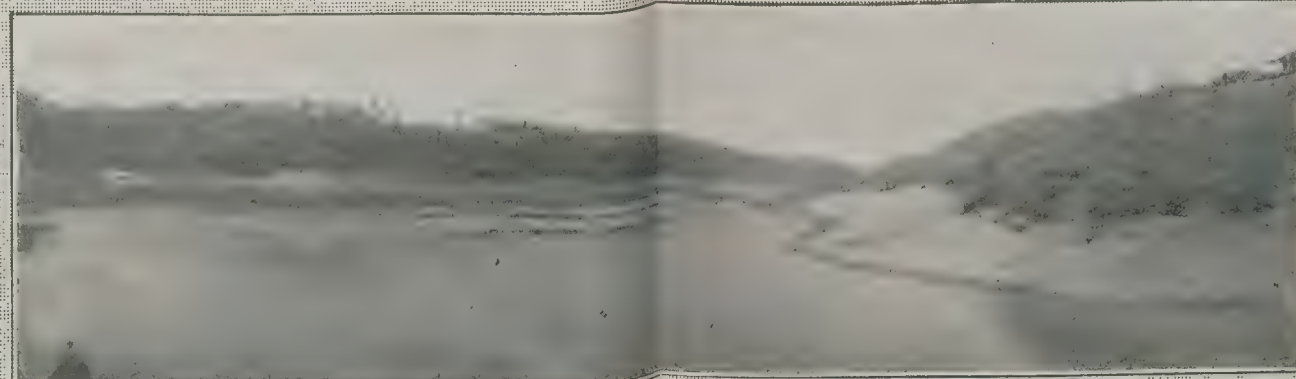
Vista desde un aeroplano de la pequeña isla de Heligoland, el primer baluarte de Alemania en el Mar del Norte, cuyas fortificaciones están siendo desmanteladas y arrasadas, en cumplimiento de los términos del tratado de paz.

El encanto del alto Paraná

Fotografías tomadas por nuestro redactor e inspector viajero, señor Bartolomé Zambonini



Uno de los tantos puertos que matizan las pintorescas costas del alto Paraná.



Rocas y bosques a orillas del río.



El salto del Sacunday.



Una vista del alto Paraná, tomada desde el vapor en que navegaba nuestro enviado.

Edificio de la Asistencia Pública, en Posadas.



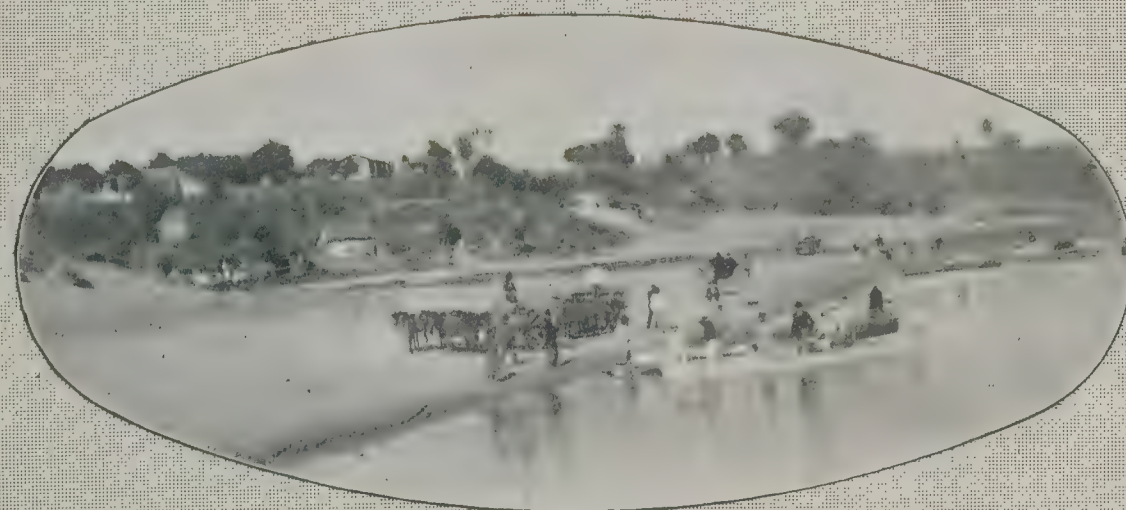
Otro bello aspecto del salto del Sacunday.



Vista del Hospital Regional de Posadas, actualmente en construcción.



La famosa iglesia de Itati, donde se venera la Virgen del mismo nombre.



Puerto de Ituzaingó, en Corrientes.



El vapor "Iberá", uno de los buques de construcción especial, que hacen el servicio de pasajeros en el Alto Paraná.



Un rancho en las inmediaciones de San Ignacio.

NOTAS ROSARINAS



General Eduardo Broquen, recientemente nombrado jefe político de Rosario.



El nuevo jefe político de Rosario, general Broquen, tomando posesión de su cargo.



Capitán Faustino Portela, designado secretario del nuevo jefe político.



Lunch ofrecido a la señorita Dasso, con motivo de la medalla de oro y la clasificación sobresaliente que acaba de obtener al terminar sus estudios en la Academia de dibujo y pintura Gaspary.



Grupo de niñas que realizaron su primera comunión, en el Colegio María Auxiliadora, de Rosario.



Cena efectuada en la terraza del Jockey Club, y ofrecida por la Comisión, festejando la entrada del nuevo año.



Los miembros del concejo deliberante, después de haber prestado el juramento de práctica los nuevos concejales.

Fot. Gaspary.

"Fray Mocho" y los Reyes Magos

Como en años anteriores, una antigua subscriptora de esta revista, ha querido disfrutar la bella satisfacción de alegrar, por unos instantes, y en ocasión de la festividad de los Reyes Magos, a la infancia triste y desvalida.

"Fray Mocho" fué nuevamente el intermediario de este hermoso gesto, y por encargo de la distinguida dama, cuyo nombre no nos es dado revelar, remitió, a varios establecimientos públicos, lotes de juguetes destinados a los niños que en aquéllos se asisten o educan.

Interpretando los sentimientos de los agradecidos, llevamos a la ilustre donante la tierna gratitud que, ante el insólito regocijo, brota, sincera, en los pechos infantiles.



Un lote de los juguetes donados a las salas de niños de los hospitales Juan A. Fernández y Ramos Mejía, Orfelinato Francés y Escuela de la Sociedad Unión e Benevolencia.

ECOS DEL CINCUENTENARIO DE "LA NACIÓN"



Los miembros de la Asociación Gráfica, después de entregar al director de "La Nación" un pergamino firmado por todos los directores de diarios y jefes de las empresas asociadas.



Aspecto que ofrecía la mesa de honor del banquete ofrecido por "La Nación", al personal del diario.



Extremo de una de las mesas del banquete.



Grupo de los últimos argentinos autóctonos, que visitó a "La Nación".



Concurrentes a la comida que "La Nación" ofreció a los vendedores del periódico, acto que se realizó el día 4 del actual, en el local Bermejo y Corrientes.

NUEVAS AUTORIDADES ESCOLARES

Retratos de actualidad



Miembros que componen el Consejo Escolar XII: presidente, doctor Juan José Montes de Oca; vicepresidente, doctor Domingo D. Castro; vocales, coronel Jorge Yalour, escribano Amaro E. Vallejos, profesor Julián H. Pérez; secretario, profesor Carlos Pellerano.



Mayor Crespo, del ejército argentino, autor del notable libro "Geografía Económica del Brasil", recientemente publicado.

LA CRUZADA CONTRA EL COPETÍN



La prohibición de bebidas alcohólicas en Nueva York. Un bar convertido en zapatería.



Un cargamento de whisky, fabricado en los Estados Unidos, y que a causa de la prohibición de su consumo en dicho país, se halla pronto para ser exportado. Diariamente se envían remesas tan importantes a Europa que, después de la guerra, recibe la invasión de alcohol.

AVIACIÓN ALEMANA



El nuevo zepelín alemán "Bodensee" que efectúa viajes con pasajeros entre ciudades europeas, en momentos en que vuela sobre las estaciones del ferrocarril de Berlín.

SECCIÓN VERMOUTH

LA VERDAD ANTE TODO

Mientras cruzaba la vía en un paso a nivel, un carrito fué destrozado por un tren. No hubo desgracias personales, como dicen los diarios. La compañía ferroviaria fué demandada. Presentó como principal testigo al mismo guardabarreras encargado de vigilar el paso a nivel.

El guardabarreras fué interrogado por el juez. Persistió en declarar que había hecho repetidas señales con el farol al conductor del carrito.

—Te portaste bien—le dijo después uno de sus superiores.—Al principio creí que ibas a confundirte y declarar lo contrario.

—¿Yo confundirme? ¡No faltaba más...! pero le aseguro que tenía un poco de miedo de que el juez me preguntara si el farol estaba encendido...

EL GRAN ARGUMENTO

Por fin, uno de los pasajeros se decidió a ir a ver al director de la compañía de tranvías para quejarse del pésimo servicio.

—Le aseguro, señor—comenzó a decir indignado—que anoche mismo, el tranvía que tomé, estaba tan lleno que no se podía respirar.

su niñera, como autoridad definitiva en las cuestiones científicas.

—¿El color negro es el más obscuro?—le pregunta.

Y la niñera responde con acento de suficiencia suprema:

—¿Qué pregunta tan tonta! Por supuesto que el negro es el color más obscuro; si no, no lo llamarían negro...

MOBLAJE DE ESTILO

La mujer de un acaparador de mercancías tostado enriquecido durante la guerra, recibe a una visita en el palacete desbordante de lujo y mal gusto que acaba de adquirir. La visita observa con atención un juego de muebles Luis XIV.

—¡Ah! ¡sí!—explica la dueña de casa—son muebles de estilo Luis... Luis... ahora no me acuerdo del apellido...

GEOLOGIA

—¿Es cierto, papá, que cuando uno se pone un caracol junto a la oreja, se oye el ruido del mar?

—Sí, hijo.

—¿Y cómo es que en este que tengo no se oye nada?

—Debe ser del Mar Muerto.

EL VIRTUOSO



Voy a tocar apasionadamente. De todos modos, el piano no es mío.

El magnate de la compañía ni siquiera levantó la cabeza y continuó escribiendo.

—Estaba tan lleno—prosiguió el otro—que íbamos apretados como sardinas y dos señoras estuvieron a punto de desmayarse.

El magnate, sin hacerle caso, seguía escribiendo.

—Tan lleno que el guarda no podía cobrar los boletos...

El magnate dejó caer la lapicera y preguntó vivamente impresionado:

—¿Cuál era el número del coche?

LA OCUPACION DEL PAPA

Era el primer día que el chico iba a la escuela. El maestro le preguntó qué oficio o profesión tenía el padre. El chico no supo qué contestar.

—¿Es posible que no sepas en qué trabaja tu papá?

Obstinado silencio de parte del interrogado.

El maestro creyó oportuno ayudarlo:

—Dime: ¿adónde va tu papá todas las mañanas?

—¡Ah! ¡ya sé! al "water closet".

EXPLICACION

El niño tiene seis años. Recurre a

PREDICCION

Juan dió a su papá los versos que había escrito, para que los leyera.

Las lágrimas asomaron a los ojos del padre cuando los leyó. Arrojó el manuscrito a un lado, apretó a su hijo en su pecho y sollozando le dijo:

—¡Oh, hijo mío, pobre hijo mío!

—¿Están tan malos, para que me diga Vd. eso, papá?

—¡Malos! Son excelentes. ¡Eres un verdadero poeta, hijo mío, te vas a morir de hambre!

SU CRUZ

—¿Su hijo volvió de la guerra?

—Sí, volvió.

—¿Trajo una cruz de los campos de batalla?

—Trajo una esposa francesa.

EL MANTEL DE HONOR

La sirvienta.—¿Qué mantel vamos a poner a la mesa para los invitados de esta noche?

La señora.—¡Oh! están todos en poder de la lavandera. Tenemos que poner el mantel fino de encajes. Pero tenga mucho cuidado. Ese mantel ha estado cincuenta años en la familia.

Sirvienta.—No tenga cuidado; no se lo diré a nadie, y además parece nuevo.



En la estética del rostro femenino, el cutis predomina sobre todos los demás encantos faciales; luego es de capital importancia para usted, señora, conservar tersa y suave la piel de su cara, y velar por que nunca pierda el brillo y la frescura de la juventud.

Con el precioso concurso del

POLVO GRASEOSO

LEICHNER

lo conseguirá usted fácilmente. Uselo, señora, y se convencerá de que este maravilloso producto constituye el más discreto y eficaz aliado para el triunfo de su belleza física.

De venta en todas partes

MENDEL Y CIA.

BOLIVAR, 879 — Buenos Aires



ELIZABIDE EL VAGABUNDO

por Pío BAROJA

*¿Cer zala usté cemiben
enamoratzia?
Sillan ishiri eta
guitarra jotzia (1).*

(Canto popular).

Muchas veces, mientras trabajaba en aquel abandonado jardín, Elizabide el Vagabundo se decía al ver pasar a Maintoni que volvía de la iglesia: —¿Qué pensará? ¿Vivirá satisfecho?

La vida de Maintoni le parecía tan extraña! Porque era natural que quien como él había andado siempre a la buena de Dios rodando por el mundo, encontrara la calma y el silencio de la aldea deliciosos; pero ella, que no había salido nunca de aquel rincón, ¿no sentiría deseos de asistir a teatros, a fiestas, a diversiones, de vivir otra vida más espléndida, más intensa? Y como Elizabide el Vagabundo no se daba respuesta a su pregunta, seguía removiendo la tierra con su azadón filosóficamente.

—Es una mujer fuerte, pensaba después; su alma es tan serena, tan clara, que llega a preocupar. Una preocupación científica, sólo científica, eso claro. Y Elizabide el Vagabundo, satisfecho de la seguridad que se concedía a sí mismo de que íntimamente no tomaba parte en aquella preocupación, seguía trabajando en el jardín abandonado de su casa.

Era un tipo curioso el de Elizabide el Vagabundo. Reunía todas las cualidades y defectos del vascongado de la costa: era audaz, irónico, perezoso, burlón. La ligereza y el olvido constituían la base de su temperamento: no daba importancia a nada, se olvidaba de todo. Había gastado casi entero su escaso capital en sus correrías por América, de periodista en un pueblo, de negociante en otro, aquí vendiendo ganado, allá comerciando en vinos. Estuvo muchas veces a punto de hacer fortuna, lo que no consiguió por indiferencia. Era de esos hombres que se dejan llevar por los acontecimientos sin protestar nunca. Su vida, él la comparaba con la marcha de uno de esos troncos que van por el río, que si nadie los recoge se pierden al fin en el mar.

Su inercia y su pereza eran más de pensamiento que de manos; su alma huía de él muchas veces: le bastaba mirar el agua corriente, contemplar una nube o una estrella para olvidar el proyecto más importante de su vida, y cuando no lo olvidaba por esto, lo abandonaba por cualquier otra cosa, sin saber por qué muchas veces.

Ultimamente se había encontrado en una estancia del Uruguay, y como Elizabide era agradable en su trato y no muy desagradable en su aspecto, aunque tenía ya sus treinta y ocho años, el dueño de la estancia le ofreció la mano de su hija, una muchacha bastante fea que estaba en amores con un mulato. Elizabide, a quien no le parecía mal la vida salvaje de la estancia, aceptó, y ya estaba para casarse cuando sintió la nostalgia de su pueblo, del olor a heno de sus montes, del paisaje brumoso de la tierra vascongada. Como en sus planes no entraban las explicaciones bruscas, una mañana, al amanecer, advirtió a los padres de su futura que iba a ir a Montevideo a comprar el regalo de boda; montó a caballo, luego en el tren; llegó a la capital, se embarcó en un transatlántico, y después de saludar cariñosamente la tierra hospitalaria de América, se volvió a España.

Llegó a su pueblo, un pueblecillo

(1) ¿Qué creías tú que era el enamorarse? ¿Sentarse en la silla y tocar la guitarra?

de la provincia de Guipúzcoa; abrazó a su hermano Ignacio, que estaba allí de boticario, fué a ver a su nodriza, a quien prometió no hacer ninguna escapatoria más, y se instaló en su casa. Cuando corrió por el pueblo la voz de que no sólo no había hecho dinero en América, sino que lo había perdido, todo el mundo recordó que antes de salir de la aldea ya tenía fama de fatuo, de insustancial y de vagabundo.

El no se preocupaba absolutamente nada por estas cosas; cavaba en su huerta, y en los ratos perdidos trabajaba en construir una canoa para andar por el río, cosa que a todo el pueblo indignaba.

Elizabide el Vagabundo creía que su hermano Ignacio, la mujer y los hijos de éste le desdaban, y por eso no iba a visitarles más que de cuando en cuando; pero pronto vió que su hermano y su cuñada le estimaban y le hacían reproches porque no iba a verlos. Elizabide comenzó a acudir a casa de su hermano con más frecuencia.

La casa del boticario estaba a la salida del pueblo, completamente aislada; por la parte que miraba al camino tenía un jardín rodeado de una tapia, y por encima de ella salían ramas de laurel de un verde oscuro que protegían algo la fachada del viento del norte. Pasando el jardín estaba la botica.

La casa no tenía balcones, sino sólo ventanas, y éstas abiertas en la pared sin simetría alguna, lo que era debido a que algunas de ellas se hallaban tapiadas.

Al pasar en el tren o en el coche por las provincias del norte, ¿no habéis visto casas solitarias que, sin saber por qué os daban envidia? Parece que allá dentro se debe vivir bien, se adivina una existencia dulce y apacible: las ventanas con cortinas hablan de interiores casi monásticos, de grandes habitaciones amuebladas con arcos y cómodas de nogal, de inmensas camas de madera; de una existencia tranquila, sosegada, cuyas horas pasan lentas, medidas por el viejo reloj de alta caja que lanza en la noche su sonoro tie-tac.

La casa del boticario era de éstas: en el jardín se veían jacintos, heliotropos, rosales y enormes hortensias que llegaban hasta la altura de los balcones del piso bajo. Por encima de la tapia del jardín caían como en cascada un torrente de rosas blancas, sencillas, que en vascunco se llaman "choruas" (locas) por lo frívolas que son y por lo pronto que se marchitan y se caen.

Cuando Elizabide el Vagabundo fué a casa de su hermano, ya con más confianza, el boticario y su mujer, seguidos de todos los chicos, le enseñaron la casa, limpia, clara y bien oliente; después fueron a ver la huerta, y aquí Elizabide el Vagabundo vió por primera vez a Maintoni, que, con la cabeza cubierta con un sombrero de paja, estaba recogiendo guisantes en la falda. Elizabide y ella se saludaron friamente.

—Vamos hacia el río, le dijo a su hermana la mujer del boticario.

Maintoni se fué hacia la casa, y los demás por una especie de túnel largo formado por perales que tenían las ramas extendidas como las varillas de un abanico, bajaron a una plazuela que estaba junto al río, entre árboles, en donde había una mesa rústica y un banco de piedra. El sol, al penetrar entre el follaje, iluminaba el fondo del río y se veían las piedras redondas del cauce y los peces que pasaban lentamente brillando como si fueran de plata. El tiempo era de una

QUIEN MANDA, MANDA



—¡La bolsa o la vida!

—Tengo que consultar primero con mi mujer...

tranquilidad admirable; el cielo azul, puro y sereno.

Antes del caer de la tarde, las dos muchachas de casa del boticario vinieron con bandejas en la mano trayendo chocolate y bizcochos. Los chicos se abalanzaron sobre los bizcochos como fieras. Elizabide el Vagabundo habló de sus viajes, contó algunas aventuras, y tuvo suspensiones de sus labios a todos. Sólo ella, Maintoni, pareció no entusiasmarse gran cosa con aquellas narraciones.

—Mañana vendrás, tío Pablo, ¿verdad?, le decían los chicos.

—Sí, vendré.

Y Elizabide el Vagabundo se marchó a su casa y pensó en Maintoni y soñó con ella. La veía en su imaginación tal cual era: chiquitilla, esbelta, con sus ojos negros, brillantes, rodeada de sus sobrinos que le abrazaban y besuqueaban.

Como el mayor de los hijos del boticario estudiaba el tercer año del bachillerato, Elizabide se dedicó a darle lecciones de francés, y a estas lecciones se agregó Maintoni.

Elizabide comenzaba a sentirse preocupado con la hermana de su cuñada, tan serena, tan inmutable; no se comprendía si su alma era un alma de niña sin deseos ni aspiraciones, o si era una mujer indiferente a todo lo que no se relacionase con las personas que vivían en su hogar. El vagabundo la solía mirar absorto. ¿Qué pensará? se preguntaba. Una vez se sintió atrevido y la dijo:

—¿Y usted no piensa casarse, Maintoni?

—¡Yo! ¿casarme!

—¿Por qué no?

—¿Quién va a cuidar de los chicos si me caso? Además, yo ya soy "mesca-zarra" (solterona), contestó ella riéndose.

—¿A los veintisiete años solterona! Entonces yo, que tengo treinta y ocho, debo de estar en el último grado de la decrepitud.

Maintoni a esto no dijo nada; no hizo más que sonreír.

Aquella noche Elizabide se asombró

al ver lo que le preocupaba Maintoni.

—¿Qué clase de mujer es ésta?, se decía. De orgullosa no tiene nada, de romántica tampoco, y sin embargo...

En la orilla del río, cerca de un estrecho desfiladero, brotaba una fuente que tenía un estanque profundísimo; el agua parecía allí de cristal por lo inmóvil. Así era quizá el alma de Maintoni, se decía Elizabide, y, sin embargo... Sin embargo, a pesar de sus definiciones, la preocupación no se desvanecía; al revés, iba haciéndose mayor.

Llegó el verano; en el jardín de la casa del boticario reuníase toda la familia, Maintoni y Elizabide el Vagabundo. Nunca fué este tan exacto como entonces, nunca tan dichoso y tan desgraciado al mismo tiempo. Al anocheecer, cuando el cielo se llenaba de estrellas y la luz pálida de Júpiter brillaba en el firmamento, las conversaciones se hacían más íntimas, más familiares, coreadas por el canto de los sapos. Maintoni se mostraba más expansiva, más locuaz.

A las nueve de la noche, cuando se oía el sonar de los cascabeles de la diligencia que pasaba por el pueblo con un gran farol sobre la capota del peñante, se disolvía la reunión y Elizabide se marchaba a su casa haciendo proyectos para el día de mañana, que giraban siempre alrededor de Maintoni.

A veces, desalentado, se preguntaba: —¿No es imbécil haber recorrido el mundo para venir a caer en un pueblecillo y enamorarse de una señorita de aldea? ¿Y quién se atrevía a decirle nada a aquella mujer, tan serena, tan impasible!

Fuó pasando el verano, llegó la época de las fiestas, y el boticario y su familia se dispusieron a celebrar la romería de Arnazabal como todos los años.

—¿Tú también vendrás con nosotros?—le preguntó el boticario a su hermano.

—Yo no.

—¿Por qué no?

—No tengo ganas.

—Bueno, bueno; pero te advierto que te vas a quedar solo, porque hasta las muchachas vendrán con nosotros.

—¿Y usted también?—dijo Elizabide a Maintoni.

—Sí. ¡Ya lo creo! A mí me gustan mucho las romerías.

—No hagas caso, que no es por eso, replicó el boticario. Va a ver al médico de Arnazabal, que es un muchacho joven que el año pasado le hizo el amor.

—¿Y por qué no?—exclamó Maintoni sonriendo.

Elizabide el Vagabundo palideció, enrojeció, pero no dijo nada.

La víspera de la romería el boticario le volvió a preguntar a su hermano:

—¿Conque vienes o no?

—Bueno, iré, — exclamó el vagabundo.

Al día siguiente se levantaron temprano y salieron del pueblo, tomaron la carretera, y después, siguiendo veredas, atravesando prados cubiertos de altas hierbas y de purpúreas digitales, se internaron en el monte. La mañana estaba húmeda, templada; el campo mojado por el rocío; el cielo azul muy pálido, con algunas nubecillas blancas que se deshilachaban en estrías tenues. A las diez de la mañana llegaron a Arnazabal, un pueblo en un alto, con su iglesia, su juego de pelota en la plaza, y dos o tres calles formadas por casas de piedra.

Entraron en el caserío, propiedad de la mujer del boticario, y pasaron a la cocina. Allí comenzaron los agasajos y los grandes recibimientos de la vieja, que abandonó su labor de echar ramas al fuego y de mecer la cuna de un niño; se levantó del fogón bajo, en donde estaba sentada, y saludó a todos, besando a Maintoni, a su hermana y a los chicos. Era una vieja flaca, acartonada, con un pañuelo negro en la cabeza; tenía la nariz larga y ganchuda, la boca sin dientes, la cara llena de arrugas y el pelo blanco.

—¿Y vuestra merced es el que estaba en las Indias?—preguntó la vieja a Elizabide, encarándose con él.

—Sí; yo era el que estaba allá.

Como habían dado las diez, y a esta hora empezaba la misa mayor, no quedaba en casa más que la vieja. Todos se dirigieron a la iglesia.

Antes de comer, el boticario, ayudado de su cuñada y de los chicos, disparó desde una ventana del caserío una barbaridad de cohetes, y después bajaron todos al comedor. Había más de veinte personas en la mesa, entre ellas el médico del pueblo, que se sentó cerca de Maintoni, y tuvo para ella y para su hermana un sin fin de galanterías y de oficiosidades.

Elizabide el Vagabundo sintió una tristeza tan grande en aquel momento, que pensó en dejar la aldea y volverse a América. Durante la comida, Maintoni le miraba mucho a Elizabide.

—Es para burlarse de mí—pensaba éste. Ha sospechado que la quiero, y coquetea con el otro. El golfo de Méjico tendrá que ser otra vez conmigo.

Al terminar la comida eran más de las cuatro; había comenzado el baile. El médico, sin separarse de Maintoni, seguía galanteándola, y ella seguía mirando a Elizabide.

Al anochecer, cuando la fiesta estaba en su esplendor, comenzó el "aurescu". Los muchachos, agarrados de las manos, iban dando vueltas a la plaza precedidos de los tamborileros; dos de los mozos se destacaron, se hablaron, parecieron vacilar, descubriéndose, con las boinas en la mano, invitaron a Maintoni para ser la primera, la reina del baile. Ella trató de disuadirlos en vascuence: miró a su cuñado, que sonreía; a su hermana, que también sonreía, y a Elizabide, que estaba fúnebre.

—Anda, no seas tonta,—le dijo su hermana.

Y comenzó el baile con todas sus ceremonias y sus saludos, recuerdos de una edad primitiva y heroica. Concluido el "aurescu", el boticario sacó a bailar el fandango a su mujer, y el médico joven a Maintoni.

Oscureció: fueron encendiéndose hogueras en la plaza, y la gente fué pensando en la vuelta. Después de tomar chocolate en el caserío, la familia del boticario y Elizabide emprendieron el camino hacia casa.

A lo lejos, entre los montes, se oían los "irintzis" de los que volvían de la romería, gritos como relinchos salvajes. En las espesuras brillaban los gusanos de luz como estrellas azuladas, y los sapos lanzaban su nota de cristal en el silencio de la noche serena.

De vez en cuando, al bajar alguna cuesta, al boticario se le ocurría que se agarraran todos de la mano, y bajaban la cuesta cantando:

"Aita San Antoniyo Urquiyolacua. Ascoren biyotzezo santo devoia".

A pesar de que Elizabide quería alejarse de Maintoni, con la cual estaba indignado, dió la coincidencia de que ella se encontraba junto a él. Al formar la cadena, ella le daba la mano, una mano pequeña, suave y tibia. De pronto, al boticario, que iba el primero, se le ocurría pararse y empujar para atrás, y entonces se daban encontrones los unos contra los otros, y a veces Elizabide recibía en sus brazos a Maintoni. Ella reía alegremente a su cuñado, y miraba al vagabundo, siempre fúnebre.

—Y usted, ¿por qué está tan triste?

—Le preguntó Maintoni con voz maliciosa, y sus ojos negros brillaron en la noche.

—¡Yo! no sé. Esta maldad del hombre que sin querer le entristecen las alegrías de los demás.

—Pero usted no es malo, dijo Maintoni, y le miró tan profundamente con sus ojos negros, que Elizabide el Vagabundo se quedó tan turbado, que pensó que hasta las mismas estrellas notarían su turbación.

—No, no soy malo, murmuró Elizabide; pero soy un fatuo, un hombre inútil, como dice todo el pueblo.

—¿Y eso le preocupa a usted, lo que dice la gente que no le conoce?

—Sí, temo que sea la verdad y para un hombre que tendrá que marcharse otra vez a América, ese es un temor grave.

—¿Marcharse! ¿Se va usted a marchar? murmuró Maintoni con voz triste.

—Sí.

—¿Pero por qué?

—¡Oh! A usted no se lo puedo decir.

—¿Y si yo lo adivinara?

—Entonces lo sentiría mucho, porque se burlaría usted de mí, que soy viejo...

—¡Oh, no!

—Que soy pobre.

—No importa.

—¡Oh, Maintoni! ¿De veras? ¿No me rechazará usted?

—No; al revés.

—Entonces... ¿me querrás como yo te quiero? murmuró Elizabide el Vagabundo en vascuence.

—Siempre, siempre... Y Maintoni inclinó su cabeza sobre el pecho de Elizabide y éste la besó en su cabellera castaña.

—¡Maintoni! ¡Aquí le dijo su hermana, y ella se alejó de él, pero se volvió a mirarle una vez, y muchas.

Y siguieron todos andando hacia el pueblo por los caminos solitarios.

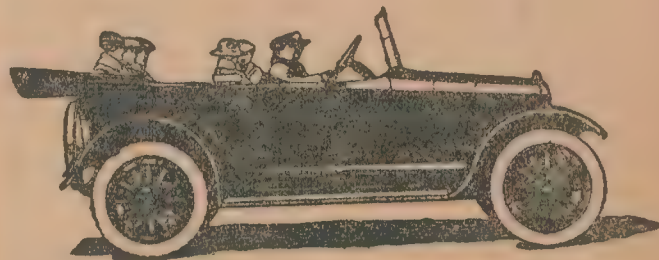
En derredor vibraba la noche llena de misterios; en el cielo palpitaban los astros.

Elizabide el Vagabundo, con el corazón anegado de sensaciones inefables, sofocado de felicidad, miraba con los ojos muy abiertos una estrella lejana, muy lejana, y le hablaba en voz baja.

Overland

\$ 4.750^m / n

Alumbrado eléctrico
Arranque eléctrico
Encendido por magneto
Siete asientos



Viaje usted en este "85-4" de 7 asientos

Un coche de gran belleza y duración, cuya operación es altamente satisfactoria y su gran potencia se gobierna fácilmente.

Con toda la potencia de un coche grande, este modelo Overland tiene la flexibilidad de un coche liviano.

A todas estas ventajas hay que agregar la comodidad al viajar. Ruedas y neumáticos grandes, muelles del tipo modillón, todo lo cual resulta de una comodidad poco común en coches de este tamaño.

Lleva magneto Eisemann de alta tensión. Su equipo es completo. Su manutención es económica.

Se sentirá Ud. orgulloso de este Overland, de su aspecto y de su operación. Debido a nuestra enorme producción, puede Ud. gozar de este coche a un precio extraordinariamente bajo.

En su clase no hay otro que se le compare.

P. A. HARDCASTLE
Rivadavia 1399 - Buenos Aires



—¿Te llevaron varias veces a los tribunales?
—Sí, pero siempre me absolvieron... hasta una vez en que era inocente.

NASUNO EL SAMURAY (Leyenda japonesa)

por Hato HIROGAWA

En aquel tiempo en que la rivalidad entre la familia de los Taira y la de los Minamoto ensangrentaba las Islas Blancas, el más valiente de los Minamoto fué Nasuno, el hermoso y gallardo samurai cuya flecha era fama que jamás erró el blanco. Un día que Nasuno cabalgaba a través de la campiña, los acordes de un koto, unidos a la voz melodiosa de una mujer, llegaron a su oído. Entre un bosquecillo de rosas y crisantemos, más hermosa que la luna, una musmé cantaba. Fascinado Nasuno permaneció inmóvil, sin poder apartar sus miradas de la preciosa joven.

De pronto, volvió ella la cabeza y descubrió al indiscreto guerrero. Un relámpago de cólera brilló en sus sombríos ojos, más negros que la noche.

Levantóse, y envolviéndose en su

inmaculado y ancho kimono, hizo ademán de retirarse.

—Oh, belleza celestial! — exclamó Nasuno. — ¿Por qué me huyes?

—¿Quién eres tú? — preguntó ella con altanero desprecio. — ¿Quién eres tú para atreverte a hablar a la princesa Sotorishima?

—¿Me llamo Nasuno! — respondió fieramente el samurai.

La princesa lanzó un grito de indignación.

—¿Nasuno! ¡El enemigo de mi raza! ¿Y te atreves, tú, Minamoto maldito, a envenenar con tu aliento impuro el aire que respira una Taira?

—¿Una Taira! — repitió el guerrero palideciendo. — ¿Una Taira tú?

Pero inmediatamente repuso:

—¿Y qué me importa el odio de nuestros padres, si al verte ha florecido el amor en mi corazón? ¡So-

torishima, yo te amo!

—¿Y yo te odio! — respondió ella.

—¿Te amo! — respondió el samurai con acento apasionado. Y aunque tuviera que exterminar al monstruo Yatai, serás mía.

Una sonrisa extraña entreabrió los labios de coral de la princesa.

—Tu insolencia merece castigo — dijo. Si eres tan valiente, busca a Tairanomasa, que hace las veces de mi padre muerto. Búscalo, y él te dirá el precio de mi amor.

—Iré — contestó sencillamente Nasuno. — Y se alejó entre la espesura.

Al día siguiente buscó al daimio Tairanomasa y le halló El daimio, reprimiendo su cólera, le dijo:

—Lo sé todo. He aquí la condición que Satorishima te impone por mis labios para unirse a ti. Tu fama de hábil tirador llegó hasta ella. Si tu flecha consigue tocar en el clavillo de esmeralda que sujeta las hojas de su abanico, será tu mujer. Pero si yerras el tiro, habrás de traspasarte el corazón con el mismo dardo a su presencia. ¿Aceptas, samurai?

—Acepto, — contestó Nasuno.

El daimio, sonriendo cruelmente, llamó a la princesa y todos se dirigieron a la playa. Tairanomasa subió a una barca, la princesa a otra, y sobre el largo mástil de una tercera, abandonada al suave balanceo de las olas, fué atado abierto el abanico de la princesa.

La orgullosa joven dirigió una mirada altanera al enamorado mancebo, y tendiéndole un dardo envenenado, le dijo friamente:

—¿Allí o ahí? — y con un dedito color de rosa señaló alternativamente el abanico y el corazón del samurai.

Nasuno, montando de un salto sobre su caballo, se lanzó al mar como un monstruo de las aguas, y aprovechando un instante en que la barca que enarbolaba el abanico se alzaba sobre las olas, tendió el arco y disparó la flecha.

Dos gritos de rabia y uno de triunfo sonaron simultáneos, mientras la princesa se desplomaba sin sentido en el fondo de su barca. La flecha de Nasuno, después de romper en mil pedazos el botón de esmeralda, había clavado el abanico sobre el mástil de la barca.

Pero entonces el daimio le dijo:

—El arco con que has disparado esta flecha está encantado. No eres leal. Si quieres lograr a la princesa, habrás de descubrir el misterio del arrozal. ¿Te atreves a ir?

—Iré, daimio. Pero ¡ay de ti si de nuevo mientes!

Y partió con el alma rota en más pedazos que la esmeralda del abanico de Sotorishima.

Las últimas estrellas brillaban en el cielo cuando Nasuno se dirigió hacia el arrozal. El samurai llegaba ya al término de su viaje, cuando una bandada de cigüeñas levantó el vuelo lanzando roncós gritos, perdiéndose luego en las profundidades del espacio.

Rápido como el rayo, el samurai tendió su arco y disparó una tras de otra, varias flechas sobre las altas yerbas en el punto de donde habían salido las aves.

Furiosos aullidos de dolor respondieron a los disparos. El arrozal se agitó violentamente, como las olas del mar sacudidas por el viento, y un tropel de asesinos emprendió la fuga. Impasible, Nasuno continuó disparando y con cada flecha clavaba un hombre al suelo, y después, cuando ya no vio más enemigos, galopó hasta la residencia del daimio. Llegó, y sin apearse, trazó sobre una flecha estas palabras: 'Me enviaste a descubrir el misterio del arrozal. Heo aquí, con mi venganza', y apoyando la flecha sobre el tirante nervio, disparó, atravesando el pecho del traidor Tairanomasa.

Al día siguiente el samurai yacía, con el vientre abierto por su propio sable, entre las rosas y los crisantemos, en donde vió por vez primera a la pérfida Sotorishima. Los cuervos trazaban anchos círculos en el aire.

Así murió Nasuno, y así siguen los Taira y los Minamoto ensangrentando con sus odios las Islas Blancas.

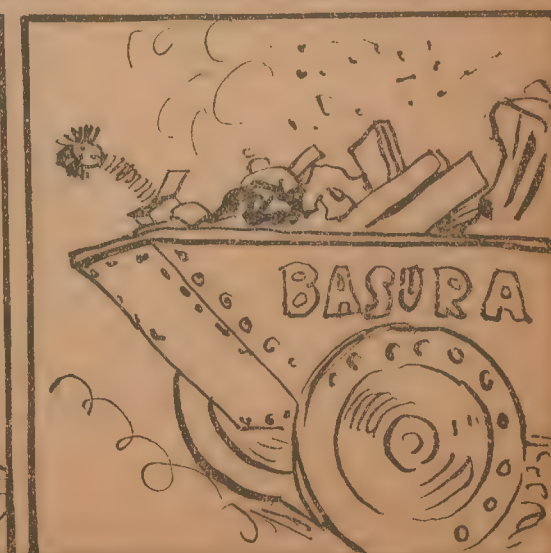
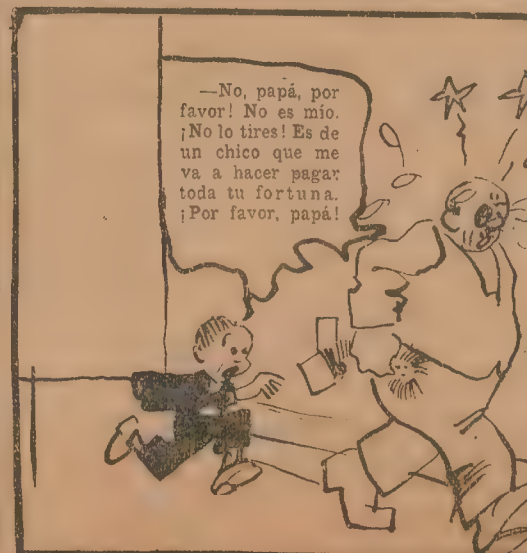
Todo se explica

Una mujer, con aire iracundo y majestuoso, entra en una tienda de la ciudad y se planta altivamente delante del vendedor.

—¿Esto — dice ella, arrojando desdeñosamente un paquete sobre el mostrador — es lo que usted me ha mandado para lavar; ésto es lo que usted me ha vendido como jabón?

—Esto no es jabón, señora — interrumpió el vendedor, examinando el artículo. — Su niñita vino ayer por media libra de queso y por media de jabón. Este es el queso.

—¡Oh! ahora me lo explico todo — dijo la mujer, — por eso anoche no me podía dar cuenta del extraño sabor que tenía la comida...



Bú... Bú... Bú...

por José ZAHONERO

¡Un sombrero de anchas alas que andaba solo! Véase qué extravagancia, pero así, así hay que decirlo.

Luisita, la chiquitina, de no más de año y medio, cogía con afanoso esfuerzo el enorme sombrero y se lo encasquetaba en la cabeza hasta los hombros, y luego, a ciegas, marchando a pasito ligero, con los brazos extendidos como quien va a tientas, íbase hacia la gente de la casa haciendo bú, bú, como un palomo, bú, bú... el coco, para asustar a su padre, a su madre, a cuantos pasan.

Aquello era espantoso. El angelito creía que de ese modo llenaba de terror al mundo.

Con escrupuloso cuidado para que aquel ogrito feroz no tropezara y cayese al suelo... todos aquellos a quienes perseguía fingían muy cómicamente un profundo miedo.

—¡Dios mío! ¡que vienen! ¡que vienen!

—Bú... bú... bú...

Era un encanto aquello. ¿Cómo era posible que durase mucho tiempo una escena tan espantable?... Al fin no faltaba quien, venciendo el miedo, realizara la heroicidad de descubrir el engaño, y zas, de pronto quitase el sombrero a la pequeñuela... y el resultado mágico era la explosión de una alegría general, resonante, bulliciosa, expansiva, inefable.

Como debajo del cubilete del prestimano jugador aparece la flor o la joya inesperada, aparecía entonces una cabecita de querubín jubiloso, y relumbra en los ojos y en la risa de aquella monísima cara una luz como la del cielo con los esplendores del día.

—Luisilla, Coquillo-hermosa, ¿eres tú? ¡Qué miedo nos has dado, lucero de mi vida! ¡Si no era el coco, no era el coco!... ¡Era la niña!...

Y la niña daba suelta a carcajadas regocijadoras, apresuradas como notas de un gorjeo. Música grata como otra no podría cautivar más el alma y complacer los corazones.

De este modo, el jolgorio y la broma se repetían en el comedorillo, en la galería, en el gabinete... y hasta en el severo cuarto de estudio de Miguel, el padre de la nena.

¡Bú, bú, bú!

Miren si no resultaba que aquella niña de rizos tan rubios y ensortijados, que eran embeloso de los que la veían, que aquella gordiflonecita, cuyas piernecillas bien carnadas y coloraditas tentaban al apetito de mordisquillos y besos; que aquella pequeñuela de manos miniaturas, que hubieran formado admirable contraste ante las más grandes magnificencias de la creación, la niña boquita botón de rosa, ojos como estrellas, miren si no resultaba que había venido al mundo... para aterrorizarlo.

¡Ja, ja, ja! ¡Qué hechizo!

II

Nosotros, los que nada sabemos, hemos de contentarnos con repetir lo muy sabido, y a decir va esta pluma lo que muchas gentes de puro saberlo... ¡ah! ¡puede lo que tengan olvidado! Es ello que en el mundo no siempre se está alegre, y además, que tras del gozo, viene el pesar... Perdonen, perdonen los que mucho saben... y sobre todo los que saben cosas nuevas.

Viene el recordar lo dicho para manifestar... que una tarde Miguel y Filomena se hallaban compartiendo amarguras y pesares... en el severo cuarto de estudio...



El presidiario.—Digan lo que digan, siempre me ha parecido poco chic tomar una bebida sin pajita.

Allí los pesados libroles, los enrevesados mapas, los papelotes de cuentas... formaban un abrumador conjunto...

La luz... de suyo tan traviesa e indiscreta como hermosa, penetraba atenuada, pues contenían su paso los finísimos visillos y los bordados cortinones del balcón.

Negocios, disgustos, un complicado y tormentoso cúmulo de contrariedades y contratiempos, eran como nubarrones que de aquí y de allá habían llegado a reunirse y formaban una amenazadora tempestad.

Todo era sombrío. Se había destemplado el ambiente del hogar; se había alterado un poco el orden de vida en la casa; pasaba allí algo... grave, sin duda alguna.

Filomena, sentada en una butaca frente a Miguel, mirábase dulce, compasivamente, como demandando que él le diese parte de su secreto pesar, para sobrellevarlo también.

¡Maestras de paciencia, las mujeres

ofréncenos como lecciones vivas en los más penosos trances de la vida!

—¿Lo quieres saber todo?—dijo Miguel.

—Sí, todo, todo... ¡Quiero que todo me lo digas!

—¿Y para qué, para qué? Para sufrir...

—Para sufrir... justo; para sufrir cuando tú sufras... Además, que mi padecimiento es mayor si te veo triste y apenado y no me explicas...

—Pues... te lo diré.

Lo dijo, y aquello que Miguel dijo fué enorme. Tal parecía, por lo menos, según el afligido lo manifestaba. Entrábase en miserables menudencias de la vida.

La intriguilla de los codiciosos, la descarada crueldad de los mal educados, la calumnia, industria de los folicularios, todo esto produciendo el descrédito.

—¡Pero aún no nos han arruinado!—dijo Filomena.

—No... en lo que se refiere al po-

sible cumplimiento de lo que debo... pero después...

—¿Después?

—Sí, después... Ya no me cabe duda, vendrá la pobreza.

—¡La sufriremos... Dios así lo dispone!

—Pero una pobreza horrible... la del día, la que muere de continuo... la que pide valor para reír ante los hombres... valor para humillarse...

—Lo horrible sería envilecerse.

—Sea; pero ten presente, hija mía, que sin dinero no hay honor...

—No, no te acobardes... trabajarás... lucharás como hasta aquí...

¡Yo, yo sólo sé la grandeza de alma de mi combatiente!

—No puedo más, no puedo más. El negociante fulero, el canallasco de M. Rigró... aquel... aquel...

—Déjalos... ¿Qué son?

—No, no, en un mundo en el cual viven esas gentes... no se puede, no se debe vivir... Me acobardo... más por repugnancia que por miedo...

Entonces llegó Miguel a ese grado de pena en el cual el hombre se siente abrumado: aun las cosas más insignificantes le parecen verdaderos horrores... y los hombres más despreciables... los cree dignos de odio... la sangre quema, los ojos se empañan en una agüilla que no forma lágrimas, pero que abrasa... la saliva amarga en la boca... el mundo se ennegrece... diríase que al elevar al cielo la mirada... ciego el hombre... nada ve.

Con los puños crispados, ceñudo el entrecejo, contraídos los labios, tético, remordido, irritado... hallábase Miguel con el corazón... en martirio, y la mente en confusión...

Filomena había inclinado la cabeza y lloraba.

Atrevióse a decir después algunos consejos... los fué poco a poco manifestando. Eran dulcísimas palabras impregnadas de aroma, llenas de aroma, llenas de frescura; pero caían en Miguel como las primeras gotas de lluvia en un seco erial.

Miguel, o callaba... o desatábase a hablar con acento trágico y exagerados ademanes. Su voz se oía alterada y bronca, y luego un silencio, durante el cual... marcábanse perfectamente los vaivenes, el tic-tac de la péndola del reloj...

De pronto el enojo aparente y momentáneamente flameó... como fuego de volcán... y de nuevo Miguel hubo de expresar su indignación, su desespeñación, su protesta contra los hombres... y tal vez contra el cielo.

Entonces, entonces oyóse... el bú-bú-bú...

La niña, no se sabe cómo ni por dónde, había llegado a la puerta del despacho... y con el sombrero puesto... entró muy resuelta haciendo... la espantable...

—Bú-bú... bú-bú...

Extendiendo los brazos y deteniéndose, como si esperase oír las exclamaciones de miedo de su padre y de su madre.

Estos se miraron; aquello les sorprendió, hiriéndoles en el corazón. Sin embargo, se contuvieron: era necesario no asustar a la niña... Pero de pronto Miguel hizo un brusco, un extraño movimiento... como quien con heroísmo se arroja a un combate... y exclamó, cogiendo en sus brazos a la pequeña, a la cual se le cayó al suelo el sombrero:

—¡Hija mía de mi alma!... Es verdad... soy un cobarde... ¡Pero no, no lo seré!...

Y con lágrimas en los ojos, él y Filomena se echaron a reír... Y el rayito de sol aclaró el cielo... y disipó los nubarrones.

¡Y la nena que se había propuesto asustarlos!... Bu-bú... bú... bú... ¡El coco!

¡Dios mío; qué chiquillos más adorables! ¡Combatiría Miguel? ¡Viviría Miguel? ¡Podrías dudarlo?



En el entusiasmo del deporte.

Curiosidades de las plantas

Las flores presentan en cientos vegetales particularidades verdaderamente notables, sobre todo en cuanto a su duración. La rosa, por ejemplo, no dura más que una mañana, y la flor de la *Tigridia* aún es más efímera, pues su vida no pasa de algunas horas. Son poquísimas las plantas cuyas flores llegan a permanecer un mes abiertas.

Casi todas las plantas dan flores todos los años; algunas, solamente un año sí y otro no. Las piteras no dan flor hasta que tienen quince o diez y ocho años, y entonces lo hacen en grande y con asombrosa rapidez, saliendo del centro de la planta un mástil ramificado y cargado de flores, que en pocos días alcanza una altura de cinco o seis metros.

En el momento de la fecundación de una planta, todas las energías vegetales parecen concentrarse en la flor. Las flores de la colocasia olorosa presentan en este caso una considerable elevación de temperatura, y ardores análogos se observan en las magnolias y en las piteras. Más "fogosas" todavía son las flores que están rodeadas de una especie de cucurcho o espata, como se ve en las calas. Algunas especies de yaro apenas pueden tenerse en la mano en el momento de la floración. La seaforthia, especie de palmera de Australia, anuncia la suya a larga distancia por una detonación tan ruidosa como la de un revólver; el aire, y el vapor de agua contenidos en la espata, al dilatarse por el calor producido, la hacen saltar como una caldera.

Una planta que ofrece una particularidad de las más raras al florecer, es la llamada matacán o quitameriendas. Sus flores son de un color fúido claro; pero si cuando acaban de abrirse se aproxima el dedo a una de ellas, sin tocarla, se la verá tomar un matiz verdoso.

Más extrañas todavía son las flores luminosas. El célebre Linneo ya hizo notar la extraña fosforescencia que brota, en las noches calurosas del verano, de las flores de la capuchina, y esta luminosidad es aún más aparente en un lirio que crece en los pantanos del África del Sur.

Ya que se ha hablado del cambio de

color de las flores del matacán, puede también recordarse la facilidad con que ciertas flores admiten coloraciones artificiales. La ceniza de un cigarro, cayendo todavía caliente sobre los pétalos de una rosa, de una petunia, de una pervinca o de una violeta, produce manchas verdes, y azules si cae sobre una malva. Los narcisos, los jacintos y las primaveras pueden colorearse en algunas horas de un bonito rosa, con sólo tener sumergidos en un frasco de tinta encarnada los extremos de los tallos, recién contados.

La vicia anficarpa, leguminosa que se encuentra en todos los países templados, tiene, además de sus flores aéreas, otras que son subterráneas, muy pequeñas, descoloridas y como enfermizas, pero con todos sus órganos perfectamente conformados y sus correspondientes semillas.

Al lado de estas flores que permanecen ocultas, hay otras que, por su tamaño, difícilmente pueden pasar desapercibidas. En Madagascar se encuentra una liana cuyas flores, de color amarillo, tienen cerca de medio metro de diámetro. Pero esto no es nada al lado de la raflesia, planta parásita de Sumatra, que da flores de más de tres metros de circunferencia.

Fijémonos, en fin, en el olor de las flores. Todo el mundo cree que el olor es uno de los atributos que más embellecen a una flor; pero hay olores y olores. De cada diez especies, apenas hay cinco que huelan, y de éstas, cuatro por lo menos no huelen bien.

Hay una planta, el fesnillo o fraxinella, cuyo aroma, por cierto muy agradable, se debe a una esencia que puede inflamarse acercando a la flor una cerilla y teniendo la planta debajo de una gran campana de cristal. El aspecto que ofrece entonces el vegetal, rodeado de llamaradas que no llegan a quemarle, es de lo más curioso que cabe imaginar.

Bibliografía

Hemos recibido:

Un casamiento en 1805. Interesante y amena conferencia leída en la Biblioteca del consejo nacional de mujeres, por su autor señor Carlos Correa Luna, miembro de la Junta de historia y numismática

americana y de la sección de Historia de la Facultad de filosofía y letras.

La ley orgánica de las intervenciones, por el doctor Rodolfo Moreno (hijo).

Cantos rodados. volumen de poesías, por Luis Philippe.

Un huerto de manzanas, por Alberto Nin Frias, con un estudio preliminar de Armando Donoso.

Almanaque Ilustrado Hispano-Americano, para 1920. Interesante volumen de

350 páginas, editado por la casa Maucci, Barcelona.

Revista de Filosofía. Año VI, Núm. 3.

Revista de ciencias económicas. Año VIII. Número 74.

La Novela Cordobesa. Año I. Número 13.

La Novela del Día. Año II. Núm. 52.

La Revista de Francia. Año I. Núm. 5.

Tribuna Libre. Año III. Número 1.

ELECCIONES ECLESIASTICAS

En otros tiempos intervenía el pueblo en la elección de sus prelados, por ejemplo, en el primer periodo del cristianismo, durante el cual hasta la designación de párroco se verificaba por elección popular. Es curioso recordar que en esas elecciones, aunque auspiciadas por el favor del cielo, se recurría a la violencia, a la corrupción por el dinero y al fraude tan descarado como el que caracteriza a la Santa Restauración radical en las provincias conquistadas. Amiano Marcelino refiere en su Historia que en Roma, durante la elección de un obispo efectuada por el pueblo, fué tal el tumulto a que dió lugar la animosidad de los adversarios, que al terminar la votación en la basílica de Sisinio quedaron tendidos 177 cadáveres de electores. Y el citado autor halla la oportunidad de hacer las curiosas observaciones que empiezan: "Considerando la pompa mundana con que vive en Roma el que posee la dignidad episcopal, no me extraña que el que aspire a ella no vacile ante ningún recurso para obtenerla, puesto que una vez que la han obtenido adquieren la certidumbre de enriquecerse, para lo cual bastarían solamente las ofrendas de las matronas devotas de Roma..."

Precisamente para eliminar el es-

cándato de las luchas electorales se quitó al pueblo el derecho de elegir sus prelados que practicaba desde los primeros tiempos del cristianismo. El único cargo que quedó elegible fué el de Sumo Pontífice, y así mismo la elección quedó restringida al reducido Colegio de Cardenales. La única excepción, hasta ahora subsistente, en razón de privilegios muy antiguos, es la elección de párroco que de una manera muy sencilla se elige en el pueblito de Ensival, de la provincia belga de Lieja. Un canal cruza a la plaza del pueblito. Los habitantes de la comarca se reúnen en una de las orillas, mientras en la otra orilla las autoridades locales presentan a los candidatos, que permanecen a cierta distancia uno de otro. Los electores, que son todos los habitantes, a una señal dada "saltan el foso", es decir, cruzan el canal y van a colocarse al lado del candidato que prefieren. Entonces se cuenta el número de personas que rodea a cada candidato, y el que cuenta con el mayor número es proclamado inmediatamente párroco de Ensival. De esta costumbre proviene la expresión "saltar el foso", popular en muchos idiomas con el significado de "tomar una resolución".

Monseñor ECHAGÜE.

PARA LA GENTE DE CAMPO

PARA QUE SIRVEN LAS RASPAS DEL TRIGO

A los agricultores en general no les gusta el trigo de mucha rassa, porque la paja es poco a propósito para la comida del ganado, el cual se hiere a veces en la boca con los acerados dardos de las espigas. Sin embargo, en las regiones donde hace mucho viento el cultivo de este trigo es racional, porque las raspas hacen el oficio de resortes e impiden que los granos choquen entre sí y se caigan. Además conservan distanciados a los gorriones y a todos los pájaros que saquean los campos.

Y por si su utilidad pareciese poca, el profesor Lemstron, de la Universidad de Helsingfors ha observado que las raspas del trigo atraen la electricidad atmosférica y obran como verdaderos pararrayos, haciendo que la espiga viva en un medio constantemente electrificado.

Los trabajos sobre electrocultura, realizados recientemente han demostrado que dicha condición es muy favorable para la buena vegetación en el rendimiento de las plantas. El profesor Lemstron lo ha comprobado también, y según él, sirve ello de explicación a la rusticidad excepcional y a la abundancia de producción de los trigos de mucha rassa.

Esta teoría nueva y verosímil, puede aplicarse a las coníferas cuyas numerosas agujas son recorridas sin cesar por las corrientes telúricas dirigidas en todos sentidos. El árbol vive en un campo eléctrico permanente, y no hay que buscar más allá la razón de la cantidad anormal de ozono que existe en la atmósfera de los bosques de árboles resinosos, cuyas propiedades terapéuticas son conocidas de todos.

En el nuevo campo de la electricidad vegetal se pueden permitir todas las hipótesis.

LA TRISTEZA SINTOMA Y REMEDIO

1.° Síntomas: fiebre, puede subir hasta 40 o más grados; se ponen bravos, tienen temblores generales en todo el cuerpo, caminan muy despacio, pesadamente, arrastran las patas como cansados, cabeza gacha, ojos llorosos, tristes, amarillentos, respiración rápida, agitada, pero difícil.

2.° Causas: las garrapatas transmiten la enfermedad.

3.° Remedios: alimentos, suprimir todo forraje seco y sustituirlo por pasto verde recién cortado; suprimir la alfalfa seca, que es de lo más perjudicial.

Purgantes: sulfato de magnesio, a razón de un gramo por cada kilogramo de peso vivo del animal.

Enemas: varias veces al día con agua de malva cocida y con un poco de jabón español.

Bebidas: mucha agua y fresca, mejor si se le echa un poco de lino; habitación fresca y aireada, pero nada de sol ni corrientes de aire.

Baños: abundantes mientras dure la fiebre.

Fricciones: con un trapo mojado en vinagre para activar las funciones de la piel.

Sangrías: recortar los cuernos para descargar algo de sangre pobre y mala.

ALIMENTACION DE LAS AVES

Los alimentos de las aves se deben componer de granos, verduras, tubérculos crudos o mejor cocidos, gusanos, cal, etc.

Los granos deben suministrarse en la proporción siguiente:

Maíz.—100 gramos por gallina día-

riamente, entero o triturado. Alimento de engorde.

Avena.—150 gramos por gallina, cada día. Esta dosis activa la puesta.

Girasol.—30 a 50 gramos muy buen alimento.

Sorgo.—Excelente alimento para pollos de 2 a 3 meses.

Migas de pan.—Remojado en leche o cocido con legumbres y verduras.

Alimentos verdes.—Alfalfa, escarola, lechuga, al estado natural.

Semitaín.—El mejor de todos los alimentos porque engorda y activa la puesta—se puede usar como alimento único o mezclado.

Sal común.—Es muy conveniente agregar a las raciones de las aves, sal común, a razón de 10 a 20 gramos por cada kilo de alimento.

Las raciones se repartirán tres veces por día, la primera una hora después de la salida del sol, usándose aquellos alimentos que menos les gus-

tan, como ser afrecho, residuos, etc., la segunda al medio día que se compondrá sólo de verduras y en el rigor del invierno se agregará un poco de maíz; y la tercera por la tarde, granos y cocimientos.

La ración de la tarde es conveniente darla de acuerdo con el siguiente horario:

En invierno: de 3 a 4 p. m.

Primavera y Otoño: de 4 a 5 p. m.

Verano: a las 6 p. m.

Gusanera.—Las gusaneras se construyen del siguiente modo: se cava una zanja de 4 o 5 metros de ancho, por 2 metros de largo y 2 de profundidad.

Esta zanja se rellena con una capa de 0,10 centímetros de paja de centeno (no usar otra clase de paja), seguida una capa de estiércol fresco de 0,04 centímetros, otra capa de tierra muy fina de 0,04 centímetros de espesor y otra capa de 0,04 centímetros de

tripas sucias y por último regar con 10 litros de sangre fresca.

Se repite la colocación de estas tapas hasta llenar la zanja. Se tapa luego el todo con una capa de tierra, completando esta operación con la distribución, encima de ramas secas, para evitar que escarben las gallinas.

A los 20 días en verano y 27 días en invierno puede comenzarse a sacar gusanos o razón de 20 kilos más o menos por día, que alcanzan para alimentar a 300 gallinas.

Se suministran a las gallinas dos o tres veces por semana.

Una gusanera de las dimensiones indicadas, puede proveer de gusanos durante un mes.

CONSERVACION DE LAS ACEITUNAS

Las olivas o aceitunas se pueden secar, bien sea al sol, o ya en una estufa. Se han de escoger las aceitunas bien maduras y grandes. Después se envasan en tarros de vidrio o de tierra cocida y se cubren de tomillo y sal.

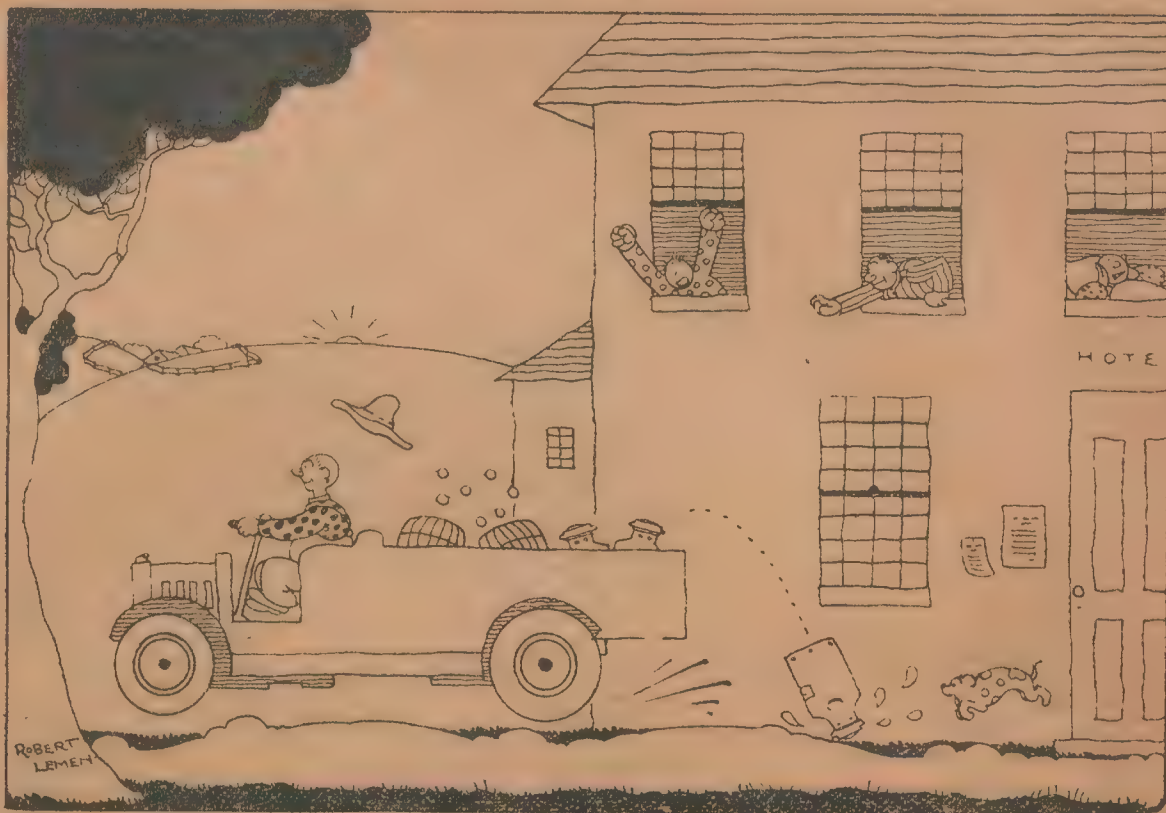
Otro procedimiento consiste en dejar sumergidas las aceitunas en una solución de cal y potasa, durante 6 a 12 horas, según el grado de concentración del líquido. Después se sumergen en agua pura, que se renovará cada día, hasta que se esté seguro de que han perdido el amargo y el gusto que les comunica el primer baño empleado. Finalmente, se ponen en salmuera con un poco de hinojo.

Este procedimiento es aplicable tanto a las aceitunas negras maduras como a las verdes. Se conservan en barrilitos de madera o en tarros de vidrio.

RECOLECCION DE LA FRUTA

Debe hacerse con mucho cuidado, a mano. Si se sacuden los árboles, la fruta se golpea y pudre con mucha facilidad. Para recogerla y transportarla deben emplearse canastos de mimbre con pasto seco en el fondo. Es muy conveniente colocar papel entre cada capa de fruta. Si se envía lejos, debe envolverse separadamente en papel de seda.

PROGRESO



El empleo del automóvil de carga en el campo será bien recibido.

EL VALOR DE LA EDUCACION



El carpintero, 8 pesos por día; el profesor, 4 pesos por día.

(De "Judge").

LA CODICIA

Camino de Castilla, Joselín el gitano desde su magro asnillo en la arena caliente vió una moneda de oro enorme y reluciente. ¡Pupila aurisolada en el tétrico llano!

Descabalgóse aprisa, su avariciosa mano al arrancar del suelo la dorada simiente deshízose las uñas. Su mano fué impotente ¡ahincado estaba el oro en el tétrico llano!

El sol y la codicia su pobre mente abrasan. Cavó una cueva enorme. Los años pasan, pasan y la moneda de oro estaba allí, en el fin.

Un día un hilo de agua surgió del negro pozo, cubrió sus blancos huesos con un musguín verdoso y esta fué la fortuna que encontró Joselín.

INQUIETUD

Esta vaga inquietud que nos acosa,
¿para qué analizarla y deshacerla?
¿Acaso la madrepora en la perla
belleza con misterio no desposa?

Vaguisima inquietud, ¿de dónde vienes?
¿Junto a qué fuente, en qué lugar florido
con tu cadena a mi alma has retenido?...
Seguimos nuestro andar; alma, ¿no vienes?

¿Será la tarde y el momento? ¿Acaso
un libro puso cual erugienta raso
al alma que buscaba su virtud?

¿Será que se aproxima la Soñada
llamada Bien Nombrada y Bien Amada?
¿O será que te mueres, Juventud!...

C. HUMET.

La famosa "Legión Extranjera"

Única en el mundo por su organización y su especial manera de ser, la "Legión Extranjera" del ejército francés es el organismo militar más extraño, más interesante y más romántico que se cobija bajo los pliegues de la bandera de un país civilizado. La "Legión Extranjera" es en sí misma un ejército: el ejército de los desheredados, de los mal-ditos, de los desechados de todas las naciones del mundo. Es algo así como un hospicio moral, como un monasterio, al cual se retira el pecador para entregarse a la penitencia, una penitencia que consiste simplemente en obedecer y obrar. En la Legión tienen cabida todos los hombres; en sus filas encuentra un puesto lo mismo el malhechor que el desesperado o el perseguido injustamente. A nadie se le pregunta su nombre, ni de dónde viene, ni lo que ha hecho. Sólo se exige que el candidato sea robusto, que pueda llevar una pesada mochila, soportar largas marchas y manejar un fusil. Pero una vez admitido, debe ser un soldado obediente, disciplinado, respetuoso con sus jefes y cariñoso con sus camaradas. Y, sobre todo, debe ser valiente, porque el valor ha sido siempre el carácter distintivo de la "Legión Extranjera".

"En otros cuerpos se puede vencer; en la Legión se sabe morir"; tal es el lema bordado en la bandera de este extraño regimiento cosmopolita, que ha sellado con su sangre innumerables campos de batalla.

Desde 1831, en que fué mandada a Argelia, la "Legión Extranjera" no ha dejado de pelear por el país, que, a cambio de su intrepidez, rehabilita a tantos desgraciados. Las medallas, condecoraciones y honores ganados por este puñado de hombres de todas las nacionalidades, formarían interminable lista. Los oficiales del ejército francés se sienten orgullosos de mandarlos; el número uno de cada promoción de la Escuela de Saint Cyr es destinado a la Legión, y todos los que han estado en contacto con ella, han declarado siempre que el mando de este curioso cuerpo

significaba el más glorioso período de su carrera.

En otros tiempos los franceses no podían figurar en las filas de la "Legión Extranjera"; hoy componen la cuarta parte de los soldados que forman su organismo. El resto lo constituyen individuos de más de veinte nacionalidades distintas.

Más de un príncipe de alguna familia reinante de Europa, desaparecido repentinamente del mundo, ha formado, o acaso forma todavía, bajo nombre supuesto, en las filas de los legionarios, y no hace mucho figuraba en ellas un obispo ruso.

Las siguientes confidencias hechas antes de la última guerra por un legionario alemán a un periodista, pueden servir como ejemplo de la historia de muchos de estos guerreros:

"Nací en Breme, y fui soldado en mi país; pero tuve un disgusto con un teniente y me sentenciaron a cadena perpetua. Me escapé, hallé refugio en un barco francés, y en él fui a Gibraltar. Allí oí hablar de la "Legión Extranjera", y en ella estoy, más feliz que nunca. En la Legión no nos hacen ninguna pregunta; por supuesto, a los franceses les hacen poca gracia los alemanes; pero ante ellos paso por alsaciano y me va muy bien. Todos los alemanes hacemos lo mismo al llegar aquí. En cuanto al porvenir, allá veremos. Ahora soy sargento; el año que viene tal vez sea oficial. Hace un año me hallaba guerreando en el Sudán; dentro de doce meses acaso esté batiéndome en Siam.

Nos envían a cualquier parte del mundo, y no nos quejamos. Es una vida llena de aventuras; pero me pagan mejor que en el ejército alemán y estoy más considerado. Los franceses se meten cada día en una nueva empresa colonial que exige tropas, y no quieren malgastar sangre francesa; tanto mejor para nosotros."

Francia ha tenido siempre entre sus tropas cuerpos formados por aventureros o desertores de otros países, pero sus legiones extranjeras, propiamente dichas, datan solamente de la primera república. Más tarde, Napoleón creó legiones portuguesas, españolas, griegas, irlandesas, etc.; después, vino la legión llamada de Hohenlohe, y por fin, en

DE LA EXPERIENCIA DE CUALQUIER MARIDO



Vos en el otro cuarto. — Un momento, Arturo; dentro de un segundo voy a terminar de vestirme.

tiempo de Luis Felipe, se creó la misma legión que ahora subsiste, habiendo experimentado en el transcurso del tiempo diferentes modificaciones.

Pero sea cualquiera la organización y el nombre que hayan tenido, los extranjeros al servicio de Francia se han distinguido siempre por su bravura. Lo mismo en Crimea que en Méjico, la "Legión Extranjera" se cubrió de gloria; en Alma fué muerto su coronel; de Méjico apenas volvió la mitad del efectivo del cuerpo. En el sitio de Tuyen-Quan, 400 legionarios resistieron durante treinta y seis días los repetidos asaltos de 20.000 chinos. En el Dahomey, a la Legión se debió principalmente el éxito de las armas francesas; nunca como entonces dieron los legionarios muestras de valor, disciplina y abnegación.

En septiembre de 1903, un pelotón de legionarios montados que escoltaban a un convoy en el Sur de Argelia, fué ata-

cado por toda una tribu indígena; durante ocho horas, 120 legionarios se batieron contra 3.000 árabes; el capitán que los mandaba fué muerto; el teniente, un danés llamado Selchaunhausen, cayó gravemente herido, y con él los sargentos. Entonces, un cabo tomó el mando y continuó la resistencia hasta que llegaron refuerzos. Las dos terceras partes de aquellos valientes habían quedado fuera de combate.

Es verdad que la Legión, dados los elementos heterogéneos que la componen, tiene muchos defectos; pero Francia los olvida todos para recordar las palabras del general Gallieni, uno de los jefes más respetados y más queridos del ejército francés, quien al ser nombrado general en jefe de la expedición a Madagascar, no expuso más que un deseo: "llevar consigo 600 hombres de la "Legión Extranjera", para en caso adverso, poder morir todos como valientes".

TRES MOMENTOS DE LA VIDA DEL HOMBRE



1. Cómo es usted en realidad. — 2. Cómo se siente mientras lo examina el médico de la compañía de seguros. — 3. Y como se siente cuando el médico le dice que está sano y que se le dará la póliza.



—Es inútil machacar en hierro frío.

TODAVÍA...

por R. W. EMERSON

(Versión de Pedro Márquez)

Todavía no hemos tenido en América el genio de mirada tiránica que conociese el valor de nuestros incomparables elementos, y que viése en la barbarie y el materialismo del tiempo, el disfraz de los mismos dioses que tanto se admira en Homero, luego en la Edad Media, después en el calvinismo y así sucesivamente. Los bancos y las tarifas, los diarios, el metodismo y el unitarismo, son cosas banales e insípidas para las gentes banales e insípidas; pero tienen el mismo interés maravilloso de la ciudad de Troya y el templo de Delfos, y se desvanecerán con la misma rapidez. No se han cantado todavía nuestras cabañas de madera, nuestros negros, nuestros indios, nuestros navíos, la cólera de los miserables, la pusilanimidad de la gente honrada, el comercio del Norte, las plantaciones del Sur, la desmontadura del Oeste, del Oregón y de Tejas. Y, sin embargo, la América es un poema a nuestros ojos. Su amplia geografía nos deslumbra, y no esperará mucho tiempo a los hacedores de ruinas. Si no he encontrado en mis compatriotas la perfecta combinación de dones que busco, no la he encontrado tampoco en

la colección de los poetas ingleses desde quinientos años. Son hombres de ingenio más que poetas, aunque haya habido poetas entre ellos. Pero cuando se piensa en el ideal del poeta, se encuentran pocos hasta en Milton y en Homero. Milton es demasiado literario y Homero es demasiado literal y demasiado histórico.

R. W. EMERSON.

Perfección razonable

El ideal, en todo trabajo, ha de consistir en la perfección; aun que no podamos conseguirla, debemos acercarnos a ella cuanto sea posible, sin resignarnos nunca a dejar que pasen imperfecciones evidentes y que pueden ser fácilmente corregidas.

Una mecanógrafa dividía las palabras en mitad de sílaba al final de muchas líneas, y su principal dejó que siguiera esta mala costumbre durante más de un año. Muchas veces compadecí a la pobre muchacha que se hallaba bajo la dirección de un jefe tan apático; pero todavía me compadecí más del jefe que firmaba tales cartas y que tenía sobre la perfección ideas tan mezquinas. El hombre que durante meses deja pasar defectos parecidos, será descuidado también en todo; y es lamentable que ocupe un alto puesto y dé semejantes ejemplos, que no sólo cunden entre los empleados, causándoles graves perjuicios, si-

no que trascienden también al público.

El director no ha de ser quisquilloso; este es el extremo contrario; pero hay un tipo razonable de perfección práctica que debería servir de guía a todo el que trabaja.

Waldo Pondray WARREN.

Los libros del mundo

En el mundo se imprimen actualmente, por término medio, tres mil quinientos setenta y cinco millones de libros.

En una estadística recientemente publicada figuran los Estados Unidos con un total de 700 millones de libros vendidos, y Europa occidental, que es la parte más intelectual del mundo, acusa una venta de 1.800 millones. En la Europa oriental la cifra no pasa de 460 millones.

El número de libros nuevos que ven la luz anualmente se distribuye en la siguiente forma: Alemania, 25.000; Francia, 13.000; Italia, 10.000; Inglaterra, 7.000. Las demás naciones, entre ellas España, figuran con un total englobado de 75.000 libros nuevos al año.

En conjunto puede calcularse que los lectores de todo el mundo tienen 205 novedades cada día.

Por las cifras expuestas se ve que los alemanes son los más aficionados a leer. En los demás países no faltan autores; lo que faltan son lectores.

Pensamientos

Un espíritu atento multiplica sus fuerzas de una manera increíble; aprovecha el tiempo atesorando siempre caudal de ideas; las percibe con más claridad y exactitud, las recuerda con más facilidad a causa de que con la continua atención éstas se van colocando, naturalmente, en la cabeza de una manera ordenada.

—Los que no atienden sino flojamente, pasean su entendimiento por distintos lugares a un mismo tiempo; aquí reciben una impresión, allí otra muy diferente, acumulan cien cosas inconexas, que lejos de ayudarse mutuamente para la aclaración y retención, se confunden, se embrollan y se borran unas a otras.

—No hay lectura, no hay conversación, no hay espectáculo por insignificante que parezcan, que no nos puedan instruir en algo.

—Con la atención notamos las preciosidades y las recogemos, o vamos con lo nocivo y lo retiramos lejos de nosotros; con la distracción quizá dejamos caer al suelo el oro y las perlas como cosa baladí.

BALMES

Las letanías del mar

Mar de los bellos ensueños de la partida. Mar de las olas altas como las montañas. Mar de los abismos que se abren a manera de zarpas y de fauces.

Arrúllame.

Mar de los calvarios imponentes sobre los muelles. Mar de los que perecen sin cirio y sin sarcófago. Mar de los fuegos siniestros como mortajas. Mar de los cadáveres enverdecidos, que ruedan sobre la ola con los ojos abiertos.

Compadéceme.

Mar pérfida y villana de los tiburones y de las ballenas. Mar de los bajeles en zozobra que no vuelven más. Mar de las naciones sin sostén. Mar de todas las lágrimas de la humanidad. Mar de las blasfemias, de los adioses, de los espantos y de la muerte.

Apíadate de los que viajan por tu imperio.

Por qué dan huídas los caballos

Es muy curioso el hecho de que, perteneciendo a un mismo género los caballos y los asnos, y siendo en todo tan parecidos, los primeros dan huídas cuando ven un objeto extraño, mientras los segundos nunca lo hacen. Esto tiene su explicación.

Los primitivos caballos salvajes, antecesores de nuestro animal doméstico, vivían en grandes llanuras cubiertas de yerbas altas y malezas, entre las cuales podían esconderse las fieras para lanzarse sobre ellos, exactamente como lo hacen aún en África los leones cuando cazan cebras. Bajo estas circunstancias, los caballos se verían obligados, para salvar el pellejo, a saltar de pronto hacia atrás o de lado, tan pronto como viesan cualquier cosa inesperada. Esta costumbre arraigó de tal manera en la especie, que no se ha borrado ni aun después de largos años de domesticidad.

El asno, por el contrario, desciende de animales que vivían en terrenos quebrados, donde había peligrosos declives y precipicios; precisamente a eso debe su aptitud para subir por las montañas. Sus antepasados, además de no estar tan expuestos a los ataques de las fieras, no podían dar huídas que les habrían hecho caer fácilmente en algún abismo, y por consiguiente, los asnos domésticos no han tenido de quién heredar ese movimiento que con tanta frecuencia hacen los caballos.

Curioso episodio cooperativo

por Nicolás REPETTO

A propósito de bombardeos y de minas, es oportuno el relato de un curioso y significativo episodio cooperativo que ocurrió en la ciudad francesa de Chateau-Thierry, en ocasión del bombardeo y toma por las tropas alemanas. Resuelta la evacuación de la ciudad por los civiles y las tropas francesas, el gerente y tres empleados de la cooperativa local se obstinaron en permanecer en la tienda social para defenderla moralmente con su presencia. Llegaron los soldados alemanes, y, con gran asombro de los abnegados cooperadores, se provieron de numerosas cosas—que pagaron pródigamente—observaron una conducta intachable y al salir escribieron con tiza sobre las paredes: “¡Camaradas: hay que respetar la cooperativa de consumo!”

“La suposición, dice Sonnichsen, de que los artilleros alemanes—entre los cuales había muchos socialistas y cooperadores—se han dado la pena de respetar las cooperativas, se halla evidenciada por el hecho de que a menudo se ha podido ver intactos, en medio de un montón de ruinas, los edificios de las cooperativas. Y el profesor Carlos Gide hace notar en el prefacio de su reciente libro sobre las cooperativas de consumo, que se había difundido tanto la noticia del cuidado que tenían los artilleros alemanes con las cooperativas, que al iniciarse un bombardeo el pueblo iba a refugiarse en el edificio de la cooperativa, así como acudía a las iglesias en los tiempos de la edad media.”

En Francia el movimiento cooperativo sufrió bastante durante la guerra, debido a que un 30 % de sus mejores cooperativas se hallaban ubicadas en la región invadida, donde los bombardeos, incendios y falta de medios de transporte causaron enormes y generales perjuicios.

Gracias a la acción del camarada Alberto Thomas, ex ministro de municiones, la acción de la Cooperativa Mayorista de París cobró gran impulso durante la guerra. Inmediatamente después de estallar la conflagración, el Comité Nacional de Auxilios adelantó 200.000 francos a la Cooperativa Mayorista de París, destinados a instalar talleres para los obreros desocupados. El ministro Thomas obtuvo una subvención para la Cooperativa Mayorista, a fin de que ésta instalara hoteles y restaurantes para obreros. La municipalidad de París confió a la Cooperativa Mayorista y a otras sociedades cooperativas, la distribución de papas, carne y carbón, para cuyo fin se instalaron en la ciudad unos 55 lugares de expendio. El gobierno francés adelantó a la Cooperativa Mayorista los fondos necesarios para equipar camiones automóviles destinados a llevar la cooperación hasta el mismo frente de batalla.

Refiriéndose a este nuevo aspecto de cooperación, que algunos han denominado “la cooperación en las trincheras”, dice el “Canadian Grocer”, importante órgano cooperativo del Canadá: “Este sistema ha llegado a ser una verdadera institución en el ejército francés y ha hecho mucho para aliviar las condiciones de los soldados. El sistema hizo irrupción en medio del combate, y las cooperativas ambulantes de la estrecha cinta llamada “no man's land” (espacio que separaba los dos frentes enemigos) serán para el historiador futuro uno de los rasgos más curiosos de la gran guerra”.

En Austria el gobierno abandonó desde el comienzo de la guerra sus

prejuicios contra las cooperativas para confiarles el abastecimiento del pueblo. El ministro de la guerra llamó a conferenciar a los directores de la Cooperativa Mayorista de Viena y les propuso que organizaran cooperativamente unos 200.000 obreros ocupados en las fábricas de municiones. Y esto fué hecho. Más tarde la misma Cooperativa Mayorista fué encargada de abastecer a 575.000 familias de Viena, lo que también fué hecho no obstante las dificultades que ofrecía esta súbita y enorme ampliación de las funciones.

Tanto en Austria como en Hungría el movimiento cooperativo recibió un gran incremento durante la guerra, a pesar de la pobreza habitual y de la miseria en que habían caído las clases populares.

Lo que producen los Estados Unidos

A pesar de que los Estados Unidos no cuentan más que con el 6 por ciento de la población del mundo, y con el 7 por ciento del territorio total, producen lo siguiente:

- 20 por ciento del abastecimiento mundial de oro.
- 25 por ciento del abastecimiento mundial de trigo.
- 40 por ciento del abastecimiento mundial de hierro y acero.
- 40 por ciento del abastecimiento mundial de plomo.
- 40 por ciento del abastecimiento mundial de plata.
- 50 por ciento del abastecimiento mundial de cine.
- 52 por ciento del abastecimiento mundial de carbón.
- 60 por ciento del abastecimiento mundial de aluminio.
- 60 por ciento del abastecimiento mundial de cobre.
- 60 por ciento del abastecimiento mundial de algodón.
- 66 por ciento del abastecimiento mundial de petróleo.
- 75 por ciento del abastecimiento mundial de maíz.
- 85 por ciento del abastecimiento mundial de automóviles.

Además, refinan un 80 por ciento del abastecimiento mundial de cobre, y operan un 40 por ciento de los ferrocarriles existentes en el mundo.

Con anterioridad a la guerra los Estados Unidos tenían una deuda exterior de cinco mil millones de dólares, mientras que ahora son acreedores a diez mil millones de dólares. Además, sus reservas de oro son mayores que las de cualquiera otra nación del globo.

Vistas cinematográficas raras

Herford Tyne Coaling, jefe cinematográfico de Burton Holmes, ha regresado a New York, después de un viaje de dos años, durante el cual tomó vistas en Oriente y en las Islas del Mar del Sur, para los “Paramount-Burton Holmes Travelogues.” El Sr. Cowling salió de New York el 2 de febrero de 1917, en compañía del Sr. Holmes, con quien realizó un viaje de 200.000 millas.

Ambos viajeros estuvieron primeramente en el Canadá, donde tomaron la popular película “Juegos de invierno en el Canadá.” Después cruzaron el continente hasta Vancouver; fueron primeramente a Hawaii y después a Fiji, Samoa, Nueva Zelandia, Australia, Tasmania, China y Japón. El Sr. Holmes regresó a su país y el Sr. Cowling continuó su trabajo solo, empleando únicamente la ayuda de los nativos del país, como asistentes.

Del Japón, cruzó el Sr. Cowling a Formosa, donde permaneció seis semanas que fueron muy interesantes. Por ser Formosa una colonia japonesa, fué escoltado durante su permanencia por soldados del Mikado. En esa isla

AVISOS ESPECIALES

MEDICOS

Doctor ZAMBRINI

Profesor suplente de la facultad de medicina.

Jefe del servicio de nariz, garganta y oídos, del Hospital Ramos Mejía.

531 - TUCUMAN - 531

Consultas: de 2 a 4 p. m.

Dr. Eloy A. Escobar Bavio

Médico oficial del
Círculo de la Prensa

LAS HERAS 1877

Consultas de 2 a 4 p. m.

Unión Telefónica 5728, Juncal

Dr. J. M. Blanco Spangenberg

Del hospital Alvear

Venéreo - sifilíticas

De 3 a 6 p. m.

U. T. 4625, Lib. RIVADAVIA 1432

DENTISTAS

J. BONANSEA



Cirujano dentista de las
Facultades de Bolonia y Buenos Aires. Moreno 990.—
U. T. 5699 (Libertad).

tomó raras fotografías de indígenas salvajes. Estas series de fotografías servirán para mostrar los métodos de colonización empleados por los japoneses.

Mr. Cowling regresó al Japón y allí embarcó con rumbo a las Islas Filipinas, donde permaneció durante seis meses. Después visitó Hon-Kong y entonces marchó a Siam, país que nunca había sido visitado por un fotógrafo de cinematógrafo. En Siam, la religión es el budismo, y se enseña al pueblo a estar en oración, lo mismo en el templo que cuando trabaja o juega. El Rey de Siam, no solo trató al Sr. Cowling con toda clase de cortesía, permitiéndole que fotografiase a las bailarinas de su corte, sino que también le permitió que tomase el retrato de él.

Después, el Sr. Cowling, visitó los Estados de la península Malaya. Allí, el pueblo es opuesto a la fotografía, por considerarla opuesta a la religión

mahometana, pero el Sr. Cowling obtuvo un permiso especial, y le fué permitido tomar fotografías hasta del Sultán de Parak y de toda su corte, ataviados en gran gala.

El siguiente viaje fué a los “Straits Settlements” (posesiones británicas del archipiélago malayo) visitando sucesivamente, Penang, Malaca y Singapur, marchando desde allí a las colonias holandesas de Oriente. En Java tomó vistas espléndidas del monte Bromo, considerado el mayor volcán del mundo en actividad. Con estas fotografías completó el Sr. Cowling su labor, y regresó a los Estados Unidos, vía Filipinas.

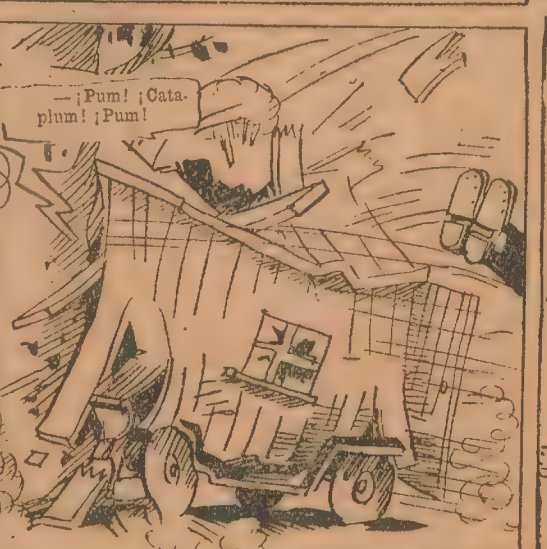
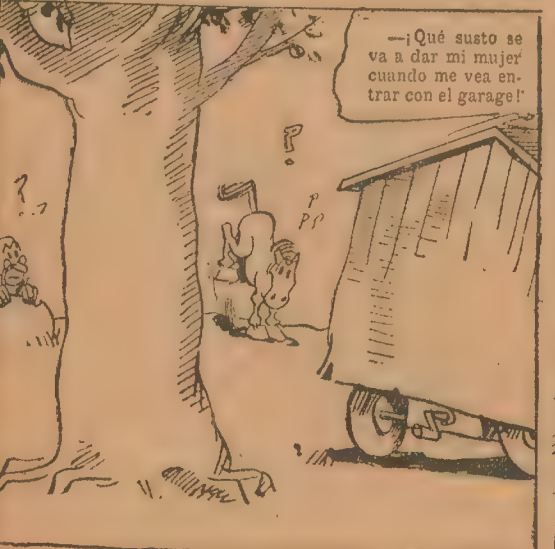
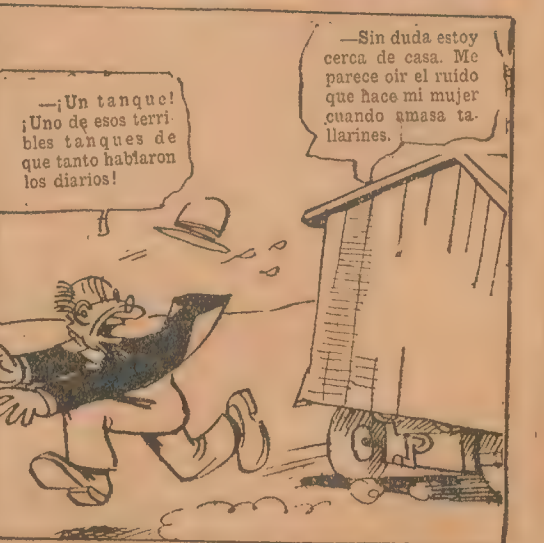
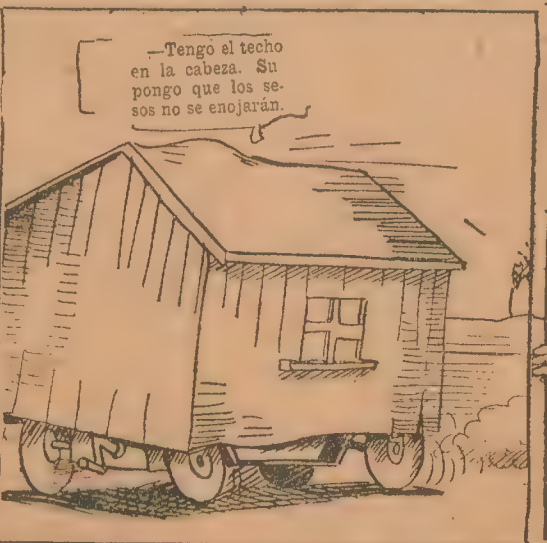
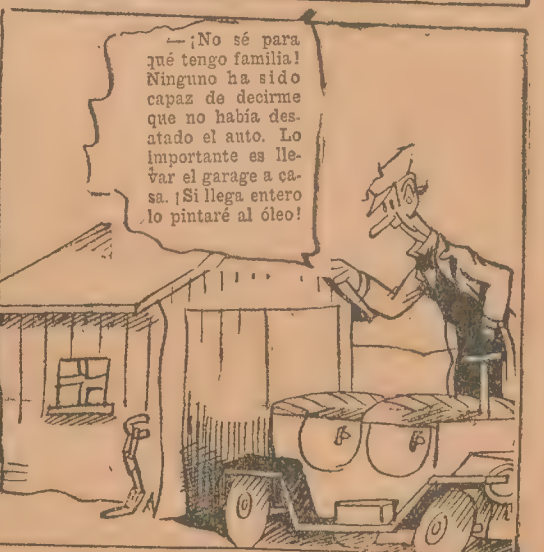
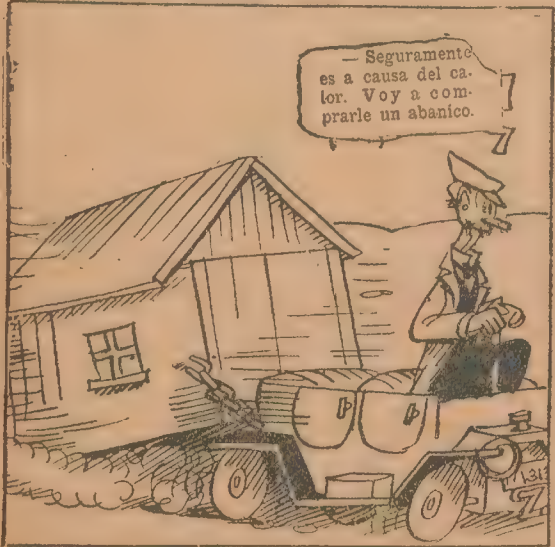
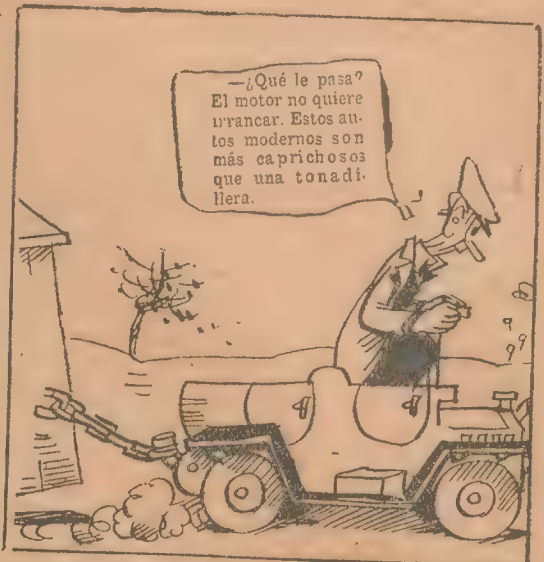
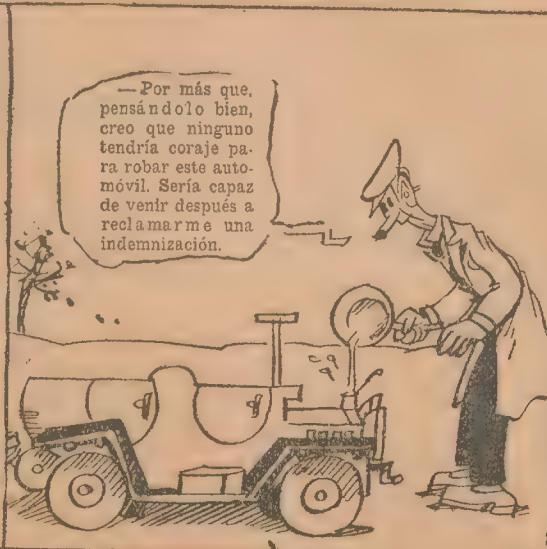
El viaje del Sr. Cowling, fué la expedición fotográfica más larga que se conoce. Efectuó un viaje empleando toda clase de locomoción conocida, excepto el aeroplano, e impresionó más de 100.000 pies de película, revelándola toda ella durante el viaje.

MEJICO Y ESTADOS UNIDOS



Uncle Sam. — ¡Cuidado! No tengo más que un sombrero.
(De “Indianapolis News”.)

EL AUTO DE CASI CASI



FUENTES DE LA HISTORIA

por el doctor Jenaro GIACOBINI

Para "FRAY MOCHO"

Todo se renueva en el proceso de la vida, en esa transformación permanente de la energía, con una mutabilidad inmanente, caracterizando y definiendo las distintas facetas del polimorfismo psicológico humano y haciendo el carácter colectivo, una eterna evolución de idealidades hacia nuevos rumbos de verdad, de arte y belleza.

Esa fuerza en la renovación histórica de valores que de la leyenda y la prehistoria se encauza hacia las etapas futuras, haciendo los tiempos nuevos, buscando el pensamiento una disquisición filosófica, el arte su belleza y el sentimiento su emotividad sin fin, es esa misma energía la existencia de la humanidad que históricamente cumple sus destinos hacia nueva vida, para matizar la transformación inevitable del género humano en nuevos coloridos de principios y justicia.

La esperanza, sutil expresión psicológica que teje el pensamiento, su más fina construcción de cerebración, que rige las pasiones hacia nuevos rumbos, se funde en el crisol de las eras para afirmar en nuevas justicias ese idealismo con sus luces, afirmando una conciencia colectiva en la razón y la ciencia.

¿Por acaso la mentalidad del hombre se estanca en la vieja abstracción primitiva? La vida en su esencia biológica es perenne transformación de energías, poder dinamogénico que explica su misma existencia, con sus valores, leyes y principios de mutabilidad.

¿Pudo el género humano afirmarse y estancarse en las viejas fórmulas de un convencionalismo transitorio, para imponerse en la ley evolutiva de los tiempos?

Si todas las manifestaciones de la energía, regida por las vibraciones átomo-moleculares, llevando del mundo inorgánico al orgánico y de éste a lo primero, rigen la historia misma de la civilización, el principio mental de la sociedad sufrirá sus mismas transformaciones sobre una renovación permanente de valores éticos.

La energía misma de la vida reside en su mayor poder de mutabilidad y transformación; así como el mayor poder de cerebración consiste en esa más extremada energía vibratoria que lleva su refulgencia más sublime en el genio, estratificación superior de la mentalidad humana.

Se concibe, en consecuencia, que las idealidades del genio, con sus abstracciones superiores, expresan una anticipación a la mentalidad de los tiempos, evocando el progreso espiritual y sintetizando todo el poder energético de las generaciones venideras.

Constituye una evidente fuerza psicológica en el desenvolvimiento de la historia, estableciendo sus principios, rigiendo sus métodos y creando su conciencia espiritual de precisión moral.

La verdad como la justicia, la ciencia y la filosofía, emanan de un poder intenso de concentración mental, sintetizadora de todas las energías volitivas, de la cerebración y la emoción en un cuadro psicológico que define la personalidad humana al través de los tiempos con sus características, idiosincrasias y comprensión mental.

La historia de la humanidad es la descentralización funcional de todos los valores efectivos de la constitución social que se definen bajo el imperio integral de todas sus causas ra-

cionales que hagan efectiva la ley de la convivencia colectiva, en su armonización psicológica y en su obra de cohesión integral en el desenvolvimiento pleno de la personalidad.

Así podrán cimentarse y consagrarse los anhelos sociales de una continuada transformación de su jurisprudencia, viviendo cada vez más un mayor tributo de la naturaleza, con su eterna verdad que el hombre discute filosóficamente y que acata en el imperio de sus leyes incontrarrestables.

Rige para el porvenir humano ese mismo determinismo científico, que no es el fatalismo místico; pero sí una consecuencia lógica de causas y efectos, fundamentados en la ciencia y aplicados a la idiosincrasia peculiar del hombre, fuente impulsora de la historia, haciendo la conciencia colectiva de la civilización.

Determinada la historia al desenvolvimiento de sus procesos constructivos, el convencionalismo formulista no puede estancarla en viejas interpretaciones de sus valores que se transforman en sus adaptaciones a las edades que se suceden.

De ahí que muere la cristalización del pensamiento, para erigirse el idealismo de la supervivencia evolutiva; la razón de la vida social e histórica con sus perennes transformaciones que en secular trayectoria afirma nuevas fuentes de derecho, nuevos anhelos de justicia.

Esa misma justicia está fundamentada en una mayor capacidad biológica de interpretación social, fuerza de cerebración basada en un anhelo de supervivencia colectiva que hace la conciencia pública restaurando nuevos principios y afirmando nuevos progresos en las fuentes de la verdad y en el pedestal de la razón. Se desenvuelven los métodos aplicados a una renovación procesal de la vida de relación, haciendo la sociedad evolutiva, fuente de interpretación histórica y cultura de nuevos destinos institucionales fundamentados en las leyes del pensamiento integral viviendo con la naturaleza sus melodías y con el espíritu artístico que le anima su más espectral fulgor de pureza ética.

En ese esfuerzo milenar de la acción humana, desplegando todas las energías de la vida, capacitadas a un nuevo ideal como a un nuevo derecho, el hombre interpreta el rol histórico de sus destinos, conjunto armónico de pensamiento y sentimiento, de ciencia y arte, de positivismo e idealismo, haciendo el fin de sus ensueños como una entidad que vibra en consonancia al ritmo de la humanidad.

La vida del pasado

El que vive en una vieja ciudad—respetada por la civilización—y cultiva las rosas del sueño, siente, con mayor amargura, el paso de los años. Cada sutil recuerdo, cada ladrillo milenar, cada gárgola pétrea, cada objeto secular, pesan sobre él con la

Robur Vegetal

EL LEÓN DEL ORGANISMO HUMANO DESTRUYE LOS MÁS POTENTES VENENOS



Las personas débiles, nerviosas, cloróticas, aseguran fuerza vital y conservan su organismo dispuesto a combatir con éxito el germen de graves enfermedades infecciosas, tomando el ROBUR VEGETAL, verdadero elixir de vida, amargo aromático, combinación poderosa yodada alcalina, muy indicada en la anemia, gripe, pobreza de la sangre, enfermedades del estómago. Regularizador de la digestión y nutrición. Como preventivo no debe faltar en ningún hogar y todos deberían tomar una copa al levantarse.

El Reumatismo, Ciática, Nefritis aguda, Cálculos, Congestión renal, etc., ya no son las graves enfermedades poco menos que incurables, por cuanto con las CAPSULAS ROBUR las enfermedades producidas por la acumulación del Ácido Úrico, desaparecen por completo. Este maravilloso

Robur Vegetal

Este producto tomado juntamente con el ROBUR VEGETAL, elimina del organismo el ácido úrico y trasmite al paciente la energía y la salud perdidas.

El BALSAMO ROBUR (Ungüento Santo), usado juntamente con las cápsulas cuando hay dolores fuertes, los calma en seguida. No es una preparación vulgar ni tóxica, es un calmante energético.

Estas fórmulas, feliz inspiración del Rev. Sacerdote Dr. La Camera, han tenido un éxito ruidoso por cuantos enfermos las probaron, como lo atestiguan los numerosos certificados, y son prescriptas por los médicos.

Han sido premiadas con gran premio y medalla de oro en la Exposición de Milán y medalla de oro en la de París.

OPTIMUS IN PESTE

Pedir Prospectos e Informes a la Compañía Especialidades Robur, Estados Unidos 2274, B. Aires.—U. T. 1482, B. Orden.

UNA PESADILLA



El escritor de argumentos para cinematógrafo sueña con una cinta de 6.000 metros.

aniquiladora fuerza, del Tiempo implacable. Seres y cosas que ambulan a su alrededor llevan en sí un recóndito perfume de vejez que todo lo contamina. Lo que ve y lo que oye, lo que piensa y lo que siente, hasta en los más leves detalles de la vida, está saturado de antigüedad y de misterio pretérito. El árbol rugoso y el campanario derruido, la estatua amarillenta y el granito oscuro de los patios, los pálidos atardeceres, las voces del viento nocturno, todo lo viviente y lo inanimado, evoca el ayer

remotísimo con su vago dolor y su fúnebre silencio. El pensamiento y el espíritu sufren este amargo mal del pasado, y, en la obra de arte, se tornan herméticos y taciturnos. La angustiosa obsesión de lo que fué y no volverá, anulando todo concepto del presente y del porvenir, impregna la producción estética de un arcano perfume, de un aroma ancestral, que es como el aliento de las formas vivas de belleza que marchitaron los siglos.

Froylán TURCIOS

CIENCIAS PSIQUICAS



Extracción de muelas por medio de la sugestión.

DULCE MILAGRO

por Eça de QUEIROZ

En aquel tiempo, Jesús aun no se había alejado de Galilea y de las dulces, luminosas márgenes del lago Tiberiades; pero la fama de sus milagros había penetrado ya hasta Enganín, ciudad rica, de fuertes murallas, entre olivares y viñedos, en el país de Asachar.

Una tarde, un hombre de ojos ardientes y deslumbrados pasó por el fresco valle y anunció que un nuevo profeta, un Rabi hermoso, recorría las aldeas y los campos de Galilea, predicando la llegada del Reino de Dios y curando todos los males humanos. Y mientras descansaba sentado junto a la Fuente de los Verges, contó también que ese Rabi, en el camino de Magdala, sanó de la lepra al siervo de un decurión romano, sólo con extender sobre él la sombra de sus manos, y que otra mañana, dirigiéndose en una barca hacia la tierra de los gerasenios, donde comenzaba a recolectarse el bálsamo, resucitó a la hija de Jairo, hombre importante y docto que comentaba los libros en la Sinagoga. Y como a su alrededor, asombrados, labriegos, pastores y mujeres trigüeñas con el cántaro al hombro, le preguntasen si era en verdad el Mesías de Judea, y si delante de él resplandecía la espada de fuego, y si le flanqueaban, caminando como las de dos torres, las sombras de Gog y de Magog, el hombre, sin beber siquiera de aquella agua tan fría de que bebiera Josué, requirió el cayado, sacudió los cabellos, y metiéndose pensativo bajo el Acueducto, sumióse pronto entre la espesura de los almendros en flor. Pero una esperanza deliciosa como el rocío en los meses en que canta la cigarra, refrescó las almas simples; luego, por toda la campiña que verdea hasta Ascalón, el arado pareció más fácil de enterrar, más leve de mover la piedra del lagar; los niños, cogiendo ramos de anémonas, miraban por los caminos si tras la esquina del muro o bajo el sicomoro aparecía una claridad; los viejos, pasándose los dedos por los hilos de las barbas, ya no exponían con tan sapiente certeza las opiniones antiguas...

Vivía entonces en Enganín un viejo, por nombre Obed, de una familia pontifical de Samaria, que había sacrificado en las aras del Monte Ebal —señor de muchos rebaños y de muchas viñas, pero con el corazón tan lleno de orgullo como su granero de trigo.—Un viento árido y abrasado, ese viento de desolación que al mandato del Señor sopla de las torvas tierras de Assur, había matado las reses más gordas de sus manadas, y por los ribazos donde sus viñas se enroscaban al olmo y se alargaban en airosa línea, sólo dejó, en torno de los olmos y de los pilares desnudos, sarmientos, capas mirradas y parvas consumidas por cresta herrumbre. Y Obed, agachado en el umbral de su puerta, con la punta del manto sobre el rostro, musitaba quejas contra Dios cruel.

Apenas oyó hablar de ese nuevo Rabi de Galilea, que alimentaba las multitudes, amedrentaba los demonios y enmendaba todas las desventuras, Obed, hombre instruido, que había viajado por Fenicia, pensó que Jesús sería uno de esos hechiceros como Apolonio, el Rabi Ben-Dossa, Simón y Subtil, tan frecuentes en Palestina. Estos, aun en las noches tenebrosas, conversan con las estrellas, para ellos siempre claras y visibles en sus retiros; ahuyentan de los sembrados con una vara los moscardones salidos del limo de Egipto, y agarran con los dedos las sombras de los árboles, que conducen, como toldos benéficos, so-

bre las aras a la hora de la siesta. Jesús de Galilea, más reciente, con menos hechizos de fijo, si él le pagara generosamente, detendría la mortandad de sus ganados, reverdecería sus viñedos. Y Obed ordenó a sus servidores que partiesen buscando por toda Galilea al Rabi nuevo, y con promesas de dineros o regalos, lo trajesen a Enganín, en el país de Asachar.

Apretaron los siervos sus cinturones de cuero, y avanzaron por el camino de las caravanas, que, costeano el lago, se extiende hasta Damasco. Una tarde avistaron sobre el puente, rojo como una granada muy madura, las finas nieves del monte Hermón. Luego, en la frescura de una suave mañana, el lago Tiberiades resplandeció ante ellos, transparente, cubierto de silencio, más azul que el cielo, todo orlado de prados floridos, de espesos vergeles, de rocas de pórfido, de blancas terrazas entre palmares y bajo el vuelo de las tórtolas. Un pescador que desamarraba perezosamente su barca de una punta de césped, escuchó sonriendo a los siervos. El Rabi de Nazareth? En el mes de Tjar, el Rabi descendió con sus discípulos hacia el lado por donde el Jordán lleva las aguas.

Los siervos, corriendo, siguieron por las márgenes del río hasta el vado, donde se extiende en un largo remanso, y descansa y duerme un instante, inmóvil y verde, a la sombra de los tamarindos. Un hombre de la tribu de los esenios, todo vestido de lino blanco, juntaba lentamente hierbas salitíferas por la orilla del agua, con un

SOCIETÀ COMMERCIALE ITALO-ARGENTINA

REPRESENTACIONES Y DEPÓSITOS GENERALES

(SOCIEDAD ANÓNIMA)

AUTORIZADA POR EL GOBIERNO DE LA NACIÓN CON DECRETO 16 ABRIL DE 1919



TUCUMÁN 1353

CAPITAL SOCIAL \$ M/N 300.000

Se encarga de representar casas italianas del interior de la República en sus transacciones comerciales y bancarias en la capital federal

corderillo blanco al cuello. Los siervos salud ronle humildemente, porque el pueblo ama a estos hombres de corazón tan limpio, claro y cándido como sus vestiduras, lavadas cada mañana en estanques purificados. Sabía él del paso de un nuevo Rabi, que como los esenios, enseñaba la dulzura y curaba las gentes y los ganados? El esenio murmuró que el Rabi había atravesado el oasis de Engaddi y después marchara hacia all ... Pero dónde es "all "? Moviendo un ramo de flores rojas que había recogido, el esenio, señaló las tierras del allende el Jordán, la planicie de Moab. Los siervos vadearon el río, y en balde procuraron a Jesús, jadeando entre los rudos trillos, hasta las fragosidades donde se yergue la ciudadela siniestra de Makaur... En el Pozo de Jacob, reposaba una larga caravana que conducía a Egipto mirra, especias y bálsamos de Gilead; y los camelleros, sacando agua con los baldes de cuero, contaron a los siervos de Obed que en

Gadara, por la luna nueva, un Rabi maravilloso, mayor que David e Isaías, había sacado siete demonios del cuerpo de una tejedora, y que a su voz, un hombre degollado por el salteador Barrab s se levantó de su sepultura y se volvió a su huerto. Los siervos, esperanzados, subieron apresuradamente por el camino de los peregrinos hasta Gadara, ciudad de altas torres, y aun más allá, hasta las nacientes de Amalla. Pero Jesús en esa madrugada, seguido de un pueblo que entonaba cánticos y sacudía ramos de mimosa, había embarcado en el lago, en un batel de pesca, navegando a vela hacia Magdala. Y los siervos de Obed, descorazonados, pasaron de nuevo el Jordán por el Puente de las Hijas de Jacob. Un día, ya con las sandalias rotas por los largos caminos, pisando ya tierras de la Judea Romana, cruz ronse con un fariseo sombrío, que regresaba a Efra m montado en su mula. Con devota reverencia detuvieron al hombre de la ley. Encontr  él acaso a ese Profeta nuevo de Galilea, que, como un Dios paseando por la tierra, sembraba milagros? La angusta faz del fariseo se obscureci  arrugada, y su  lera retumb  como un tambor orgulloso:

 Oh, esclavos paganos!  Oh, blasfemos!  D nde o steis que existiesen profetas o milagros fuera de Jerusalén? Sólo Jehová tiene fuerza en su templo. De Galilea salen necios e impostores...

Y como los siervos retrocedían ante su puño erguido, cubierto de dísticos sagrados, el furioso doctor salt  de la mula, y con las piedras del camino apedre  a los servidores de Obed, gritando: " Racca!  Racca!", y todos los anatemos rituales. Los siervos huyeron hacia Enganín; y grande fué el desconsuelo de Obed, porque sus ganados morían y sus viñas se secaban. Y, en tanto, radiantemente, como una alborada tras las sierras, crecía consoladora y llena de promesas la fama de Jesús de Galilea.

Por ese tiempo, un centurión romano, Publio Séptimo, mandaba el fuerte que domina el valle de Cesárea hasta la ciudad y el mar. Publio, hombre áspero, veterano de la campaña de Tiberio contra los parthos, se enriqueció durante la revuelta de Samaria con presas y saqueos; poseía minas en el Atica y gozaba, como favor supremo de los Dioses, de la amistad de Flaco, Legado Imperial de Siria. Pero un dolor ro a su prosperidad muy poderosa, como roe el gusano un fruto muy succulento. Su hija única, para él más amada que vida y bienes, languidec a con un mal sutil y lento, extraño aún al saber de esculapios y mágicos que él mandara a consultar a Sidón y a Tiro. Blanca y triste como la luna de un cementerio, sin una queja, sonriendo pálidamente a su padre, desfallecía sentada bajo un "valarium" en la alta explanada del fuerte, dejando errar nostálgicamente los negros ojos tristes sobre el azul del mar de Tiro, por el cual llegara un

DRAMAS DOMÉSTICOS



Tirantes nuevos y pantalones viejos.

Dib. de Robinson.

día de Italia en una opulenta galera. A su lado, en ocasiones, un legionario situado entre las almenas apuntaba vagorosamente a lo alto con la flecha, y atravesaba una gran águila que volaba serena en el cielo rutilante. La hija de Séptimo seguía un momento al ave, que volteaba hasta caer muerta sobre las rocas; después, con un suspiro, más triste y más pálida, volvía los ojos al mar.

Mientras tanto, Séptimo, oyendo contar a unos mercaderes de Chorazin de este Rabí admirable que sanaba los males tenebrosos del alma y que tal poder tenía sobre los espíritus, destacó tres decurias de soldados para que lo procurasen por la Galilea y por todas las ciudades de la Decápola, hasta Ascalón. Los soldados enfundaron los escudos en los sacos de lona, empuñaron los cascos con ramas de olivo, y sus sandalias herradas se alejaron apresuradamente, resonando sobre las losas de basalto del camino romano que desde Cesárea hasta el Lago, corta toda la Tetrarquía de Herodes. Sus armas, de noche, brillaban en la cima de las colinas, entre las llamas ondeantes de los hachones eriguídos. Durante el día, invadían los caseríos, rebuscaban en la espesura de los pomares, agujereaban con la punta de las lanzas la paja de las parvas; y asustadas las mujeres para amansarlos, acudían prestamente con pasteles de miel, higos nuevos y basijas llenas de vino, que ellos apuraban de un trago sentados a la sombra de los sicomoros. Así recorrieron la Baja Galilea, y del Rabí sólo descubrieron el surco luminoso en los corazones. Cansados de marchas inútiles, recelosos de que los judíos escondieran a su hechicero para que los romanos no se aprovecharan de su magia poderosa, derramaban con tumulto su cólera al través de la piadosa tierra sometida. Detenían a los peregrinos en la entrada de los puentes, gritando el nombre del Rabí, rasgando los velos de las vírgenes; y a la hora en que los cántaros se llenan en las cisternas, entraban por las calles angostas de los pueblos, penetraban en las Sinagogas y golpeaban sacrilegamente con el puño de las espadas en las "Thebais" o santos armarios de cedro donde se guardan los libros sagrados. En las cercanías de Ebrón, arrastraron de las barbas a los solitarios fuera de las grutas, para arrancarles el secreto nombre del desierto o del palmar donde se ocultaba el Rabí; y dos mercaderes fenicios que venían de Joppé con mercancías, y que nunca oyeron el nombre de Jesús, pagaron por ese delito cien dracmas a cada decurión. Ya las gentes de los campos, aun los bravíos pastores de Idumea que llevaban las reses blancas para el templo, huían despavoridos hacia las serranías apenas brillaban en alguna revuelta del camino las armas del bando violento. Y junto a los terrados, las viejas sacudían como talegas la punta de los cabellos desgranados y lanzaban sobre ellos maldiciones, invocando la venganza de Elías. Así, tumultuosamente, erraron hasta Ascalón. No encontraron a Jesús; y retrocedieron a lo largo de la costa, enterando las sandalias en las arenas encendidas.

Una madrugada, cerca de Cesárea, marchando por un valle, avistaron sobre un otero un verdinegro bosque de laureles entre el cual albeaba discretamente el fino y claro pórtico de un templo. Un viejo de largas barbas blancas, coronado de hojas de laurel y vestido con un túnica color de azafrán, sosteniendo una breve lira de tres cuerdas, esperaba gravemente sobre los escalones de mármol la aparición del sol. Abajo, agitando un ramo de olivo, los soldados llamaron gritando al sacerdote. Conocía él un nuevo profeta que había aparecido en Galilea, tan diestro en milagros, que resucitaba los muertos y cambiaba el

agua en vino? Serenamente, elevando los brazos, el tranquilo anciano exclamó, por sobre la fresca verdura del valle:—¡Oh, romanos! ¿Cómo creéis que en Galilea o en Judea aparezcan profetas consumando milagros? ¿Cómo puede un bárbaro alterar el orden instituido por Zeus?... Mágicos y hechiceros son charlatanes que murmuran palabras huecas para conseguir la retribución de los simples... Sin la permisión de los inmortales, ni una rama seca puede caer, ni una hoja seca puede ser sacudida en el árbol. No hay profetas, no hay milagros... ¡Sólo Apolo Delfico conoce el secreto de las cosas!

Entonces, lentamente, con la cabeza inclinada como en una tarde de derrota, los legionarios regresaron a la fortaleza de Cesárea. Y fué grande la desesperación de Séptimo, porque su hija se moría sin una queja, mirando el mar de Tiro... Y todavía la fama de Jesús, curador de los lánguidos males, crecía consoladora y fresca como la brisa de la tarde que sopla del Hermón y, al través de los huertos, reanima y levanta las azucenas marchitas...

Entre Enganá y Cesárea, en un casucho lleno de grietas, sumido en el alfoz de un cerro, vivía en ese tiempo una viuda, mujer desdichada entre todas las de Israel. Su hijo único, paralítico, había pasado del seco pecho a que ella le criara, al pútrido jergón donde había vivido siete años, morando y enflaqueciendo. También ella estaba enferma, dentro de sus harapos nunca mudados, más obscura y torcida

Don Baltasar de Arandía

por CARLOS CORREA LUNA

**Obra premiada con 10.000 \$
por el Gobierno Nacional**

(Ley N.º 9141 de Fomento a la producción científica y literaria)

La 2.ª edición de esta importante y amenísima obra histórica, se halla en venta en todas las librerías al precio de 2 \$ mja.

Del mismo autor, a \$ 2 el ejemplar:

La iniciación revolucionaria. El caso del doctor Agrelo.

(Trabajo leído en el acto de incorporarse a la Junta de Historia y Numismática Americana, el 15 de agosto de 1915). — Agotado.

La Villa de Luján en el siglo XVIII, 1916.

Antecedentes porteños del Congreso de Tucumán, 1917.

Por pedidos de estos últimos dirigirse a la administración de FRAY MOCHO, Paseo Colón 1266.

como el sol que hasta por un viejo muro se extiende; pero sólo distinguían la claridad de su rostro aquellos dichosos que elegía a su voluntad. Obed, tan rico, mandó a sus siervos por toda Galilea para que buscasen a Jesús y lo trajesen con promesas a Enganá; Séptimo, tan poderoso, destacó sus soldados hasta la costa del mar, para que lo procurasen y trajeran de orden suya a Cesárea. Vagando, perdiéndose por tantos caminos, él encontró a los siervos de Obed, después a los legionarios de Séptimo. Y todos volvían como derrotados, sin

dados, e inútilmente buscaron a Jesús desde Hebrón hasta el mar! ¿Cómo quieres que te deje? Jesús está muy lejos, y nuestro dolor habita con nosotros entre estas paredes y nos domina dentro de ellas. Y aun cuando le encontrase, ¿cómo convencería yo al tan deseado Rabí, por quien ricos y fuertes suspiran, para que descendiese al través de las ciudades hasta este yermo, y curase a un tullido tan pobre, sobre un jergón tan roto?... El niño, con dos grandes lágrimas en el rostro flacucho, murmuró:

—¡Oh, madre! Jesús ama a todos los pequeños. Y yo soy aún tan pequeño, y tengo un mal tan grande, y deseo tanto sanar!...

—¿Cómo dejarte, hijo mío? Los caminos de Galilea son largos, y corta la piedad de los hombres. Tan rota, tan estropeada, tan triste como estoy, hasta los perros me ladrarían desde la puerta de los caseríos. Nadie escucharía mis preguntas, ni me indicaría la morada del Rabí. Acaso Jesús ha muerto, hijo mío... Los mismos ricos y los fuertes no lo hallan. El cielo lo trajo, el cielo lo llevó. Y con él para siempre murió la esperanza de los tristes.

Entre los negros trapos, irguiendo sus pobres manecillas que temblaban el niño musitó:

—Madre, quiero ver a Jesús...

Y entonces, abriendo lentamente la puerta y sonriendo, Jesús apareció y dice al niño:

—Aquí estoy.

(Traducción de Francisco Romero).

Su cerebro

Un psicólogo se acercó a un obrero irlandés que trabajaba sin sombrero en la calle, a todo sol.

—¿No sabe usted, le preguntó el psicólogo, qué es malo para el cerebro trabajar al sol sin sombrero?

—¿Se imagina usted que yo estaría trabajando de peón en la calle si tuviera cerebro?

LAS AVENTURAS EMOCIONANTES

que quiere usted leer en libros de viajes y exploraciones, las encontrará en una obra extraordinariamente importante y de un interés que nunca cesa, la

"Historia del Almirante Cristóbal Colón"

por Fernando Colón, relato completo de los azarosos viajes del descubridor de América. Un volumen de 300 páginas.

Precio \$ 2,50 m/n. (dos pesos y cincuenta centavos)

Dirigir pedidos a

Ediciones Lemarc. MONTEVIDEO 1088, Buenos Aires

que una cepa arrancada. Y sobre ambos creció espesamente la miseria, como el moho sobre tiestos arrojados en un yermo. Hasta en la lámpara de rojizo barro se había extinguido tiempo hacía el aceite. Dentro del arca pintada no quedaba grano ni aun cortezas. La cabra, falta de pasto, murió en el estío; después, se secó la higuera en el huerto. Lejos de todo poblado, nunca limosna de pan o miel entraba en el portal. Y sólo hierbas recogidas en las grietas de las rocas, cocidas sin sal, nutrían a aquellas criaturas de Dios en la Tierra Escogida, donde hasta a las aves malélicas sobraba el sustento...

Un día un mendigo entró en la casa, dió parte de sus provisiones a su angustiada madre, y mientras se rasaba las heridas de las piernas, sentado en la piedra del hogar, habló de aquella grande esperanza de los tristes, del Rabí que apareciera en Galilea, que de un pan hacía siete en el mismo cesto; y amaba a todas las criaturas, y enjugaba todos los llantos, y prometía a los pobres un grande y luminoso reino, de mayor abundancia que la corte de Salomón. La mujer escuchaba con hambrientos ojos. Y ese dulce Rabí, esperanza de los tristes, dónde se encontraba? El mendigo suspiró. ¡Ah, ese dulce Rabí! Cuántos que deseaban verle se desesperaban! Su fama corría por toda Judea,

haber descubierto en qué mata o ciudad, en qué cabaña o palacio se escondía Jesús.

Caía la tarde. El mendigo tomó su bordón y descendió por entre zarzas y rocas. La madre volvió a su canto, más doblada, más abandonada. Y entonces el hijo, como un murmullo más débil que el roce de un ala, pidió a la madre que le trajera ese Rabí que amaba aun a las más pobres criaturillas, que sanaba los males hasta los más antiguos. La madre se apretó la cabeza desgredada:

—¡Oh, hijo mío! ¿Cómo quieres que te deje y me vaya por los caminos en busca del Rabí de Galilea? Obed es rico y tiene siervos, y en balde recorrieron arenales y colinas desde Chorazin hasta el país de Moab buscando a Jesús. Séptimo es fuerte y tiene sol.

BANCO POLICIAL ARGENTINO

MORENO, 1455

ABONA:

	Anual
Por depósitos en cuenta corriente.	1 %
Por depósitos a plazo fijo de 90 días.	5 %
Por depósitos a plazo fijo de 180 días.	6 %
Mayor plazo.	Convenional.
Por depósitos en caja de Ahorros, después de 60 días, capitalizando semestralmente los intereses.	6 %
Horas: de 10 a. m. a 3 p. m.	Sábados: de 10 a. m. a 12 m.

Un nuevo libro de Ellauri Obligado

Con el título: "La acción libertadora argentina en el Perú. — Cómo hizo su entrada San Martín en Lima y proclamó la independencia peruana, según relatos de testigos presenciales y documentos ignorados de la época. — Algunas rectificaciones al historiador Bartolomé Mitre", será, muy en breve, dado a la publicidad el nuevo libro del señor Gontrán Ellauri Obligado.

Es un valioso aporte a la historia sudcontinental. Con afecto: en la obra que nos ocupa, basándose en documentos originales, no pocos de ellos inéditos hasta la fecha, el prolijo y metódico autor nos exhibe un animado cuadro, embebido de color local y del ambiente de aquella época tan ingenua como heroica; de la gesta del libertador de Chile y el Perú, después Protector de la República Peruana—por él creada—generalísimo don José de San Martín. Esta incorporación de datos, tan nutrida, tan metódica, tan indiscutible, a lo que podríamos llamar las filas activas de la renovación histórica en nuestros días, no pudo llegar en momento más oportuno. Pues es la oportunidad en tratar los asuntos otra de las connotadas cualidades del historiador Sr. Ellauri Obligado. Apenas faltan dos años para cumplirse el centenario de la Expedición Libertadora; y tres, para el de la proclamación de la independencia del Perú por San Martín. Y bueno es que el pueblo argentino vaya despertando a la luz de sus gloriosas memorias, y, acostumbrándose a saber que hasta ese lejano horizonte fueron sus huestes, y "fué el más grande de sus militares patrióticos, a llevar los pendones de Mayo, el verbo de la revolución de Buenos Aires y los sables y clarines de los granaderos de San Lorenzo, de Chacabuco y de Maipú, en cruzada de libertad y en esfuerzo de redención, en beneficio de todo el continente."

Con laudable tino, el autor de este libro ausculta retrospectivamente al alma de aquella entusiasta generación del Perú. Las evocaciones del generalísimo, de su noble camarada el general Guido, —tan ingratamente olvidado,—de los viajeros testigos oculares del acontecimiento, de las exaltadas alegrías populares y sociales, con restauración de los cantares en boga—cantares que fueron y que son verídico trasunto de los sentimientos generales en un momento histórico;—nos hacen, casi casi, presenciar aquel grandioso episodio de la historia sudamericana, uno de los más hermosos conatos de confraternidad continental positiva, registrados en los anales de nuestra accidentada vida.

Estos son los valores que la obra del señor Ellauri Obligado viene en buena hora a contribuir a reivindicar y salvar; y basta ese empeño, tan bien realizado, para comprender el sobresaliente mérito de sus páginas, en las cuales puede compulsar la magnitud y el dinamismo de la psiquis sanmartiniana; pues en ellas nos muestra, de cuerpo entero, al gran hombre argentino en acción; nos hace notar su pensamiento hecho fuerza, en los aprestos de la Expedición Libertadora al mismo corazón del poderío realista en Sud América (Lima); y nos compelo a admirarlo—más, si cabe,—cuando desprende un ramo de los laureles de su propia gloria, para brindarlo a la buena convicción del colaborador y beneficiario indirecto de la aventura, colocándola bajo los colores de Mapocho, como aliiente a la voluntad y auspicio favorable al porvenir de la causa común.

En fin, un libro que será leído con

FRAY MOCHO

SE PUBLICA
LOS MARTES

Oficinas: PASEO COLÓN, 1266 - Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el exterior	En el Interior
Trimestre . . \$ 2.50	Trimestre . . \$ 2.00	Trimestre . . \$ 3.00
Semestre . . \$ 5.00	Semestre . . \$ 4.00	Semestre . . \$ 6.00
Año . . \$ 9.00	Año . . \$ 8.00	Año . . \$ 11.00
N.º suelto . . 20 cts.	N.º suelto . . 25 cts.	N.º suelto . . 25 cts.
N.º atrasado . 40 "	N.º atrasado . 50 "	N.º atrasado . 50 "

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los reporteros, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Dirección, Redacción y Administración: PASEO COLÓN, 1266
U. T. 184, Avenida

A los coleccionistas de "FRAY MOCHO"

Habiendo sufrido un alza el valor de los materiales empleados en las tapas para la encuadernación de los ejemplares de nuestra revista, anotamos a continuación los precios que regirán en lo sucesivo:

Encuadernación en formato grande.	En cuero	En tela
cada tomo	\$ 12.—	3.70
Tapas sueltas " " chico	" " 8.—	3.—
" " " " grande	" " 9.—	2.—
" " " " chico	" " 6.—	1.50

LA ADMINISTRACION.

placer por los amantes de las buenas letras y de las glorias de la cruzada inmortal.

Julio Félix CASTRO y P.

Almanaque del trabajo para 1920

Esta útil publicación, que dirige el señor José Rouco Oliva, y que acaba de ser editada, contiene lo siguiente: Instrucciones para los agricultores sobre las labores del campo; el calendario del año; una guía de direcciones útiles; la nómina de las leyes sociales en vigencia; la primera sentencia judicial que reconoce la peste bubónica

como accidente del trabajo, con un estudio de doctor Felipe S. Brito sobre el caso; las conclusiones y los proyectos aprobados por el primer Congreso argentino de la cooperación; un cuadro estadístico sobre la enseñanza primaria en la República; las leyes, los decretos y las aclaraciones de unas y otros sobre jubilaciones de ferroviarios, con más dos cuadros de promedios y condiciones para obtener los beneficios de aquéllas, y numerosas otras indicaciones; un estudio de carácter doctrinario sobre la conquista económica del Estado por el socialismo, escrito por el doctor Hellfang ("Parvus") y traducido especialmente para el "Almanaque del Trabajo" por el diputado Antonio de Tomaso;

las delegaciones al Congreso socialista internacional de Berna y a la Conferencia de Amsterdam (con 20 grabados); una reseña del gran desastre humano de la guerra, con las estadísticas oficiales publicadas recientemente; la historia del movimiento obrero y socialista en la provincia de Santiago del Estero; la historia de la sociedad de obreros ebanistas; una cronología de la actividad organizada de los trabajadores, en los años 1899 y 1900 (continuación de los números anteriores); información estadística de la República; página de arte y de literatura; lecturas diversas y para el hogar y de entretenimiento, etc.

Algo sobre Baku

En la costa occidental del Mar Caspio se alza la ciudad de Baku, llamada por los indígenas el "pueblo del fuego", porque está situada materialmente en el cráter de un volcán. Sus cimientos descansan sobre nafta, y es el centro más importante de petróleo del antiguo continente, rivalizando con los pozos de petróleo de Kentucky y de Pensilvania, de los Estados Unidos.

Los manantiales de aceite de Baku se explotan desde 1863, y desde entonces han producido más de veintitrés mil millones de litros de petróleo, cuyo valor pasa de 915 millones de francos. Su suelo puede compararse con una esponja impregnada en aceite mineral. Por donde quiera que se va se encuentran manantiales, de los cuales brota en abundancia el petróleo. La atmósfera de aquella región está también impregnada de vapor de nafta.

Los comerciantes en aceite, hermanos Nobel, se dice que poseen cincuenta pozos, de los cuales uno de ellos arrojó, casi repentinamente a la superficie, de la tierra, 135 millones de litros.

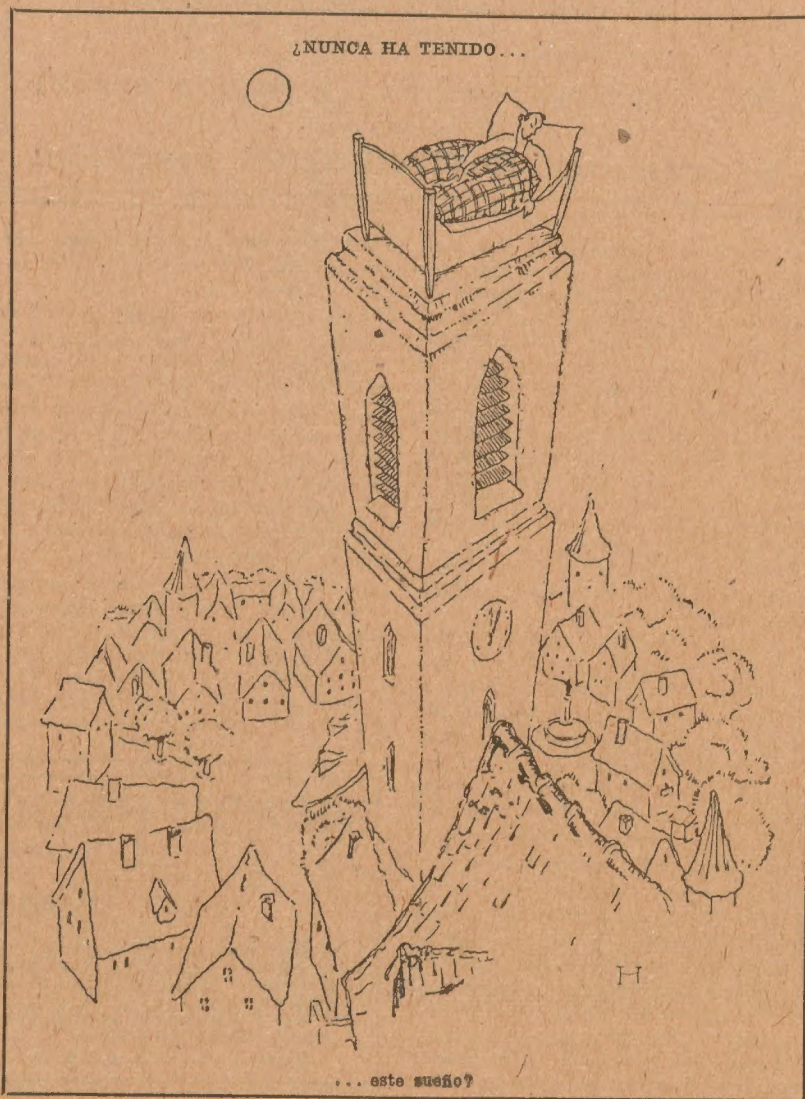
Acidez del estómago

Es muy frecuente oír quejarse a personas que sufren del estómago, sobre todo después de las comidas de regurgitaciones ácidas, que al deshacerse, diremos así, en la garganta, invaden la cavidad bucal, produciendo una sensación de ardor y muchas veces como de quemadura. Se asiste a su desarrollo mal humorado y muchas veces haciendo gesto de repulsión a objeto de evitar tanto desagrado. Pero es inútil, fatalmente y a pesar de todo, ello se produce y con sus caracteres típicos. Si bien en algunos casos puede atribuirse a una hipercidez, o sea exceso de ácido en el estómago, en general esto es simplemente anormal y transitorio por cuanto le ocasiona una serie de accidentes bien conocidos, capaces de producir esta anomalía: mala y lenta digestión, que dejando a un lado y fuera de la actividad de los fermentos aptos, una cantidad de buenos o malos alimentos que producen una descomposición o fermentación orgánica con todas sus consecuencias naturales: producción de gases que al combinarse dan ácidos varios causantes principales de esta enfermedad.

Evitar esas fermentaciones, hacer que el bolo alimenticio termine su recorrido de transformación en el tiempo normal, estimulando la actividad gastrointestinal, para ayudar la expulsión de los residuos; tal debe ser la constante preocupación de los atacados de tan desagradables síntomas. El lector preguntará: "¿y cómo obtener tantas cosas buenas?" Sencillamente tomando dos o tres comprimidos de "Neomix" después de las comidas principales. Este producto es ideal para combatir y prevenir esos males.

Pídsese en las buenas casas del ramo.

Dr. M. C.





En la bolsa de artistas de film



El empresario.—Necesito once aristócratas, catorce damas de alta sociedad, y una ingenua...
Una voz.—Las ingenuas se han acabado.



ETIQUETA
BLANCA

ETIQUETA
NEGRA

Representantes en el Uruguay: **DEL CASTILLO y MORALES**, Montevideo